

A close-up photograph of a woman's hands holding a vintage camera. She is wearing a dark dress with a light-colored floral pattern. Her left hand is on the camera's shutter release, and her right hand is on the side. She has red nail polish and a watch on her left wrist. The background is dark and out of focus.

*Al caer
la noche*

JOANNA WAYNE

e^{lit}

AL CAER LA NOCHE

Joanna Wayne



 **HARLEQUIN™**

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Jo Ann Vest. Todos los derechos reservados.
AL CAER LA NOCHE, N.º 66 - febrero 2018
Título original: As Darkness Fell
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.
Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2004.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y TM son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9170-844-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Acerca de la autora

Personajes

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Acerca de la autora

Joanna Wayne vive con su marido a pocos kilómetros de la bulliciosa Nueva Orleans, pero su casa es el escondite ideal para una escritora. A sólo unos metros de su jardín se extiende un lago tranquilo frecuentado por garzas, patos y algún que otro caimán. Cuando no está escribiendo novelas de suspense y reconfortantes historias de amor, Joanna disfruta leyendo, viajando, jugando al golf y pasando el tiempo con su familia y amigos.

Personajes

Caroline Kimberly: Una periodista que intenta cumplir con su trabajo, hasta que el asesino comienza a obsesionarse con ella.

Sam Turner: Detective a cargo de la investigación con la que se pretende localizar al desequilibrado que ha llevado el miedo y la muerte a una tranquila ciudad del sur. Pero quizá su atracción hacia la periodista que cubre el caso le impida encontrar al asesino.

Becky Simpson: La mejor amiga de Caroline, lo único que quiere es disfrutar de la vida.

Jack Smith: El nuevo novio de Becky.

Matt Hastings: Detective experto en homicidios y mano derecha de Sam.

John Rhodes: Redactor jefe del *Prentice Times*.

Ron Baker: Chico de los recados y «manitas» de *Prentice Times*.

Tracy Mitchell: Trabaja en el Catfish Shack y era compañera de trabajo de la primera víctima.

Tony Sistrunk: Antiguo superior de Sam en el departamento de policía de San Antonio.

R.J. Blocker: Hermanastro de Sam.

Josephine Sterling: Pintora especializada en retratos robot.

Sally Martin: Primera víctima de un asesino en serie.

Ruby Givens: Segunda víctima de un asesino en serie.

Frederick Lee Billingham: El hombre del retrato de la casa alquilada por Caroline.

Prólogo

—Hay algo que debería decirle, señorita Kimberly, porque, si no se lo digo yo, terminarán comentárselo los vecinos —dijo Barkley Billingham mientras revisaba el contrato de alquiler que su inquilina acababa de firmar—. Mi abuela dice que esta casa tiene fantasmas.

Caroline lo miró, convencida de que aquel comentario iba a terminar con una broma. Pero el hombre continuaba mirándola con la misma falta de expresividad con la que llevaba haciéndolo durante las dos horas que Caroline había tardado en ver la casa.

—¿Y por qué piensa que la casa tiene fantasmas?

—Ya sabe cómo son las casas antiguas. En ellas siempre se oyen ruidos, crujidos, gemidos, cosas de ese tipo. Y cuando sopla el viento del norte, parece que estuviera gritando una mujer.

—¿Eso es todo?

—Más o menos.

Caroline suspiró. Podría vivir con ello, especialmente en una casa tan antigua y espaciosa como aquella. De hecho, no podía imaginar que nadie que pudiera disfrutar de aquella casa deseara vivir en otro lugar.

—¿Es usted el propietario?

—No, todavía está a nombre de mi abuela, que ahora vive en Florida. Mi abuela dice que esta casa da demasiado trabajo. Habla continuamente de venderla, pero nadie quiere comprarla por el dinero que pide.

—¿Y usted se marchó de aquí porque la casa tiene fantasmas?

—No, yo me habría quedado en la casa, pero me fui a vivir con mi novia. Y yo que usted, no me preocuparía por los fantasmas. Esta casa sobrevivió a la llegada de los yanquis, que destrozaron media Georgia, así que podrá sobrevivir a unos cuantos fantasmas.

—¿Ese hombre era pariente suyo? —preguntó Caroline, señalando un retrato colgado al final de una escalera que parecía salida de *Lo que el viento se llevó*.

—Ése es Frederick Lee Billingham, mi tatarabuelo. Él construyó la casa. Mi abuela dice que está presente hasta en el último clavo de este lugar y que

si alguna vez alguien quitara el retrato, Frederick se levantaría de su tumba y aterrorizaría a cualquiera que se hubiera atrevido a apartarlo de su lugar de honor.

—En ese caso, será mejor que deje el cuadro donde está.

—Como usted quiera. Puede hacer lo que le apetezca con él, al igual que con el resto de los muebles. Puede dejarlos donde están o llevarlos al sótano, con el resto de los trastos.

—No son ningún trasto. Me encantan los muebles de esta casa. Creo que los fantasmas y yo nos vamos a llevar estupendamente.

—Perfecto, porque mientras pague puntualmente, son todos suyos. ¿Cómo es que ha venido a vivir a Prentice, por cierto? Todas las personas que conozco de menos de noventa años están intentando marcharse de aquí.

—Acabo de conseguir trabajo en el *Prentice Times*.

—¿Qué tipo de cargo ocupa?

—Soy reportera.

Bueno, todavía no lo era, pero lo sería, porque iba a empezar ese mismo lunes. Había estado trabajando como profesora en Atlanta hasta que la habían despedido, justo dos semana antes de que se cumpliera el año que le habría dado derecho permanente a su plaza. Pero un trabajo era un trabajo. Y le encantaba aquella casa.

—Me cuesta creer incluso que vendan periódicos. Aquí nunca pasa nada.

—Estoy segura de que tienen algunas noticias que ofrecer. Parecían tener muchas ganas de contratar a un reportero.

Caroline permaneció en el descansillo de la escalera mientras Barkley se dirigía hacia la puerta de la calle y, cuando éste salió, se volvió hacia el rostro adusto de Frederick Lee Billingham.

—Me alegro de conocerlo, señor. Ahora vivo en esta casa y no pienso dejar que nadie, ni usted ni ningún otro fantasma, me eche de aquí.

En realidad, no podría haberse ido aunque hubiera querido, por lo menos hasta el mes de agosto del año siguiente. Tenía un contrato de alquiler de un año. Y grandes esperanzas depositadas en la nueva vida que acababa de emprender en Prentice, una tranquila e histórica ciudad de Georgia.

Capítulo 1

Seis meses después

Caroline Kimberly giró bruscamente hacia el primer hueco que vio en el aparcamiento, pasando por delante de la furgoneta de la televisión local y de dos coches de policía. Agarró la cámara, salió de detrás del volante y, tras cerrar el coche de un portazo, corrió a través de una zona cubierta de hierba. Gran error, decidió cuando los tacones se hundieron en el barro.

Se quitó los pendientes y los guardó en el bolso antes de llegar hasta el policía que estaba de guardia en la puerta. Desgraciadamente, no podía hacer lo mismo con aquel ceñido vestido rojo y con los zapatos. Un conjunto perfecto para la fiesta de cumpleaños de Becky Simpson, pero completamente fuera de lugar en aquel parque.

—Caroline Kimberly, del *Prentice Times* —se presentó al tiempo que mostraba su carné de periodista.

El policía iluminó el carné con la linterna y la recorrió de pies a cabeza con la mirada, dejando que sus ojos se detuvieran más de lo necesario en el escote.

—Si yo fuera usted, volvería a la fiesta. A menos que tenga un estómago fuerte.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien ha debido sufrir el influjo de la luna llena. Ha matado a una joven cortándole el cuello.

—¿El influjo de la luna llena?

—Sí, así es como lo llamo yo. Algo relacionado con la luna y la sangre que pone a los locos al límite.

Caroline se estremeció y deseó poder regresar a la fiesta, pero no podía pasar por alto la oportunidad de escribir sobre una verdadera noticia. Había tenido que trabajar muy duramente para llegar hasta allí y escribir sobre un asesino tenía que ser mucho más desafiante que cubrir el incesante número de reuniones de las damas auxiliares. Pero, por supuesto, tampoco esperaba tener que enfrentarse a una carnicería durante su primera semana en aquel

puesto.

Escrutó la zona con la mirada. No había ninguna señal del fotógrafo con el que había quedado en encontrarse. Era una suerte que llevara siempre la cámara en el coche.

—Echa a esa gente inmediatamente de aquí. Puedes empezar con esa tipa de los zancos.

Caroline se volvió para ver quién estaba ladrando aquellas órdenes. Se trataba de un hombre alto y musculoso, vestido con unos vaqueros viejos y una camiseta negra.

—Soy periodista del *Prentice Times* y tengo derecho a estar aquí.

—Se equivoca. Estamos en el escenario de un crimen. No tiene ningún derecho —pasó por delante de ella a grandes zancadas y se dirigió hacia el lugar en el que estaba rodando la cámara.

—Cerdo repugnante —musitó Caroline para sí, pero, al parecer, no suficientemente bajo como para impedir que alguien la oyera.

Otro policía se acercó a su lado.

—No le haga caso a Sam. Siempre es así.

—¿Bruto y desconsiderado?

—No tiene que tomárselo como algo personal. No soporta a los periodistas.

Las cosas se estaban poniendo mal. Los cámaras de televisión se marchaban. Pero ella tenía que conseguir algo que contar. En aquel momento, se acercó alguien al policía y ella aprovechó para escapar y correr hacia el lugar en el que se había producido el asesinato.

El policía le gritó que volviera, pero Caroline lo ignoró, esperando que aquello no fuera motivo de arresto. A los pocos metros, pudo ver el cadáver. Era el cuerpo de una mujer desnuda, tumbada de espaldas. Le habían abierto el cuello y le habían pintado con sangre una equis en el pecho.

Caroline dio media vuelta, asaltada por un ataque de náuseas. Alguien le dijo que se marchara de allí y en aquella ocasión obedeció. Se acercó hasta los arbustos más cercanos y vomitó todo lo que tenía en el estómago. Cuando terminó, descubrió que el policía que había intentando impedir que se acercara estaba tras ella.

—Debo de haber comido algo que me ha sentado mal —comentó.

—Sí. Yo he dicho prácticamente lo mismo cuando he visto el cadáver. ¿Está usted bien?

—Lo estaré dentro de un minuto. ¿Qué se sabe sobre la muerte de esa mujer?

—Todavía nada.

—¿Quién ha encontrado el cadáver?

—Todavía no estamos seguros, pero quien quiera que haya sido, ha llamado también a la televisión. La televisión ha llegado antes que la policía, por eso está Sam tan enfadado. Probablemente éste sea el crimen más brutal que se ha cometido nunca en Prentice.

—¿Está él a cargo de la investigación?

—Es el jefe de homicidios.

—¿Cómo se apellida?

—Turner.

Detective Sam Turner. El nombre le resultaba familiar, pero estaba segura de que no lo había visto antes. No era un hombre fácil de olvidar. Era más intimidante que atractivo, pero sus facciones duras y su cuerpo musculoso eran más que suficientes para que una mujer se fijara en él.

—Odio tener que echarla de aquí —dijo el policía—, pero Sam ha ordenado que despejemos la zona de periodistas.

Sí, especialmente de «tipas sobre zancos». Caroline asintió y comenzó a dirigirse hacia la puerta del parque. Pero en el último minuto, cuando se dio cuenta de que nadie la veía, tomó aire para intentar dominar sus nervios, se acercó al cadáver y comenzó a fotografiarlo.

El detective Sam Turner apareció de pronto y colocó la mano frente al objetivo.

—Espero que tenga una buena razón para continuar aquí.

—Voy a escribir un artículo para la edición del periódico local de mañana y tengo un par de preguntas que hacerle.

—Oh, claro, en ese caso nos olvidaremos del asesino e intentaremos ayudarla con su artículo.

—¿Tienen algún sospechoso? —preguntó Caroline, ignorando su sarcasmo.

—¡Eh, Turner! —lo llamó alguien—. Acércate a ver esto.

—Ahora mismo voy —Sam se volvió de nuevo hacia ella—. No tengo ningún sospechoso, ni ningún móvil, ni siquiera hemos identificado a la víctima y me importa un bledo lo que pueda escribir en su artículo. Lo único que me importa es que han asesinado a una mujer, así que ya puede apartarse de mi camino. Me gustaría descubrir al culpable de esta sangría.

—Al público le preocuparía que...

El policía dio media vuelta y se alejó caminando como si Caroline fuera una mosca latosa. Pero por lo menos le había dicho lo que Caroline

necesitaba saber: no había pistas y todavía no habían identificado a la víctima. No era mucho, pero al menos podría aparecer en portada, especialmente si había salido bien alguna de las fotografías.

No cabía duda de que aquel macabro asesinato iba a dejar huella en los tranquilos habitantes de Prentice durante mucho, mucho tiempo. Quizá para siempre. Tendría que llamar a su jefe en cuanto llegara al coche para decirle que tenía una noticia para la portada.

El *Prentice Times* era un pequeño periódico local y John Rhodes, director y redactor jefe al mismo tiempo, quería controlar hasta la última palabra antes de que se imprimiera un ejemplar.

Por lo que se comentaba en el mundo del periodismo, en aquel momento Caroline debería estar experimentando una fuerte subida de adrenalina. Pero lo único que sentía era el estómago revuelto y un terror que parecía llegarle hasta al alma.

Escribiría el artículo y, al día siguiente, todos los padres de la ciudad sentirían un nudo en el estómago cuando lo leyeran. Y aquellos con hijas en paradero desconocido se volverían locos de preocupación.

Pero aquella era la profesión que había elegido. O, más exactamente, la profesión que la había elegido a ella.

Policías, cámaras de televisión, periodistas. Qué espectáculo. Todos los hombres y mujeres que se acercaban reculaban al ver por primera vez el cadáver. Pero no se alejaban, continuaban mirando, empapándose de aquella sangrienta visión, como si nunca tuvieran suficiente. Parecían fascinados por el crimen.

Él los observaba y estudiaba a todos. Especialmente al detective Sam Turner. Pero su mirada volvía una y otra vez hacia una atractiva periodista vestida con un vestido rojo. Estaba cumpliendo con su trabajo, sí, pero era evidente que no se estaba haciendo respetar. Sam Turner pensaba que aquello era un juego, pero se equivocaba. Y pronto lo descubriría. Todos lo descubrirían en cuanto comenzara a sucederse asesinato tras asesinato.

Capítulo 2

Faltaban diez minutos para la media noche cuando Caroline pudo abandonar la sede del periódico y regresar a casa. Tal como esperaba, John se había emocionado al saber que había conseguido todos los detalles que hasta ese momento se conocían sobre el crimen. No se había apartado de su lado mientras ella redactaba la noticia, ni había parado de hacer sugerencias y preguntas, pero cuando había terminado el artículo, le había dicho que había hecho un trabajo magnífico.

Caroline estaba cansada, pero las imágenes del cadáver continuaban repitiéndose en su mente mientras buscaba en un cajón algo cómodo y elegante para dormir. La lencería era uno de sus pocos caprichos, un efecto colateral de los años que había tenido que pasar utilizando ropa interior de algodón.

Aquella noche se puso un pijama de seda rosa y una bata a juego. Pero ni siquiera eso mejoró su humor. Fue a la cocina, se sirvió una copa de vino y recorrió con ella en la mano habitación tras habitación. Le encantaba aquella casa, aunque el alquiler fuera un poco más elevado de lo que realmente se podía permitir.

Dudaba de que ninguno de los antiguos habitantes de la casa hubiera visto en toda su vida nada parecido al brutal asesinato que había cubierto aquella noche. Caroline se abrazó a sí misma, presa repentinamente de la aprensión, y subió las escaleras. El vestíbulo del segundo piso era espacioso y de techos altos y continuaba amueblado tal y como lo habían dejado sus dueños: con un sofá estilo reina Ana cuyo color original era imposible de adivinar. Una antigua cómoda de patas largas con los tiradores rotos, y un espejo de pared enmarcado en plata, adornado y embellecido como si hubiera sido para una reina.

Y su mueble favorito, un viejo escritorio que había sido hecho en Francia y enviado en barco hasta allí antes de la Guerra Civil.

Caroline se dejó caer en el sofá y alzó la mirada hacia el retrato que continuaba colgado sobre las escaleras. Incluso desde aquel ángulo, el retrato parecía estar mirándola a ella.

—Las cosas han cambiado, Frederick Lee. Ésta ya no es tu pacífica ciudad sureña.

Al final, Caroline cedió a la presión de sus ojos y terminó cerrándolos. Pero su inconsciente continuaba formando nuevas y truculentas imágenes.

Estaba intentando acercarse a la víctima mientras el detective Turner guiaba su mano temblorosa. Ambos se movían con deliberada lentitud, como si estuvieran trabajando con las piezas de un absurdo rompecabezas. Las piezas estaban allí, pero no conseguían encajarlas. Y ella estaba cansada. Muy, muy cansada.

Lentamente las imágenes desaparecieron para dar paso a la pesadilla que había perseguido a Caroline desde que podía recordar. La iglesia. Unas escaleras oscuras. Y un terror tan real que casi podía saborearlo.

Se despertó sobresaltada, con el pijama empapado en sudor. Pero era sólo la pesadilla que la perseguía cuando estaba estresada. Aun así, encendió la luz. Frederick Lee continuaba mirándola, vigilándola.

Y Caroline se alegraba de tenerlo allí.

A las doce de la mañana, Caroline permanecía junto a otra docena de periodistas en la sala de prensa de las oficinas del alcalde, Henry Glaxton. La sala estaba llena de periodistas, pero en cuanto apareció el alcalde tras el atril y se colocó el micrófono, se hizo un silencio total.

El alcalde saludó al grupo con su arrastrado acento sureño, expresó sus condolencias a la familia de la víctima, que había sido identificada como Sally Martin, y les advirtió a los ciudadanos de Prentice que fueran prudentes hasta que la persona que había cometido el crimen hubiera sido arrestada. Una tarea que, aseguró, se había convertido en la máxima prioridad.

El jefe de policía tomó después el micrófono. Su explicación del crimen fue breve. Sally, que trabajaba de camarera en el Catfish Shack, había sido vista con vida por última vez a las diez y media de la noche, cuando había salido del trabajo. Habían encontrado su coche en el aparcamiento del complejo de apartamentos en el que vivía. Tras aquella explicación, cedió la palabra a Sam Turner, el detective que estaba a cargo de la investigación.

—Eso quiere decir que no nos enteraremos de nada —le comentó a Caroline el periodista que estaba a su lado—. Turner considera a los periodistas como unos parásitos cuya única misión es atormentarlo.

Aun así, en cuanto Sam apareció se levantaron un montón de manos. Sam

había cambiado los vaqueros y la camiseta negra por unos pantalones grises y una camisa azul claro. Iba perfectamente arreglado.

Sam miró hacia el público y sintió una irritante sequedad en la garganta. Para él, las ruedas de prensa eran una pérdida de tiempo y una molestia absurda. En aquel momento debería estar intentando localizar al asesino, y no tratando de apaciguar a un puñado de periodistas incompetentes.

—¿Cree que ha sido un crimen pasional?

—Yo no les pongo etiquetas a los crímenes, eso se lo dejo a ustedes.

—¿Y cree que el asesino conocía a la víctima?

—Es posible.

—¿El crimen puede estar relacionado con algún tipo de culto diabólico?

—No tenemos ningún dato que lo indique.

—En ese caso, ¿qué explicación le dan a la equis que aparecía en el pecho de la víctima?

—No quiero precipitarme a sacar conclusiones.

—¿Pero cree que ha podido ser una especie de asesinato ritual?

—Todo es posible —¿cuántas veces tendría que repetir aquella frase hasta que la rueda de prensa hubiera terminado?

—¿Cree que el asesino volverá a matar?

No era una pregunta que quisiera que le formularan. Y tampoco conocía la respuesta. El asesino era como una bomba de relojería andando. Pero si Sam lo decía, sumiría a la ciudad en una oleada de pánico y al alcalde le daría un infarto.

—Creo que los ciudadanos deberían estar alerta hasta que el asesino esté entre rejas.

Miró el reloj. Cinco minutos más y daría por terminada su intervención. Cinco minutos durante los que el asesino continuaba siendo un hombre libre.

Sam Turner fue el primero en salir cuando la rueda de prensa terminó. Caroline fue la última. No tenía ningún motivo para salir corriendo. El *Prentice Times* no se publicaba los domingos.

Abandonó la sala por la salida de emergencias, la que estaba más cerca de su coche. Aquella zona del edificio estaba vacía y, por un instante, tuvo la sensación de que alguien la estaba observando. Se volvió y miró tras ella. No

había nadie detrás.

Aun así, bajó los seguros del coche en cuanto estuvo dentro. Y fue consciente de que era la primera vez que lo hacía desde que había salido de Atlanta. En vez de poner el motor en marcha, sacó su libreta y comenzó a escribir sus pensamientos.

Una joven degollada y con el pecho embadurnado de sangre. ¿Qué puede llevar a una persona a hacer algo tan horrible? ¿La furia? ¿La pasión?

El teléfono móvil de Caroline sonó en aquel momento, sobresaltándola de tal manera que se dio un golpe con el volante. Comprobó el número. Era Becky. Tomó aire antes de contestar, intentando disipar el sombrío humor que se había apoderado de ella.

—De acuerdo, soy odiosa —dijo—, debería haberte llamado para decirte por qué me fui de la fiesta cuando las cosas se estaban empezando a poner divertidas.

—No hacía falta. Ya me imaginé que te fuiste para cubrir una noticia. ¿Tuviste que ocuparte del crimen de esa mujer que encontraron en el parque Freedom?

—Sí.

—Me lo temía. Debe de haber sido horrible.

—Bastante, sí.

—Podemos quedar para tomar una cerveza más tarde. Así podrás contármelo todo.

—Necesitarás más de una cerveza cuando te lo cuente.

—Pareces muy afectada.

—Un poco. Bueno, la verdad es que más que un poco —admitió Caroline.

—A lo mejor deberías pedirle a tu jefe que te devuelva al puesto que ocupabas antes.

—¿Y portarme como una cobarde?

—Yo lo haría si tuviera que verme envuelta en un asesinato. En cualquier caso, sólo quería asegurarme de que estabas bien.

—¿Cómo terminó la fiesta?

—No pasó gran cosa después de que te fueras. Estuvimos bailando un rato. Y la fiesta terminó cerca de las doce.

—¿Y cómo se siente una tras haber llegado a los veintiséis años?

—No muy mal. Esta mañana me he estado buscando arrugas nuevas, pero

no he encontrado ninguna. Por supuesto, es posible que el problema lo tenga en la vista.

—No. Yo ya tengo veintisiete años y todavía puedo leer las letras con las que imprimen mi nombre cuando se molestan en añadirlo a mis artículos — comentó Caroline.

—Diles que si no las ponen más grandes dejarás el trabajo.

—¿Y quién me pagará el alquiler?

—Yo puedo prestarte dinero. Tengo mucho.

Y era cierto. Becky pertenecía a una familia acomodada y, además, su abuela le había dejado millones en herencia. Pero no sólo era una joven rica, sino que también era inteligente, divertida, y guapa, con unos enormes ojos azules y unos rizos rubios que bailaban constantemente alrededor de sus mejillas bronceadas.

—Creo que será mejor que siga trabajando. Es la mejor forma de evitarme problemas.

—No creo que vayas a evitarte muchos problemas si continúas poniéndote ese vestido rojo que llevaste a la fiesta. ¡Estabas de lo más sensual!

Caroline metió la llave en el encendido mientras hablaban y advirtió entonces que le habían dejado una hoja amarilla en el parabrisas. No era un tique de aparcamiento, sino una especie de nota.

—Voy a tener que colgar, Becky. Tengo un asunto del que ocuparme.

—De acuerdo, pero antes dime, ¿qué te pareció Jack?

—¿Conozco a alguien que se llame Jack?

—Estuvo la otra noche en mi cumpleaños. Es un hombre muy guapo, de pelo rubio. Te vi hablando con él.

—Sí, es bastante simpático, ¿por qué lo preguntas?

—Nada, sólo por curiosidad.

Y probablemente porque quería que saliera con él. Pero era obvio que aquel tipo no estaba interesado en ella. En caso contrario, no habría interrumpido tan pronto su conversación.

Se despidieron y Caroline salió del coche para tomar la nota. Y tuvo que entrecerrar los ojos para poder leer aquella letra diminuta y cuidada con la que le decían:

Te vi ayer por la noche en el parque. Estabas muy guapa con el vestido rojo. Ven a mi próxima fiesta. Estaré esperándote.

Caroline volvió a leer la nota. «Mi fiesta». Seguramente, aquella nota no podía haberla escrito el mismo canalla que había asesinado a la mujer del parque. Pero aun así...

Permaneció sentada en el coche, temblando y con la nota en la mano, hasta que sintió que los dedos se le entumecían. Al final, giró la llave en el encendido y el motor cobró vida. Caroline comenzó a mover el coche, pero se detuvo para dejar pasar a un coche negro.

El conductor no era otro que Sam Turner. Ni siquiera desvió la mirada hacia el coche de la periodista. Caroline lo siguió y decidió no alejarse de él. No estaba muy segura de que fuera un movimiento inteligente, pero pensaba que debería enseñarle aquella nota.

Dos bloques después, el policía dejaba su coche en el aparcamiento del Grille Prentice. Caroline esperó en el coche para darle tiempo e instalarse en su interior y para poder recuperar ella la compostura. Era su primer caso de asesinato. Y de pronto el asesino pretendía hacerse amigo de ella. Aquello parecía una película de terror.

Una vez dentro, tardó un par de minutos en localizar a Sam. Lo descubrió sentado en uno de los reservados más apartados, hablando por teléfono y sosteniendo en la otra mano un vaso de té con hielo.

—¿Mesa para uno?

Caroline le sonrió a la camarera.

—Vengo con el hombre que está allí sentado, el de la camisa azul —señaló con la cabeza al policía.

—Sam no me ha dicho que estuviera esperando a nadie.

—No estaba segura de que pudiera venir —pasó por delante de la camarera, se acercó al reservado de Sam y se sentó enfrente de él.

Sam Turner la fulminó con la mirada, pero terminó la conversación. A continuación, dejó el teléfono en la mesa y la miró a los ojos. Los suyos eran todavía más oscuros que su pelo y Caroline tuvo la sensación de que podía leerle el pensamiento. Pero, sobre todo, se fijó en la pura virilidad que emanaba de aquel hombre. La testosterona parecía rezumar por todos los poros de su piel.

—La rueda de prensa ha terminado.

—No vengo a hacer ninguna pregunta. Tengo que ofrecerle una información.

La expresión del policía apenas cambió.

—¿Qué clase de información?

Caroline sacó la nota del bolso y se la tendió.

—He encontrado esto en el parabrisas de mi coche después de la rueda de prensa. Creo que debería leerlo.

Sam se secó las manos y agarró la nota sin tocarla apenas. La leyó lentamente, con expresión imperturbable. Pero cuando alzó los ojos, su mirada era todavía más penetrante.

—¿Dónde tenía aparcado el coche?

—Detrás del ayuntamiento. Entre la avenida Cork y la calle Savannah.

—¿Ha visto a alguien acercándose a su coche?

—No, pero cuando iba hacia él, he tenido la sensación de que alguien estaba mirándome.

—¿La sensación?

—Sí, ya sabe. Una sensación de incomodidad. Y no soy una persona nerviosa.

En aquel momento apareció la camarera y dejó una fuente con una hamburguesa y patatas fritas delante de Sam. Caroline pidió un refresco bajo en calorías. En aquel momento, era lo único que su estómago podría soportar.

Esperó a que la camarera se alejara para hacer la pregunta que la estaba consumiendo:

—¿Cree que esa nota la ha escrito el hombre que ha matado a Sally Martin?

—Es difícil asegurarlo. Pero es evidente que eso es lo que quiere que crea.

—¿Pero quién si no podría escribir algo así?

—Cuando se produce un asesinato de este tipo, salen a la luz los tipos más extraños.

—Habla como si hubiera visto muchos asesinatos como éste.

—He visto algunos. ¿Y usted, señorita...?

—Kimberly, pero puede llamarme Caroline —vaciló un instante. Odiaba admitir la verdad, pero no encontraba ningún motivo para mentir—. Éste es mi primer asesinato.

—¿Trabaja para la prensa o para la televisión?

—Trabajo en el *Prentice Times*.

—Creía que era Doreen Guenther la que se ocupaba de la sección de homicidios.

—Su madre está enferma y ha tenido que pedir un permiso —en ese momento llegó la camarera con la bebida de Caroline. Ésta se la llevó a los labios. Necesitaba suavizar su garganta reseca—. ¿Entonces qué tengo que hacer ahora?

—Me llevaré la nota e intentaré buscar alguna huella, pero me temo que debe haberlas echado a perder.

—No sabía que podía ser una nota del asesino.

—Si recibe otra, quiero que la agarre por una esquina y la meta en una bolsa de plástico. Y llámeme inmediatamente —le dio una de sus tarjetas—. Llámeme al móvil. Y, sólo por si acaso, no se le ocurra publicar que el asesino se ha puesto en contacto con usted.

—¿Por qué no?

—Sea o no del asesino, la publicidad posiblemente serviría para alentarlos.

—¿Pero por qué ha tenido que enviármela a mí? —susurró, casi más para sí que para que la oyera el detective.

—Digamos que anoche no pasaba especialmente desapercibida con el vestido que llevaba.

—Estaba en una fiesta cuando me llamaron para decirme que me dirigiera inmediatamente al parque Freedom. No tuve tiempo de ponerme nada más adecuado.

—No tiene por qué enfadarse conmigo. Usted me ha hecho una pregunta y yo le estoy contestando.

Sam se acercó a la fuente con la hamburguesa y Caroline dedujo que aquella era una manera de invitarla a levantarse.

Dio otro sorbo a su refresco y se secó las manos con una servilleta. Aquel hombre estaba demasiado tranquilo. Si de verdad pensaba que podía volver a tener noticias del asesino, debería hacer algo. Caroline no estaba segura de qué, pero, al fin y al cabo, ella no era policía.

—¿No va a pedirme mi número de teléfono, por si tiene que preguntarme algo más?

—Su número de teléfono es muy fácil de conseguir.

—No aparezco en la guía.

Sam le dio un mordisco a la hamburguesa. Caroline se levantó y se colgó el bolso en el hombro.

—Una cosa más, señorita Kinnerty.

—Kimberly. Caroline Kimberly.

—Señorita Kimberly, quienquiera que sea el que ha matado a Sally Martin, es un hombre muy peligroso. No intente ser una heroína.

—No hay nada que esté más lejos de mis intenciones, detective Turner.

—En ese caso, continúe así.

Y nada más. Ni siquiera le dio las gracias por haberle proporcionado

aquella información, aunque Caroline estaba segura de que muchos periodistas no le habrían dicho nada. Habrían intentado seguirle el juego al asesino con intención de conseguir un buen reportaje.

Ella, sin embargo, había decidido seguirle el juego a Sam Turner. Y estaba segura de que aquél no iba a ser un juego divertido.

Sam observó a Caroline mientras se alejaba. Miles de recuerdos rondaban su mente, y ninguno de ellos era bienvenido. No estaba seguro de por qué aquella periodista le recordaba a Peg. No se parecía a ella. Peg tenía el pelo largo y Caroline Kimberly lo llevaba corto, y el pelo de Peg era del color del trigo, mientras que el de Caroline se acercaba más al tono del café con leche.

Pero había algo en Caroline que le recordaba a Peg y ésa era una razón más que suficiente para que intentara guardar las distancias. Algo que iba a resultar muy difícil si Caroline se convertía en la pista que podía llevarlo hasta el asesino.

Dejó de encontrarle el gusto a la hamburguesa, pero continuó comiendo. Comía por costumbre, por la misma razón por la que últimamente hacía casi todo. Comer, dormir, respirar.

«Olvídalo, Sam, o te comerá vivo».

Aquello era lo que le había aconsejado el psiquiatra de la policía tras la muerte de Peg. Eso demostraba lo poco que aquel psiquiatra sabía de él. Porque en realidad ya estaba muerto.

Era su día libre, así que, en cuanto salió, Caroline se dirigió a casa. Una vez allí, revisó el correo y se preparó una ensalada que apenas tocó. No conseguía olvidarse de la nota. Al final, se sirvió un vaso de vino y subió al segundo piso dispuesta a ordenar el armario, una tarea que había postergado desde que había llegado a la casa. Pero aquel día, la idea de ocuparse de los trastos viejos de otros le parecía más un indulto que un trabajo.

Un trueno retumbó en la distancia en el momento en el que abría la puerta y respiraba el aire mohoso del armario.

Agarró una caja y tiró de ella hasta sacarla. Abrió la tapa y comenzó a sacar metros y metros de satén. Y tardó algunos segundos en darse cuenta de que lo que había allí guardado era un vestido.

Se levantó y sostuvo el vestido contra sus hombros. La falda le llegaba por

encima de los tobillos, ocultando sus piernas, pero el escote era bastante pronunciado. Parecía un modelo de mil ochocientos, pero estaba demasiado bien conservado para ser auténtico. Probablemente, habría sido confeccionado para alguna de las peregrinaciones que se realizaban en primavera, cuando muchas de las casas históricas de Prentice abrían sus puertas al público. Era habitual que la anfitriona vistiera un modelo del período en el que la casa había sido construida.

Caroline había conocido a Becky en una de esas celebraciones tres años atrás, cuando todavía estaba trabajando como profesora. Había llevado a un grupo de estudiantes a hacer la ruta de las casas y Becky había sido una de sus guías.

Habían congeniado nada más conocerse, más por diferentes que por parecidas, y había sido Becky la que le había dicho a Caroline que estaban buscando un reportero para el *Prentice Times* cuando había dejado el puesto de profesora.

Caroline se quitó los pantalones y el jersey, levantó el vestido, se lo metió por la cabeza y fue bajándolo poco a poco. La falda se arremolinaba entre sus piernas mientras ella bailaba ante el espejo, regodeándose en su reflejo. El efecto distorsionador del cristal ondulado era más pronunciado de lo normal por la falta de luz de la tarde y, por contraste, la luminosidad del vestido parecía casi mágica.

Pero aquel instante de magia fue bruscamente interrumpido por el timbre de la puerta. Caroline no esperaba a nadie. Pero tampoco esperaba que la llamaran para cubrir un crimen la noche anterior, ni esperaba encontrarse una nota escalofriante en el parabrisas aquella mañana.

Levantándose la falda del vestido, bajó las escaleras a toda velocidad. El timbre volvió a sonar antes de que hubiera llegado a la puerta. Una vez allí, se detuvo y miró por la mirilla. Sam Turner.

Si pensaba que el vestido rojo era poco discreto, podía imaginarse cómo iba a reaccionar al ver aquél.

Abrió la puerta y lo saludó con una sonrisa.

—Hola, detective.

Sam se meció sobre los talones. Se había quedado completamente sin habla. Fuera lo que fuera lo que esperaba encontrarse, desde luego no era aquello.

—¿Interrumpo algo?

—No, sólo estaba descansando. ¿Le apetece disfrutar de un cóctel en la

terraza?

Sam no contestó. Se limitó a deslizar la mirada por los montículos rosados que asomaban por el escote del vestido. Un milímetro más y los pezones de Caroline podrían haberle devuelto la mirada.

—Sólo era una broma, detective. No tengo ningún cóctel preparado. Estaba limpiando un armario, me he encontrado este vestido y me lo he puesto. Pero ya que está aquí, supongo que debería invitarlo a pasar.

—Sólo me quedará un momento.

—¿Ha encontrado alguna huella dactilar en la nota?

—Sólo una, además de la mía.

—Y podría ser mía.

—Eso parece.

—No creo que haya venido hasta aquí sólo para decirme eso.

—No, tengo una propuesta que hacerle.

—No me acuesto con policías.

—Estupendo, porque no iba a pedirle que lo hiciera. Me gustaría que viniera al escenario del crimen conmigo.

—¿Quiere que lo acompañe al parque en el que Sally Martin fue asesinada?

—Exacto. No tardaremos mucho.

Caroline retrocedió.

—Preferiría no volver allí, detective.

Entonces fue Sam el que se sorprendió. Todos los periodistas que conocía habrían salivado ante la posibilidad de visitar el escenario del crimen con el detective que estaba a cargo de la investigación.

—Podría ser importante, Caroline —dijo, tuteándola por primera vez.

—¿Por qué?

—Me gustaría que me mostraras exactamente dónde estuviste anoche. Dónde aparcaste el coche, en qué zonas del parque estuviste y ese tipo de cosas.

—Sólo estuve unos minutos.

—Tiempo suficiente para que te viera el asesino, si es que fue él el que escribió la nota. Es posible que tú también lo vieras, aunque no seas consciente de ello. Si volvemos, podré hacerme una idea de dónde podía estar él mientras te observaba. Incluso es posible que volver al parque te ayude a recordar algo que hayas olvidado.

—Ayer por la noche sólo hablé con policías.

—Mira, ya sé que esto no va a ser tan divertido como disfrazarte, pero

tengo una mujer muerta, un asesino suelto y ninguna pista. Así que, ¿piensas quedarte aquí quejándote o vas a venir conmigo?

—Me temo que sólo tengo una opción. Pero antes me gustaría cambiarme.

—Buena idea —esperaba que se pusiera algo que cubriera completamente sus senos—. Y date prisa. La tormenta está a punto de estallar.

Caroline se volvió y corrió escaleras arriba, dejándolo en la puerta. La falda se arremolinaba en sus tobillos y la tela susurraba sensualmente mientras se deslizaba contra su piel.

¿Qué demonios tenía aquella mujer que conseguía afectarlo de aquella manera? A lo mejor había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había estado con una mujer.

Pero no importaba. Tenía un asesino al que atrapar.

Un asesino que tenía a Caroline Kimberly en mente.

Aquél no era momento para que Sam comenzara a interesarse también por ella.

Capítulo 3

No había ningún cadáver sanguinolento esperándolos, pero Caroline encontró el parque incluso más sobrecogedor que la noche anterior. Nubes oscuras rodaban por el cielo, empujadas por el viento, y, no muy lejos, los relámpagos desgarraban los cielos y eran seguidos por el estruendo de los truenos.

Un grupo de adolescentes sobre monopatines se detuvo para observarlos mientras salían del coche. La imaginación de Caroline comenzó a trabajar a toda máquina y se imaginó a uno de ellos blandiendo un cuchillo y degollando a Sally Martin. Pero la inocencia de sus rostros los hacía incapaces de una brutalidad como aquélla.

Sam miró hacia ellos sin darles ninguna importancia.

—Pronto comenzará a diluviar, así que vamos a empezar.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Dónde aparcaste anoche?

—Delante de ese edificio, cerca de aquel roble —señaló un árbol cuyas ramas cubrían toda la calle.

Sam no se molestó en esperarla. Caminó a grandes zancadas en aquella dirección, escrutando toda la zona con la mirada. En cuanto llegó al árbol, alzó la cabeza y comenzó a mirar entre las ramas como si esperara que el asesino estuviera allí, esperando.

—¿Había alguien cerca cuando saliste del coche? —le preguntó a Caroline cuando lo alcanzó.

—Había grupos de curiosos por todas partes, pero no me fijé en nadie en particular.

—¿Te habló alguien?

—No.

—¿Estás segura?

Caroline intentó recordar. Eran tantas las cosas que habían ocupado su mente al llegar: el fotógrafo, las luces de los coches de policía, las cámaras de televisión. Su inexperiencia. Aun así, tenía una memoria que retenía normalmente cualquier detalle.

—No recuerdo haber hablado con nadie hasta que llegué a la puerta. Entonces le enseñé mi carné de periodista al policía que estaba de guardia. Él miró mi vestido y me comentó que debería volver a la fiesta, a menos que tuviera un estómago fuerte.

—¿Y aun así entraste?

—Ése es mi trabajo.

Y continuaría siéndolo, de modo que miró a su alrededor, intentando captar todos los detalles. Enfrente del parque, había una calle con casas bajas, la mayor parte con la fachada de ladrillo y algunos toques de estuco. Algunas tenían porche. En uno de aquellos porches, un hombre de mediana edad se mecía en un columpio, con la mirada fija en Sam y en Caroline. Para él era algo natural, pero, aun así, su mirada la hizo sentirse incómoda a la joven.

—¿Crees que el asesino estaba observándome antes incluso de que yo entrara en el parque?

—Posiblemente.

—¿Desde una de esas casas?

—Puede haber estado vigilándote desde muchas partes. Desde una casa, desde un coche en el aparcamiento. Agachado detrás de los arbustos... Pero probablemente estuviera mezclado entre los curiosos.

Y si aquel tipo había estado allí la noche anterior, también podía estar viéndola en aquel momento.

—¿De verdad tenemos que volver al parque? —preguntó, deseando volver al coche y alejarse de allí.

—Ayudaría. Intenta repetir los pasos que diste ayer y yo te seguiré.

Regresaron a la puerta justo en el momento en el que otro rayo surcaba los cielos. En cuanto la cruzaron, Caroline se dirigió directamente hacia la zona en la que había visto el cadáver.

—Comencé a seguir las luces de las cámaras de televisión —le dijo—. Entonces fue cuando me viste y le dijiste al otro policía que le dijera a esa tipa con zancos que saliera de allí.

—Al parecer no sirvió de nada.

—El policía me dijo que me marchara, pero, en cuanto se volvió, yo volví a hacer mi trabajo. El público tiene derecho a estar informado.

—Así que desobedeciste las órdenes de la policía. ¿Y después, qué?

—Vi el cadáver y... —maldita fuera, tenía que admitir su debilidad delante del detective.

—Y vomitaste en los arbustos.

—¿Cómo lo sabes?

—Ayer por la noche eras bastante reconocible. No creo que hubiera un sólo policía de servicio que no quedara impresionado por la periodista del vestido rojo.

A los policías. Al asesino. Los había impresionado a todos, excepto al detective Sam Turner. El policía le dio una patada a una piedra que aterrizó justo al lado de las cintas amarillas con las que la policía había rodeado la zona en la que habían encontrado el cadáver.

Todavía eran visibles las manchas de sangre, aunque probablemente desaparecerían con la lluvia. Pero en la mente de Caroline las imágenes continuaban siendo tan nítidas como si Sally continuara tendida sobre la hierba. Se estremeció y retrocedió.

Sam la agarró del brazo.

—Intenta mantenerte firme. Nos iremos de aquí dentro de un momento.

—¿Es posible llegar a insensibilizarse ante un asesinato?

—No. Y en el momento en el que me ocurriera, dejaría este trabajo.

Aquella admisión lo hizo parecer mucho más humano. Quizá incluso hubiera un corazón en el interior de aquel musculoso pecho.

—¿Te has ocupado alguna vez de algún caso en el que el asesino se haya puesto en contacto con una persona a la que ha visto en el escenario del crimen?

—No, pero recuerdo haber leído algo parecido sobre un caso que se dio en la costa oeste hace un par de años. El asesino llamaba siempre a una mujer antes de cometer el asesinato.

—¿Y qué ocurrió?

—No me acuerdo.

Caroline no se lo tragó.

—Terminó matando a la mujer a la que llamaba, ¿verdad?

Por primera vez desde que habían llegado al parque, Sam se volvió hacia ella, dedicándole toda su atención.

—No va a pasarte nada, Caroline. A menos que permitas que ese hombre te envuelva en sus repugnantes juegos.

Cayó la primera gota que fue seguida rápidamente de otras muchas más. Sam la agarró del brazo y la condujo hacia el coche. Pero la furia de la tormenta no esperó. La lluvia golpeaba el rostro de Caroline, empapando de tal manera sus lentes de contacto que apenas podía ver. Para cuando llegaron al coche, estaba chorreando.

Sam puso el motor en marcha, pero esperó un minuto antes de sacar el coche del aparcamiento. Caroline tenía la sensación de que quería decirle algo, pero, fuera lo que fuera, cambió de opinión. «No dejes que te involucre en sus juegos».

Buen consejo, si no fuera porque el asesino la había involucrado en su juego desde el momento en el que le había dejado aquella nota. Con aquel único gesto, le había robado cualquier posibilidad de ser objetiva, la cualidad principal que se le suponía a un periodista. Sin embargo, estaba decidida a no perder el control y a mantener informados a los ciudadanos de Prentice.

Y rezaría para que el asesino no volviera a ponerse en contacto con ella.

—He hablado con todos los vecinos del bloque —dijo Matt mientras revisaba sus notas delante de Sam—. Todo el mundo dice no haber visto nada hasta que llegó la furgoneta de la televisión.

Sam tomó las notas del joven detective, se recostó en la silla y apoyó los pies en la mesa.

—¿Has comprobado si hay alguien en las inmediaciones que tenga antecedentes?

—Todos los adultos están limpios. Uno de los adolescentes del bloque fue denunciado por haber provocado lesiones a su padrastro.

—Detalles.

—Se llama Gregg Sander. Diecisiete años, tenía dieciséis cuando se presentaron los cargos contra él. Atacó a su padrastro con un bate de béisbol al encontrarlo en actitud excesivamente cariñosa con su hermana pequeña. El padrastro lo niega. No le pusieron ninguna condena, de modo que supongo que el juez lo creyó.

—¿Y dónde está ahora su padrastro?

—Su madre se divorció de él y no tiene la menor idea de dónde está viviendo. Pero sabe que no es en Prentice..

—¿Qué se ha encontrado en la zona en la que se cometió el crimen?

—Tenemos un par de colillas, un calcetín viejo, algunos chicles, una botella de cerveza... ese tipo de cosas.

—Envía todo al laboratorio de Atlanta. Quizá consigamos algo a partir del ADN de alguno de esos objetos.

—Está hecho. ¿Necesitas algo más antes de que me vaya?

Sam miró el reloj. Eran las cinco y cinco. En otros tiempos, un policía

responsable no habría mirado nunca el reloj. Pero esos eran policías de la vieja escuela. Los policías habían comenzado a tener vida más allá de su trabajo. Cumplían su turno y se marchaban. Y quizá fuera lo mejor.

—No, supongo que eso es todo —comentó Sam—. ¿Te espera una buena velada?

—Tengo una cita con esa pelirroja que trabaja para el doctor Wolford. ¿Y a ti?

—Creo que me acostaré pronto e intentaré dormir.

Ambos sabían que no era cierto. Sam pararía en el Grille y pediría el menú del día, si se tomaba la molestia de comer algo. Después, volvería a la zona precintada e intentaría buscar alguna nueva prueba.

Sam dejó las notas sobre la mesa cuando Matt se marchó, se acercó a la ventana y fijó la mirada en la lluvia. No caía con tanta fuerza como cuando los había alcanzado a Caroline y a él en el parque, pero continuaba lloviendo con firmeza.

Caroline Kimberly. Aquel nombre no debería significar nada para él, excepto por su relación con aquel caso de asesinato. Pero en aquel momento, mientras fijaba la mirada en la lluvia y recordaba el aspecto de Caroline empapada, supo que aquella mujer lo afectaba de una manera que no era capaz de comenzar siquiera a definir.

No era simple lujuria lo que le provocaba, aunque era innegable la tensión que se había producido en sus entrañas cuando aquella tarde le había abierto la puerta de su casa.

Pero había sido todavía peor llevarla a casa desde el parque, cuando Caroline parecía poco menos que una niña abandonada.

Frustrado por el deseo que parecía presionar en todas direcciones, cruzó la habitación, abrió un cajón del escritorio y sacó la fotografía de Peg. Antes la tenía siempre sobre la mesa, pero se había cansado de explicarle a todo el mundo quién era. De modo que la mantenía allí para los momentos especiales, aquellos en los que necesitaba recordarse cómo debería ser la vida. ¿Cómo sería su vida en aquel momento si no hubiera cometido aquel error fatal que había permitido que un asesino se entrometiera en su vida?

La clase de error que debía haber cometido Sally Martin. ¿Habría confiado en un desconocido Sally Martin? En Prentice era algo normal. Sólo estaba a una hora de distancia de Atlanta, pero a años luz respecto a los problemas de Atlanta como gran ciudad. En Prentice había más iglesias que bares. Las calles estaban limpias. Los ciudadanos conservaban los antiguos modales

sureños y atesoraban su pasado como si fuera una piedra preciosa que necesitaba ser pulida y expuesta para que todos la vieran.

¿Habría conducido el asesino durante cientos de kilómetros y habría llegado a Prentice con la necesidad desgarradora de matar a alguien? ¿O sería alguien a quien Sally conocía, alguien en quien confiaba? ¿Un amante traicionado, quizá?

Pero si había sido un amante, la familia de Martin no tenía la menor noticia sobre él. Su versión era que Sally había suspendido los exámenes en la universidad de Auburn y había vuelto a casa. Y en aquel momento estaba muerta.

Sam no tenía ningún motivo para no creer a sus padres. Su tristeza parecía sincera. Además, Sam tenía el presentimiento de que los motivos por los que el asesino había elegido a Sally sólo los comprendía él. La había desnudado, pero no había indicio alguno de violación.

Aun así, Sam estaba prácticamente convencido de que el asesino era un hombre. El cuchillo, la desnudez, incluso las marcas en el pecho indicaban que el asesino era varón.

Y, a menos que Sam se equivocara, aquel tipo todavía no había acabado con Prentice. Ni con Caroline. Sam no tenía ninguna prueba que demostrara que la nota que habían dejado en el parabrisas de la periodista fuera del asesino. Todo era pura intuición.

Su mente volvió a Caroline Kimberly. Había estado haciendo algunas comprobaciones aquella tarde. Aquél era su primer trabajo como periodista. Y también era nueva en la ciudad. ¿Podría ser ella...?

No, era imposible que fuera ella la asesina. Y dudaba seriamente que hubiera falsificado aquella nota con intención de llamar la atención sobre sus artículos. Aun así, no le haría ningún daño investigarla.

Al fin y al cabo, su intuición no era infalible. Y la muerte de Peg lo demostraba.

Para el miércoles por la tarde, Caroline había agotado todo lo que tenía que escribir sobre el asesinato de Sally Martin, pero los lectores continuaban demandando ávidamente detalles. Caroline no sabía si aquella ansiedad se debía al miedo o a una curiosidad morbosa, pero el *Prentice Times* estaba vendiendo el doble de ejemplares de lo habitual.

John estaba encantado con el trabajo de Caroline, pero continuaba

presionándola para que escribiera más artículos. Quería entrevistas con los vecinos de Sally, con su familia, con las personas con las que trabajaba e incluso con sus amigos del instituto.

—Voy a acercarme a la cafetería —anunció Dotti mientras recorría la oficina con un bolígrafo y una libreta de notas en la mano—. ¿Quieres algo?

Dotti era una adolescente que ayudaba en el periódico dos tardes a la semana para conseguir un crédito más en la asignatura de periodismo.

—Un batido de caramelo —le contestó Caroline.

—¿Mediano y con leche desnatada?

—Tú misma lo has dicho. Soy una mujer de costumbres.

—En los viejos tiempos los periodistas vivíamos a base de café —dijo John.

—Sí, lo sabemos —gruñó otro de los periodistas—. Y erais capaces de caminar descalzos sobre la nieve para conseguir un buen reportaje.

Aquello desencadenó una oleada de risas. Caroline se volvió de nuevo hacia su ordenador. Estaba intentando buscar una frase de los amigos de Sally para insertarla en medio de una columna. No sabía cómo era ser periodista en los viejos tiempos, pero en los suyos le parecía un trabajo suficientemente duro.

Ron Baker se detuvo frente a su escritorio, algo que hacía un par de veces al día. A Caroline normalmente no le importaba. Él llevaba menos tiempo que ella en el periódico y todavía no participaba de la camaradería que reinaba entre los trabajadores.

Encajar no siempre era fácil, pero Ron era una buena persona. Cercano a los cincuenta años, algo tímido y un gran trabajador. Su principal labor consistía en asegurar el reparto de periódicos, pero era un hombre muy versátil y John sacaba provecho de todas sus habilidades. Aquel día estaba colocando unas estanterías.

Ron la miró por encima del hombro.

—Debes de estar cansada de escribir todos los días sobre ese asesinato.

—No lo estaría si hubiera algo nuevo que decir.

—No se ha encontrado ninguna pista, ¿verdad?

—Si la han encontrado, la policía lo mantiene en secreto.

—¿Qué piensas del detective que está a cargo del caso? Se llama Sam o algo así.

—Sí, Sam Turner —¿que qué pensaba de Sam Turner? Ésa sí que era una pregunta interesante. Pensaba que era un hombre duro. Irritable. Y

tremendamente sexy—. Todavía no lo conozco lo suficiente como para haberme formado una opinión sobre él.

—No están progresando mucho con el caso, ¿eh?

—Confiemos en que sepan algo más de lo que nos dicen.

Ron asintió.

—Bueno, creo que será mejor que siga con las estanterías.

Pero cuando Ron se marchó, Caroline continuó pensando en la pregunta que le había hecho sobre Sam Turner. Debería escribir un artículo sobre él. Estaba segura de que podría ser una historia fascinante. Era un hombre muy duro, pero había habido un momento en el parque en el que, al ser consciente de su miedo, se había mostrado casi protector. Y por la expresión con la que la había mirado cuando le había abierto la puerta con el vestido de satén, podía decir que estaba ligeramente excitado. Aunque se había recuperado muy rápidamente.

La cuestión era que Sam sólo se ocupaba de su trabajo. Algo que quizá no estuviera nada mal habiendo un asesino suelto. Y Caroline tenía que recordarse que el interés que había mostrado en ella había sido únicamente profesional.

Continuaba llevando la tarjeta en el bolsillo, pero, afortunadamente, no había tenido que llamarlo para darle ninguna otra noticia sobre aquel bicho raro que podía o no ser el asesino.

Pero puesto que llevaba la tarjeta en el bolsillo, quizá debería llamarlo. Al fin y al cabo, era periodista y él era el detective que estaba a cargo de la investigación. Si tenía alguna información nueva, el público tenía derecho a conocerla. Y eso no tenía nada que ver con el hecho de que estuviera pensando en aquel momento en él. Ni en que tuviera verdaderas ganas de oír aquella voz tan masculina y sensual. No, aquella era una cuestión puramente profesional.

De modo que sacó la tarjeta y marcó su número de teléfono.

—Sam Turner.

—Hola, Sam.

—¿Quién es?

—Soy Caroline Kimberly, la periodista del *Prentice Times*.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, no ha pasado nada. Pero estaba trabajando en el artículo de mañana y he pensado que quizá quisieras hacer alguna declaración.

—Si quieres una declaración, llama al encargado de prensa.

—Ya lo he intentado, pero no hay ningún encargado de prensa —se hizo un silencio que cada vez le resultaba más embarazoso—. Siento haberte llamado en un mal momento.

—No, no me has llamado en un mal momento. Bueno, lo que quiero decir es que sí, es un mal momento, pero no sé qué momento podría ser mejor. Lo único que tengo que decir es que todavía no hemos detenido a nadie.

—¿Eso significa que ya hay algún sospechoso?

—Eso significa que no tengo nada que declarar, salvo que no hemos arrestado a nadie.

—De acuerdo. Siento haberte molestado.

—Bien. Si recibes otro mensaje, llámame inmediatamente. Es importante. No juegues con ese tipo. Es peligroso. Y procura no olvidarlo.

Volvía a percibirse la preocupación en su voz.

—Te llamaré, te lo prometo. En asuntos relacionados con asesinatos, soy básicamente cobarde.

—Estupendo. Los cobardes tienen muchas más posibilidades de llegar a viejos.

Caroline volvió a darle las gracias, se despidió de él y eso fue todo. Tarea cumplida. Y resultados nulos. Aun así, continuaba pensando en Sam.

—¿Tienes alguna copia para mí? —le preguntó John, deteniéndose delante de su mesa con una taza de café en la mano.

—Dame veinte minutos.

—Tienes diez.

Caroline volvió a concentrarse en su artículo, pero, mientras escribía, se le ocurrió pensar que quizá Sam debería haber sido periodista. Un hombre que con tan pocas palabras era capaz de transmitir tanta fuerza, habría ganado un Pulitzer.

Caroline suspiró aliviada cuando metió el coche en el garaje y apagó el motor. Había sido un día muy largo y estaba deseando quitarse los zapatos, servirse una copa de chardonnay y ver una antigua serie que reponían en la televisión.

El camino desde el garaje hasta la casa se hacía duro cuando hacía frío o llovía, pero, afortunadamente, en aquella ocasión la noche era clara.

El único problema era que la zona que lo rodeaba estaba más oscura de lo habitual. Mucho más oscura. Por alguna razón, no estaba encendida ninguna

de las luces exteriores de su casa, aunque el temporizador debería haberse encargado de que lo estuvieran. Afortunadamente, había dejado encendida la luz de la puerta trasera, de modo que no tendría grandes problemas para meter la llave en la cerradura.

De pronto, oyó que algo se movía entre los arbustos que tenía tras ella. El corazón le dio un vuelco, pero, al volverse, descubrió que era un gato el que la había sobresaltado.

Mientras se acercaba a la casa, distinguió un paquete apoyado contra la puerta. Se detuvo inmediatamente. Seguramente, sería un paquete totalmente inofensivo, pero era la primera vez que le enviaban algo.

¿Qué ocurriría si se lo había enviado el mismo hombre que le había dejado la nota en el parabrisas? Había localizado su coche. Quizá también supiera dónde vivía. Quizá estuviera allí en aquel momento, escondido entre las sombras y vigilándola, como obviamente había estado vigilándola la noche que la había visto en el parque. Caroline no lo veía, pero, prácticamente, podía sentir su presencia.

Capítulo 4

Caroline corrió hacia la puerta. Las manos le temblaban de tal manera que tuvo que intentarlo dos veces hasta conseguir que la llave entrara en la cerradura. Por fin consiguió girarla. La puerta se abrió y Caroline corrió hacia el interior tras darle una patada al paquete para meterlo también en casa.

Una vez dentro, cerró de un portazo y se apoyó contra la puerta. El paquete continuaba en el suelo. Era una bolsa blanca, doblada por la parte de arriba. Podía tratarse de cualquier cosa. Quizá se lo hubiera dejado un vecino. Seguramente se había dejado llevar por el pánico. Pero sólo había una forma de averiguarlo.

Aun así, antes de abrirlo, Caroline se sirvió un vaso de agua fría. Bebió hasta la última gota y, cuando terminó, levantó la bolsa.

No pesaba mucho, de manera que no podía ser nada peligroso. La abrió y miró en su interior. Una galleta. Una maldita galleta con forma de corazón. Y había estado a punto de sufrir un infarto. Definitivamente, el crimen no era lo suyo.

Estuvo a punto de echarse a reír mientras sacaba la galleta, pero la carcajada se le atravesó en la garganta. Debajo de la galleta había una nota escrita con una letra que reconoció al instante.

La galleta se deslizó de entre sus dedos para terminar convertida en migajas en el suelo. Sacó la nota, sosteniéndola únicamente por una esquina.

Hola, mi preciosa Caroline. Leo todos los días tus artículos sobre mí y sé que piensas tanto en mí como yo en ti.

Feliz día de San Valentín.

—Maldito seas.

Ni siquiera se había acordado de que era el día de San Valentín y el único regalo que recibía era el de un loco. Pisoteó los restos de galleta como si estuviera apagando una colilla. ¿Cómo se atrevía aquel tipo a intentar involucrarla en su retorcida vida?

Pero no podía dejar que la convirtiera en un amasijo de nervios. Ya había

pasado por situaciones como aquella, ya había luchado contra los demonios que aparecían en sus pesadillas, vestigios de una vida que ni siquiera podía recordar.

Temblando todavía, pero con firme determinación, cruzó la habitación, descolgó el teléfono y marcó el número de Sam.

Sam leyó la nota por segunda vez. Se la esperaba, aunque no sabía cuándo iba a llegar.

—¿Qué te parece? —le preguntó Caroline mientras Sam guardaba la nota en una bolsa de plástico.

—Me parece que es un canalla repugnante.

—¿Pero crees que es el mismo hombre que mató a Sally Martin?

—No puedo estar seguro, pero, en cualquier caso, tenemos que asumir que es peligroso.

—¿Y por qué será que eso no me hace sentirme mejor?

—Porque eres una mujer inteligente.

—¿Y ahora qué tengo que hacer, detective?

Sam observó a Caroline, que permanecía sentada en el sofá, acurrucada con los pies descalzos. Llevaba una sudadera y un pantalón de color salmón. Y parecía demasiado vulnerable y delicada para ser una periodista.

—Deberías marcharte, huir a algún lugar en el que ese loco no pueda encontrarte hasta que lo hayamos detenido.

—No puedo hacer eso.

—Claro que puedes. Lo único que tienes que hacer es renunciar a tus artículos.

—Sé lo que piensas de los periodistas, Sam, pero la gente tiene derecho a estar informada.

—Creo que no me has comprendido. Yo no tengo nada en contra de los periodistas, a menos que se interfieran en mi trabajo. El hecho de que abandones la ciudad durante una temporada no va a terminar con la libertad de prensa, Caroline. Hay muchos otros periodistas que no están siendo perseguidos por un lunático.

Caroline fijó la mirada en el vacío, con la frustración reflejada en cada línea de su rostro.

—Huir no es ninguna opción. En primer lugar, no tengo ningún lugar a donde ir. En segundo lugar, necesito este trabajo para pagar mis facturas.

Además, si me voy, ¿quién dice que ese hombre no encontrará otra mujer a la que dedicar sus repugnantes atenciones?

Sam no tenía nada que objetar a eso.

—¿Entonces qué solución propones, Caroline? ¿Continuar trabajando y esperar a que te mande el próximo regalo, o a que ocurra lo que ese depravado pueda tener en mente?

—No. Es obvio que ese hombre lee el periódico. A lo mejor debería escribir un artículo en el que lo animara a comunicarse conmigo más directamente. Podría hablar con él, quizá podamos tenderle una trampa.

Aquello sería prácticamente un suicidio, pensó Sam.

—Le estás siguiendo el juego al asesino. Crees que es él el que te tiene en la cabeza, pero en realidad es él el que ha conseguido meterse dentro de la tuya.

—No soy ninguna estúpida, Sam, no voy a dejarme manipular.

—Ya estás siendo manipulada.

En aquel momento sonó el teléfono. Sam le pidió disculpas a Caroline y fue a la cocina a contestar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó cuando se identificó otro policía al otro lado de la línea.

—Acaban de llamar de la televisión local. Han recibido otra llamada.

—¿Ha aparecido otro cadáver?

—El hombre que ha llamado no lo ha dicho. Se ha limitado a especificar adónde deberían ir. Los ha enviado al parque Cedar, en la avenida Jackson, es esa zona en la que hay tantas casas antiguas.

El parque Cedar. A sólo tres bloques del lugar en el que estaba en aquel momento.

—Estaré allí en cinco minutos. Llama a Matt.

Cuando colgó el teléfono, Caroline estaba de pie tras él.

—Ha vuelto a actuar, ¿verdad?

—No estoy seguro. Tengo que irme.

—¿Adónde?

Sam ignoró su pregunta.

—Quédate en casa y mantén la puerta cerrada.

Pero en cuanto Sam salió, Caroline lo siguió.

—He conseguido un par de primeros planos antes de que nuestro querido

detective me echara de allí —dijo Steve—. John nos va a adorar —y se cambió la cámara de hombro.

Caroline estaba asombrada por el entusiasmo del fotógrafo ante aquel macabro espectáculo.

—Me alegro de que esta vez hayas llegado a tiempo.

—Eh, el otro día habría llegado a tiempo si me hubieras dicho lo que me esperaba.

—Tu trabajo consiste en venir cuando te llamo.

—De acuerdo, lo del otro día fue un pequeño desliz. Pero no tienes por qué reprochármelo continuamente. Soy tu fotógrafo. Además, esta noche John me ha llamado antes que tú.

—Supongo que ha recibido la noticia inmediatamente después de la televisión.

—Sería bonito poder enterarnos alguna vez de algo antes que la televisión —comentó Steve—. Bueno, creo que ya es hora de que volvamos al periódico.

—Adelántate tú.

—Muy bien. Nos vemos —contestó Steve, y se alejó de allí a grandes zancadas.

Steve sólo tenía cuatro años menos que Caroline, pero para él la vida continuaba siendo una fiesta.

Caroline se cerró con fuerza la chaqueta mientras lo observaba marcharse y se volvió de nuevo hacia el parque. Ya sólo quedaban unos cuantos hombres. Sam, por supuesto, y un puñado de policías. Los del *Canal Seis* se habían ido rápidamente, sin duda alguna para poder editar un reportaje que pudiera ser emitido en las noticias de última hora. El *Prentice Times* saldría varias horas después con aquella noticia en portada, de modo que esperaba poder obtener algún detalle más.

El segundo asesinato había sido tan macabro como el primero. Pero Caroline lo había soportado mucho mejor. Aunque se le había revuelto el estómago, había conseguido no vomitar. Pero por dentro estaba destrozada. El hombre que había cometido una atrocidad como aquella probablemente estaba observándola.

Se apoyó contra la verja del parque, a sólo unos metros de Sam.

El detective no le había dicho una sola palabra al verla llegar, pero había reconocido su presencia con la mirada. De hecho, la miraba constantemente, como si quisiera asegurarse de que continuaba allí, de que no se había ido con

el asesino.

Era curioso. Aparentemente, la intención del asesino era acercarla a él, pero, en cambio, ella se sentía como si estuviera siendo arrastrada hacia el mundo de Sam, como si, involuntariamente, se estuvieran convirtiendo en una pareja.

Segundos después, sintió una mano en el hombro.

—¿Te encuentras bien?

—No.

—¿Quieres que vayamos a comer algo y hablemos de lo ocurrido?

—Tengo ganas de hablar, pero no estoy segura de que pueda comer.

—Yo estoy muerto de hambre. El Grille es el único sitio que abre después de las nueve durante la semana, aparte de otros establecimientos de comida rápida. Puedes venir conmigo, si quieres.

—Vamos a mi casa —Caroline se sorprendió a sí misma al oírsele decir—. Puedo preparar unas tortillas. Siempre serán más fáciles de digerir.

—¿Estás segura?

—¿Por qué no?

—La verdad es que no se me ocurre ninguna razón. Pero dame unos minutos.

—Tómame el tiempo que quieras. Yo me adelantaré.

—Preferiría que me esperaras.

—¿Porque crees que el asesino puede seguirme hasta mi casa?

—Simplemente, espérame. Después te seguiré hasta tu casa.

Caroline asintió, agradecida por su preocupación y, todavía más, por su protección. Pero sólo podría contar con ella durante una hora. Después, volvería a quedar abierta la veda.

Sacó la libreta mientras Sam se alejaba. Escribiría el artículo en su ordenador portátil en cuanto hubieran terminado de cenar. Necesitaba tomar algunas notas, pero, además, había algunas preguntas que no cesaban de acosarla y que inmediatamente se abrieron paso hasta la libreta.

¿Latirá más rápido el corazón de un loco cuando mata? ¿Le entusiasmará especialmente la sangre? ¿O es el miedo que ve en los ojos de la víctima el que le procura un sádico placer? ¿Y es eso lo que ese loco quiere de mí?

Los dedos comenzaron a temblarle y se le cayó el bolígrafo. Un hombre que estaba cerca de ella se lo tendió.

—No tiene ningún motivo para continuar por aquí.

A Caroline se le paralizó el corazón. Pero el hombre continuó mirándola con aspecto totalmente inofensivo y sonriente. Se estaba volviendo paranoica. Aquella zona estaba plagada de policías. Ningún asesino se arriesgaría a pasearse por allí.

—¿Es usted del departamento de policía?

—Sí, soy Matt Hastings, de homicidios. Y usted debe de ser periodista.

—Sí, Caroline Kimberly, del *Prentice Times*, ¿cómo lo sabe?

—Un policía siempre reconoce a un periodista. Sus ojos tienen el resplandor de la mirada de un buitre.

—Está bromeando, ¿verdad?

—Sí —contestó, en tono más amistoso—. Sam me ha dicho que era usted la que recibió la nota.

—¿Sam le ha contado eso?

—Llevamos juntos el caso —miró hacia un par de policías uniformados que estaban acotando con cinta la zona en la que se había cometido el crimen—. Creo que ya no hay gran cosa que hacer por aquí esta noche. Debería marcharse. Si quiere, puedo llevarla a casa.

—No, gracias. He venido en coche.

—Supongo que usted es nueva en esto —comentó Matt, alargando la conversación—. No recuerdo haberla visto antes del asesinato de Sally Martin.

—Llevo seis meses en el periódico, pero acabo de empezar a cubrir los sucesos.

—Ha tenido suerte, ¿eh?

—¿Qué quiere decir?

—Dos asesinatos en menos de una semana. Y ya tiene hasta un asesino en serie.

—Podría haber hecho mi trabajo sin él.

—En cualquier caso, una noticia como ésta puede llevar a la fama a un periodista.

—Ni siquiera estoy segura de que valga para hacer este tipo de trabajo.

—Eh, Matt —lo llamó uno de los policías—, Sam te está buscando.

—El deber me llama —dijo Matt—. Me alegro de que esté usted por aquí. Ilumina la escena del crimen.

A Caroline le temblaban los dedos cuando se dispuso a escribir otra vez. Pero en aquella ocasión, fueron las palabras de Matt las que anotó en la hoja:

Y ya tiene hasta un asesino en serie.

¿Cómo había podido tener tanta suerte?

Sam se sentó a la mesa de la cocina con un whisky mientras Caroline cascaba los huevos y los echaba en un cuenco. Estaba muerto de cansancio, pero no tenía sueño. Nunca podía dormir después de un asesinato. Los detalles continuaban corriendo en su mente como si se tratara de una película. Y aquella noche no era una excepción. La única diferencia era que Caroline ocupaba la figura central en casi todas las escenas.

El envío de la galleta y el asesinato posterior reafirmaban la hipótesis de que el hombre que la estaba acosando era también el asesino. ¿Se habría fijado en ella tras verla aparecer el primer día con el vestido rojo? ¿Habría matado aquella noche para volverla a ver?

Pero, en realidad, no tenía por qué haber matado para verla. Sabía dónde trabajaba, cuál era su coche y dónde vivía. Simple y llanamente, estaba acosándola. Y quizá las señales de acoso fueran un preludio de sus asesinatos. Quizá se dedicara a perseguir a varias mujeres, a vigilarlas y a asustarlas. Y en algún momento que sólo él sabía cuándo iba a llegar, las mataba.

Su jefe quería que le proporcionara un perfil del asesino. Sam no tenía nada en contra de los perfiles, pero no le gustaba utilizarlos porque estrechaban excesivamente el campo de sospechosos.

Caroline abrió la nevera y buscó en uno de los compartimentos interiores. La suave tela de los pantalones se tensó contra su trasero, dibujando perfectamente las líneas de sus bragas. El cuerpo de Sam reaccionó inmediatamente. Sintió una punzada que le parecía casi irreal después de lo que acababa de ocurrir.

—Si quieres puedo hacer una tortilla de patatas —le dijo Caroline—. O simplemente una tortilla de jamón y champiñones. Tú eliges.

—Prefiero una tortilla de patatas. Nada de champiñones, ni de espinacas, ni de nada que tenga que ver con la comida para los conejos.

—Nada que sea saludable, por tanto.

—No. ¿Necesitas ayuda?

—Podrías ir encendiendo la chimenea del salón. Y poniendo la mesa.

—¿Dónde está el salón?

—En la segunda planta, al lado del vestíbulo. Es una de las pocas

habitaciones amuebladas de la casa. La mayor parte de la gente diría que es un cuarto de estar, supongo. Pero en los planos originales de la casa dicen que es el salón, y yo prefiero llamarlo así.

—Entonces cenaremos en el salón.

—Encontrarás leña al lado de la chimenea —cerró la puerta de la nevera con un golpe de cadera.

Llevaba las manos llenas de salchichas, queso, cebollas y pimientos. Sam corrió hacia ella para ayudarla y le agarró las manos justo antes de que una cebolla escapara de entre sus dedos. Ambos retrocedieron a la vez, como si el mero roce de sus manos hubiera provocado una descarga eléctrica. Sam dejó la cebolla encima de la mesa.

—Creo que empezaré a encender la chimenea.

—Muy bien. Hay una mesa plegable en el armario del vestíbulo. Y no te preocupes por las sillas. Usaremos las del salón.

Sam escapó de la cocina y, en cuanto lo hizo, su pulso recobró la normalidad. Pero no se habían apagado del todo las chispas de sensualidad.

Entró en el salón. Esperaba encontrarse con una habitación elegante y espaciosa. Pero se descubrió en una habitación acogedora, con las paredes llenas de fotografías y un órgano antiguo en una esquina. Sam se detuvo frente a la chimenea, colocó los troncos y las astillas y comenzó a encenderla.

El fuego prendió rápidamente.

Un fuego chispeante en la chimenea. Una mujer hermosa cocinando en la cocina.

Y un asesino suelto por las calles de Prentice.

Sam sacudió mentalmente la cabeza. Tenía que concentrarse en lo que realmente importaba y no en lo que le importaba a su libido. Tenía que atrapar a un asesino. Y mantener a salvo a una valiente periodista.

Caroline permanecía sentada enfrente de Sam, mordisqueando una tostada.

Habían hablado poco durante la cena. Caroline imaginaba que el detective tenía tanto miedo como ella de arruinar la cena hablando de cadáveres y asesinos. Pero prácticamente ya habían acabado de cenar y el silencio se hacía cada vez más embarazoso.

—¿Vives sola? —preguntó Sam, tras terminar el segundo whisky de la noche.

—Sí, excepto por los fantasmas, que, por cierto, no me ayudan ni con los

gastos ni con las tareas de la casa.

—¿Fantasmas? No me digas que crees en ese tipo de cosas.

—¿Estás seguro de que no existen?

—La verdad es que no me importa que existan o no. Siempre que no comentan crímenes en mi terreno.

—Yo tampoco sé si existen o no —admitió, tras beber un sorbo de vino—. Pero si existieran, éste sería el lugar ideal para ellos.

—¿Por eso compraste esta casa?

—No la he comprado. Se la alquilé a Barkley Billingham. La casa continúa perteneciendo a la familia que la construyó. Ése es uno de los motivos por los que me gusta, continúa albergando el pasado de la familia.

—Pero tú no eres una Billingham, así que ésa no es tu historia.

—Digamos que me han adoptado. O yo los he adoptado a ellos. No legalmente, por supuesto, pero desde que vine a vivir a esta casa, me siento conectada con ellos, especialmente con Frederick. Fue él el que construyó esta enorme casa.

Sam frunció el ceño.

—¿Sientes la misma clase de conexión con el asesino?

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—Una pregunta justa, creo, en estas circunstancias.

—Si me estás preguntando que si, de alguna manera, me siento responsable del asesinato de esta noche, la respuesta es no. Pero continúo preguntándome por qué se ha fijado en mí. Creo que a lo mejor está llamándome para pedirme ayuda.

—Él no necesita tu ayuda. Necesita que lo detengan. Y lo que tú necesitas es tomarte un descanso en el periódico hasta que lo tengamos entre rejas.

—Yo no lo veo así.

—Entonces será mejor que te pongas gafas para mejorar tu visión. Puedes tener todas las relaciones que quieras con los fantasmas de los Billingham, Caroline. Eso es asunto tuyo. Pero que te relaciones con un hombre que acaba de matar a su segunda víctima esta noche es asunto mío. Y no voy a permanecer sin hacer nada viendo cómo te dejas embaucar por ese hombre.

—Supongo que no crearás que estoy desarrollando alguna especie de fascinación por ese monstruo, ¿verdad?

—Sí, lo creo.

Caroline tomó aire y lo soltó lentamente, intentando controlar su furia.

—No voy a quitarte el caso, Sam, si es eso lo que te preocupa. Y no

publicaré nada de lo que él pueda decirme sin consultarlo antes contigo.

—¿Lo ves? Ya estás pensando en hablar con él. Probablemente terminarías invitándolo a un té si apareciera en tu puerta esta noche. Le harías una tortilla. Diablos, incluso podría pasar la noche en tu casa.

Caroline recordó entonces el paquete que había encontrado en la puerta. Y junto a la imagen del paquete retornó el terror. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Lo siento, Caroline.

La disculpa fue completamente inesperada, aunque su voz conservaba el mal humor. ¿O sería otro sentimiento el que tensaba su tono?

—No quiero discutir contigo, Sam. Esta noche no. Creo que no podría soportarlo.

Un segundo después, Sam estaba a su lado, abrazándola. Y Caroline experimentaba toda clase de sentimientos encontrados. Miedo. Enfado. Deseo. Intentó apartarlo, pero los labios de Sam estaban a sólo unos centímetros de los suyos y sentía su aliento sobre su piel.

Se aferró a su camisa, pero en vez de empujarlo, lo atrajo hacia ella con una pasión tan nueva e inesperada que ni siquiera podía comenzar a comprenderla.

Y en el momento en el que Sam rozó sus labios, la pasión explotó en llamas.

Capítulo 5

Sam se estrechaba contra Caroline al tiempo que reclamaba su boca. Caroline se consumía en aquel beso con un deseo tan cálido y apasionado que lo interrumpió aterrorizada. Había sido un beso repentino, inesperado, pero se había entregado tan completamente a él que cuando Sam se apartó de ella estaba temblando.

—No pretendía hacer eso.

Caroline retrocedió y contuvo la respiración mientras se alisaba la sudadera.

—Bueno, no ha sido nada —mintió, con el corazón todavía palpitante—. No tienes por qué disculparte.

—No siento haberte besado. Simplemente, no había planeado que esto ocurriera. Por lo menos no así.

Caroline no tenía la menor idea de a qué podía referirse. ¿Era el momento o la intensidad lo que no había esperado? ¿O quizá fuera su respuesta? No importaba. La cuestión era que sus propios sentimientos habían cambiado bruscamente y se sentía muy torpe después de haberlo besado. Se suponía que los besos no tenían que ser analizados como las pruebas del escenario de un crimen.

—Creo que deberías marcharte —le dijo—. Todavía tengo que escribir un artículo para mañana.

—Claro. Tienes que mantener informado al público.

Caroline se inclinó hacia delante y sopló para apagar la vela que había colocado en el centro de la mesa. Después, comenzó a recoger los platos.

—Te ayudaré a fregar los platos —se ofreció Sam.

—No, esta noche sólo los enjuagaré.

No quería que la ayudara. No quería acercarse otra vez a él. Tenía los sentimientos en carne viva y, si volvía a besarla, aquello se le podía ir de las manos.

Sam retiró las copas y la siguió a la cocina.

—¿Qué clase de cerraduras tienes en puertas y ventanas?

Había vuelto a adoptar su tono más profesional. De la pasión al trabajo en

menos de lo que había tardado el corazón de Caroline en detenerse.

—Los de las puertas exteriores van todos con llave. Y los de las ventanas son normales. Hice que los revisaran todos antes de mudarme a esta casa.

—¿Y ahora están todos cerrados?

—Los tengo siempre cerrados, excepto cuando abro las ventanas para ventilar.

La preocupación de Sam encendió nuevamente el pánico de Caroline.

—¿Crees que el asesino podría estar considerándome como una de sus próximas víctimas, verdad?

Sam se apoyó contra el mostrador y la miró fijamente.

—No puedo leerle el pensamiento a ese tipo, Caroline. Lo único que sé es lo que he visto en las notas que te ha dejado, y ésa es razón suficiente para que no quiera que corras riesgos con tu vida.

—Pero hablas como si la nota y la galleta formaran parte de alguna especie de juego sexual. Y no es así como funciona esto. Las otras mujeres no tuvieron ningún tipo de historia con él.

—Que nosotros sepamos. Las muertas no hablan.

Caroline no había pensado en ello. Al oírlo, se le cayeron los tenedores de las manos, chocando ruidosamente contra el fondo del fregadero.

—He enviado a un policía a vigilar tu casa por las noches hasta que hayamos atrapado a ese tipo. No estará aparcado siempre en el mismo lugar, pero no se moverá de los alrededores de tu casa. Si surge algún problema, cualquiera, incluso si oyes un ruido que no te resulta familiar, llama al novecientos uno. El policía de guardia te atenderá al instante. Y ahora yo tengo que irme y tú tienes que escribir tu artículo.

Así era Sam. Duro y protector al mismo tiempo. Apasionado y frío. Sensual y distante, como si se escondiera tras una barrera invisible que sólo apartaba cuando Caroline se acercaba a él.

—Sí, será mejor que te vayas antes de que el policía que va a vigilar mi casa vea tu coche y se pregunte qué estás haciendo aquí.

—Probablemente ya se lo está preguntando —respondió Sam con una sonrisa.

Caroline lo acompañó hasta la puerta.

—Sí, ahí está.

La periodista escrutó la calle con la mirada y vio un coche aparcado bajo las ramas de un magnolio. Suspiró aliviada.

—Gracias, detective.

—De nada, periodista.

Durante una décima de segundo, Caroline pensó que iba a besarla, pero Sam se volvió y se alejó caminando a paso firme.

Sam se sentó tras el volante de su coche y tras hablar un momento con el policía que estaba a cargo de la vigilancia, se dirigió hacia el parque Cedar. Quería verlo vacío, tal y como probablemente se lo había encontrado el asesino.

Aparcó en la puerta, pero no salió del coche. El parque no estaba iluminado, pero la noche era clara y la luz de la luna era más que suficiente.

Esperaba que la víctima hubiera podido ser identificada al día siguiente. Después, tendrían que asumir la triste tarea de comunicarle la noticia a la familia.

Eran pocas las cosas que podía decir sobre la vida de la última víctima, pero no iba a buscar indicios de culpabilidad entre los miembros de la familia. Aunque no podía estar seguro, era altamente probable que el crimen hubiera sido cometido por el mismo hombre que había matado a Sally Martin. Un asesino cruel y sin conciencia.

El mismo tipo de hombre que había matado a Peg.

El corazón se le encogió como si alguien se lo estuviera apretando con fuerza. Se suponía que el tiempo curaba las heridas, o por lo menos eso le había dicho el psiquiatra de San Antonio al que le había hecho ir su jefe antes de trasladarlo a Georgia. Pero habían pasado siete años y nada había amortiguado ni el recuerdo ni el dolor.

Habría sido diferente si hubiera podido cerrar de alguna manera aquel caso. No habían atrapado al hombre que había matado a Peg, aunque Sam había estado tan obsesionado con encontrarlo que había perdido su trabajo. Pero ni siquiera eso lo había detenido.

Sin embargo, al darse cuenta de que se estaba convirtiendo en un alcohólico amargado, como lo había sido aquel padrastro al que tanto había odiado, había cambiado de actitud y había conseguido un puesto en el departamento de policía de Prentice, gracias a la recomendación de su antiguo supervisor. Probablemente, Tony Sistrunk le había salvado la vida.

Sam había recorrido un largo camino desde entonces. Pero aquellas dos muertes habían vuelto a removerle todo. Habían muerto dos mujeres de forma completamente inútil, y, por si eso no fuera suficiente, aquel asesino se

había encaprichado de Caroline Kimberly, una mujer que había conseguido meterse a Sam bajo la piel como no lo había hecho ninguna otra en muchos años.

Sam se alejó de la casa, llevándose con él a Peg, el dolor de su pérdida y su obsesión por un asesino. Y con el sabor de una atractiva y sensual periodista pegado a los labios.

Los fantasmas parecían haber cobrado fuerza aquella noche, hacían crujir los suelos de madera y gemían con el viento que azotaba el dormitorio de Caroline.

Caroline sabía que era una locura, pero aunque los espíritus estuvieran sólo en su imaginación, le gustaba pensar que estaban allí. Eran un vínculo con el pasado. Le proporcionaban una sensación de continuidad que amortiguaba la soledad de una vida sin raíces.

La habían llevado al Hogar de Niñas Grace cuando tenía siete años. Allí la habían tratado bien, pero que a alguien lo trataran bien no era lo mismo que formar parte de una familia. No tenía un solo recuerdo de su vida anterior. Pero para cuando la habían llevado allí, las pesadillas ya la perseguían por las noches.

Una iglesia. Escaleras oscuras que conducían a un sótano. El miedo a caer en el infierno y a no poder salir nunca más de allí. Y el llanto de un niño.

Probablemente, ella misma había encerrado sus recuerdos, le había explicado un psicólogo en una ocasión. Y si así era, esperaba que permanecieran encerrados para siempre.

Y, para añadir algo más a la lista de cosas que debía olvidar, tenía las dos mujeres asesinadas y una galleta metida dentro de una bolsa blanca. Se estremeció al pensar en la nota que le habían dejado. Habían pasado sólo unas horas desde que la había encontrado en la puerta de su casa, pero eran muchas las cosas que habían sucedido desde entonces.

El asesinato.

Y la sorpresa de la noche: el beso de Sam.

No había estado nada mal. Al contrario, le había gustado mucho. Caroline se preguntó qué habría pasado si Sam no se hubiera apartado. Seguramente ella misma lo habría detenido antes de que las cosas fueran demasiado lejos... ¿O habrían terminado en la cama? Sinceramente, no lo sabía.

Caroline cerró los ojos y comenzó a contar hacia atrás a partir de cien,

como hacía siempre que tenía problemas para dormir. Pero para cuando llegó al setenta y siete, se sumió en un agitado sueño.

Las imágenes se deslizaban en su mente. Los labios de Sam sobre los suyos, sus manos acariciando su pelo. De pronto, se desvanecía la imagen de Sam y veía una galleta frente a ella, junto a un cadáver sanguinolento.

Caroline retrocedía a través del espacio y el tiempo hasta convertirse en una niña que reía agarrada de la mano de sus amigas. Pero hacía frío.

Y entonces empezó a llorar un bebé.

Caroline se despertó sobresaltada, atragantada por un pánico ya familiar. Se levantó de la cama, se puso las zapatillas y se dirigió hacia la cocina a buscar un vaso de agua.

Su dormitorio estaba en el piso de abajo, al final del pasillo. Pasó corriendo por delante de la puerta del sótano, la única parte de la casa que no le gustaba. Su intención era ir a beber agua, pero se detuvo a los pies de la escalera. Toda la casa rezumaba la esencia de los Billingham, pero sus espíritus parecían estar más presentes en el segundo piso.

Caroline subió los escalones lentamente. El reloj de pared dio las tres.

Era demasiado pronto para empezar el día, pero Caroline no quería volver a su dormitorio, de modo que se acurrucó en el viejo sofá y se tapó con una manta. Y durmió hasta la mañana siguiente.

Dos días después, Caroline estaba trabajando en su mesa del *Times*, dando los toques finales a un artículo sobre las reflexiones de los vecinos del parque Cedar, que estaban preocupados por el brutal crimen cometido en un barrio habitualmente tranquilo. La víctima había sido identificada como Ruby Givens, una joven enfermera de veintiséis años que había ido a correr al parque.

Caroline había pasado la mañana entrevistando a personas que vivían por los alrededores del parque, y en todos los casos había podido reconocer el miedo en sus miradas. La mayor parte de ellas no quería que se mencionara su nombre en el artículo. El anonimato les hacía sentirse más seguras.

Se sabía ya que el asesino era la misma persona que había llamado tanto a la televisión como a las oficinas del periódico. Al parecer, estaba buscando publicidad. Pero todavía no se tenía ninguna pista que pudiera resultar reveladora sobre su identidad.

Aun así, las palabras de Sam continuaban danzando en la mente de

Caroline: «las muertas no hablan». ¿Tendría eso algo que ver con el hecho de que estuvieran muertas? ¿El asesino las habría acosado, habría intentado acostarse con ellas y las habría matado al sentirse rechazado? Pero si ese había sido el caso, ¿por qué ningún familiar lo había mencionado?

No, era una tontería. Nadie le contaría a sus padres que estaba siendo acosada. Pero seguro que Sally se lo habría contado a alguien. Las mujeres siempre compartían ese tipo de cosas. Pero, entonces, ¿por qué sus amigos no le habían dicho nada a la policía?

Por miedo. El mismo miedo que tan patente era en las personas a las que Caroline había entrevistado aquella mañana.

Debería volver al Catfish Shack para hablar con Trudy Mitchell. Trudy y Sally tenían aproximadamente la misma edad. Ambas trabajaban en el restaurante y, al pensar en ello, recordó que Trudy se había puesto muy nerviosa cuando la había entrevistado después del asesinato de Sally. Aunque, la verdad, no más que los demás.

El teléfono de su escritorio sonó. El piloto de la línea tres estaba parpadeando. Levantó el auricular.

—Caroline Kimberly, redactora de sucesos.

—¿Cómo van los sucesos estos días?

—Hola, Becky. Estaba pensando en llamarte.

—¿Has comido ya?

—Me he comprado una hamburguesa cuando venía hacia la oficina.

—Grasa y comida basura cuando podrías haber parado en Bon Appetit. Deberías venir a tomar el café y el postre.

—Me encantaría, pero tengo que terminar un artículo para la edición de mañana.

—¿Entonces qué te parece si jugamos mañana al tenis?

Caroline rió ante la incontenible energía de Becky.

—Me parece perfecto.

—Genial. ¿Quedamos a las diez? Podemos vernos en el club.

—Sí, allí nos veremos.

Becky era propietaria del Bon Appetit, un pequeño café en el que servían todo tipo de delicias gastronómicas. En realidad, no necesitaba el dinero, pero, de esa forma, podía trabajar cuando le apetecía.

Tenía además una familia maravillosa. Aunque no tenía hermanos, el doctor y la señora Simpson eran las dos personas más amables que Caroline había conocido y adoraban a su hija. Lo único que a Becky le faltaba era un

novio. Pero todavía tenía tiempo más que de sobra para ello, aunque quisiera tener una casa llena de hijos. Becky tenía veintiséis años.

Los mismos que Ruby Givens.

El Catfish Shack estaba situado a unos cinco kilómetros al sudeste de la ciudad. Caroline llegó en un momento perfecto para hablar con la camarera: ya era demasiado tarde para almorzar y todavía no había llegado la hora de las meriendas.

Caroline recorrió el restaurante con la mirada. Había una familia de tres niños sentada a una mesa, una pareja de ancianos al lado de la ventana y un par de tipos con atuendo de cazador en medio de la cafetería.

—Puede sentarse donde quiera —le dijo una camarera al verla.

Caroline optó por la barra y esperó hasta que Trudy salió de la cocina.

La joven se acercó a ella con el ceño fruncido.

—¿Ha venido a tomar algo o a hacer preguntas?

—Tomaré un café.

Trudy estaba muy atractiva con aquel uniforme que no escondía en absoluto su esbelta figura. Mientras le servía el café, evitó todo tipo de contacto visual con Caroline.

—¿Con leche?

—No, lo tomaré solo.

Trudy tomó una bayeta y comenzó a limpiar el mostrador, ignorando a Caroline, pero sin alejarse. Caroline estaba prácticamente segura de que no iba a poder sacarle ninguna información, pero decidió intentarlo.

—¿Desde cuando conocías a Sally?

Trudy continuó limpiando el mostrador, que a esas alturas estaba resplandeciente.

—Desde hace unos seis meses, desde que empezó a trabajar aquí —dejó el trapo—. Supongo que ése fue su gran error.

Una extraña respuesta. A menos, claro, que el trabajo de Sally tuviera algo que ver con su muerte.

—¿Sally tenía muchas citas?

—Eso ya me lo preguntó la última vez, y le respondí que yo no sé con quién salía cuando se iba de aquí. Éramos compañeras de trabajo, pero no salíamos juntas.

Caroline asintió. Tendría que ser menos directa. Tenía que considerar el

factor miedo.

—El pescado frito huele estupendamente. No sé cómo os las arregláis para no engordar trabajando aquí.

—Yo no como pescado. Me paso el día viéndolo y oliéndolo. Con eso tengo más que suficiente.

—Pero estoy segura de que las propinas son buenas.

—Sí, bastante. Aunque no tanto como cuando trabajaba en un pub en Atlanta.

—Por lo menos éste es un lugar más familiar, aquí no tendrás a tipos molestándote todo el tiempo.

—No se crea.

Trudy desvió la mirada, pero se estaba mordiendo el labio. Caroline estaba prácticamente segura de que acababa de poner el dedo en la llaga.

—Apuesto a que Sally, con lo guapa que era, tenía bastantes admiradores.

—Sí, unos cuantos —Trudy volvió a llenarle la taza de café—. ¿Cree que podría haberla matado alguno de los tipos que viene por aquí?

—No sé lo bastante como para atreverme siquiera a imaginarlo. ¿A ti qué te parece?

Trudy no dijo una sola palabra, pero Caroline comprendió la respuesta por el miedo que reflejaron sus ojos y la forma de temblarle las manos cuando colocó la cafetera en su lugar.

Había llegado el momento de presionar.

—Tu compañera de trabajo está muerta, Trudy, y también ha muerto otra joven. Si sabes algo que pudiera ayudar a encontrar al asesino, deberías decírnoslo.

Trudy volvió a tomar la bayeta y comenzó a retorcerla.

—Yo no sé nada.

—Ya sé que tienes miedo, pero conmigo puedes hablar. No soy policía.

—Pero es igual. Si digo algo, lo publicará y todo el mundo lo leerá.

—No tengo por qué hacerlo.

—¿Eso qué significa?

—Lo que acabo de decir. No publicaré nada si tú no quieres que lo haga.

—Pero se lo dirá a ese detective que se pasa todo el tiempo merodeando por aquí.

—¿Al detective Turner?

—Sí, y también a ese otro más joven que trabaja con él.

—¿Matt?

—Sí. Viene casi todos los días. A todas las camareras les gusta. Pero yo ya le he dicho una y otra vez que no sé nada.

—Si me cuentas algo, yo puedo hacerles llegar esa información sin decirles que me la has proporcionado tú.

—¿Y no tendría que hacerlo si se lo preguntaran?

—Un periodista nunca revela sus fuentes. Le daré la información al detective Turner y te aseguro que él no hará nada que pueda ponerte en peligro.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted?

—Porque yo también soy una mujer. Tengo el mismo miedo que tú y jamás te pondría en una situación de riesgo —a Caroline se le aceleró el pulso—. ¿Alguien estaba acosando a Sally?

—No, no exactamente —Trudy se inclinó hacia delante y convirtió su voz en un susurro—. Pero había un hombre que venía continuamente por aquí. Nunca pedía comida, se quedaba en la barra y hablaba con Sally mientras ella entraba y salía de la cocina. La miraba continuamente.

—¿Cómo se llamaba ese hombre?

—No lo sé.

Caroline estaba convencida de que estaba mintiéndole otra vez.

—Un nombre podría servirnos de mucha ayuda.

—No sé cómo se llama.

—¿Era el novio de Sally?

—No. Ella todavía estaba enamorada de un chico de Auburn que había roto con ella. Por eso suspendió y regresó a casa.

Caroline se preguntó si Sam sabría algo de aquel tipo de Auburn. De lo que estaba segura era de que no sabía nada de aquel hombre que frecuentaba el Catfish Shack.

—¿Crees que Sally vio alguna vez a ese tipo fuera del restaurante?

—Creo que no, pero no estoy segura.

—¿Qué edad tenía ese hombre?

—Cerca de treinta años.

—¿Y ha vuelto por aquí desde que Sally murió?

Trudy retrocedió.

—No lo sé. No sé nada más.

Caroline alargó la mano para tomar la de Trudy. La tenía fría como el hielo.

—Dime qué aspecto tiene ese hombre, Trudy. Te prometo que no se enterará de que me lo has dicho.

—Es muy guapo. Rubio, con el pelo muy corto...

—¿Altura?

—No se me da muy bien calcular las alturas.

—¿Es más alto que tú?

—Sí, claro. Es un hombre de estatura media.

—¿Delgado?

—No, de complexión normal —apoyó los codos en la barra.

—¿Cómo viste?

—Normalmente con pantalones anchos y camisas deportivas. A veces lleva vaqueros.

Caroline garabateó algunas notas y guardó el bolígrafo y la libreta en el bolso. Aquella descripción encajaba con la mitad de la población de Georgia.

—Hay algo más —añadió Trudy—. No creo que sea de Prentice. Nunca lo he visto por la ciudad.

Muy interesante.

—Gracias, Trudy.

—Recuerde lo que me ha prometido. Yo no he dicho nada.

—Te doy mi palabra.

Caroline pagó el café, dejó una más que generosa propina y regresó al coche. En cuanto estuvo dentro, buscó el teléfono móvil y marcó el número de Sam. Comunicaba. Dejó el teléfono a un lado y salió del aparcamiento.

La autopista estaba prácticamente vacía. No había muchas casas, y las pocas que había estaban situadas en la orilla del río, de modo que apenas eran visibles entre los árboles.

Cuando el teléfono sonó, Caroline lo descolgó, esperando que fuera Sam. Pero no era el detective el que la llamaba.

—Hola, Caroline. ¿Te ha gustado la galleta?

Capítulo 6

Caroline conectó la función de «manos libres» del teléfono para poder seguir conduciendo. La voz de su interlocutor sonaba grave y gutural, como si estuviera siendo distorsionada.

—Te he preguntado que si te gustó la galleta. No es de buena educación ignorar una pregunta amable.

—Sí, sí —tenía que controlarse. Si le dejaba saber hasta qué punto la asustaba, le daría mucho más poder sobre ella—. ¿Por qué me la regalaste?

—Era el día de San Valentín y quería que supieras que estaba pensando en ti. ¿Tu has pensado en mí, Caroline?

—¿Quién eres? ¿Cómo has conseguido mi dirección y mi número de teléfono?

—Oh, dulce e inocente Caroline. Tienes mucho que aprender. Un hombre inteligente puede averiguar cualquier cosa sobre cualquiera. Y yo soy muy, muy inteligente.

—¿Por qué me has llamado?

—Para oír tu voz.

—¿Por qué? ¿Qué quieres de mí?

—Ahora tengo que irme, Caroline.

—No, por favor, no cuelgues. Tenemos que hablar. Déjame ayudarte.

Pero la comunicación se interrumpió. Casi inmediatamente, volvió a sonar el teléfono. El miedo la consumía de tal manera que Caroline apenas podía pensar. No quería volver a hablar con él, pero quizá ésa fuera la única manera de localizarlo, la única forma de impedir que volviera a matar. Se obligó a descolgar el teléfono, pero en aquella ocasión vio el número de Sam en el identificador de llamadas.

—Menos mal que eres tú.

—¿Estás bien?

—Sí y no. Necesito hablar contigo, Sam.

—Te escucho.

—Preferiría no hacerlo por teléfono.

—¿Dónde estás?

—Cerca de la intersección entre la carretera de Finnengan y la autopista.

—Cerca del Catfish Shack.

—No me regañes Sam, no estoy de humor para aguantarlo. Tu trabajo consiste en interrogar y el mío en entrevistar, pero no pretendo meterme en tu terreno. Y ahora, dime, ¿tienes un momento para que nos veamos? Es importante.

—¿Sabes dónde está el campo de tiro de la policía?

—He visto la señal, pero nunca he estado allí.

—Es muy fácil de encontrar. Sigue por la autopista y gira en cuanto veas la señal. Es un edificio rectangular que está a unos setecientos metros de la autopista. Es imposible perderse.

—¿Ahora estás ahí?

—Sí. En cuanto llegues, pregúntale por mí al tipo de la puerta.

—Supongo que no tardaré más de tres minutos.

Sam sacó la tarjeta para comprobar su puntería. La mayoría de los disparos habían dado en el centro de la cabeza.

En realidad no había ido a entrenar. Sencillamente, aquel ejercicio de cargar y disparar tenía un efecto sedante sobre él, lo ayudaba a pensar con claridad. Sobre todo cuando estaba tan cansado como aquel día.

No había dormido más de un par de horas cada noche desde el segundo asesinato. Cada vez que se metía en la cama, su mente reproducía los pocos datos que tenía sobre aquellas muertes. Unos periodistas de la televisión de Atlanta habían bautizado al asesino como el «asesino de los parques de Prentice», y el nombre parecía haber pegado fuerte.

Las víctimas no parecían tener nada en común, excepto su condición de jóvenes y el hecho de haber sido asesinadas en un parque. A ambas las habían degollado, y en los dos casos habían marcado sus cuerpos desnudos con una equis de sangre en el pecho. No había ningún móvil aparente. Ni pistas. Ni testigos. Y, por más interrogatorios que hiciera o más vueltas intentara dar a todos aquellos datos, Sam no tenía la menor idea de quién podía ser el asesino.

Pero tenía que haber algo que estuviera pasando por alto, algún vínculo que relacionara las dos muertes. Los dos crímenes parecían haber sido cometidos por la misma persona, pero no podía estar seguro. Como el primer asesinato había sido descrito con todo lujo de detalles tanto en la televisión como en los

periódicos, el segundo podía ser una copia del primero.

—Hola, Sam. Ha venido una mujer a verte. Bastante guapa.

—Consíguele un par de protectores para los oídos y dile que pase.

—De acuerdo, pero no le dispaes. Es demasiado guapa para perderla. ¿Por qué no te la traigo yo y me la presentas?

—¿Me estás pidiendo que te ayude a tirarte a una chica que viene preguntando por mí?

El policía asintió y Sam le respondió con una enorme sonrisa.

—Pues hoy no es tu día de suerte —retiró la tarjeta vieja, metió una nueva y regresó a la marca desde la que quería tirar.

Cuando se volvió otra vez, Caroline estaba a menos de un metro de él.

Y no le extrañó que hubiera llamado la atención del joven policía. Llevaba un jersey amarillo que marcaba su senos, sin ceñirse demasiado, pero de una forma increíblemente seductora al mismo tiempo. Una falda negra que le llegaba por encima de las rodillas y un par de botas negras completaban su atuendo.

—Estás muy guapa —le dijo al darse cuenta de que se había quedado mirándola fijamente.

—Gracias.

—Pero supongo que no has venido hasta aquí para dejarme boquiabierto.

—La verdad es que no —miró a su alrededor y al ver disparar a un policía que estaba a su lado hizo una mueca—. ¿Podemos ir a algún lugar más silencioso?

—Espera un momento —le indicó que se acercara.

Estaba deseando saber lo que Caroline tenía que decirle, pero también necesitaba saber si era capaz de sostener un arma y no había un momento mejor que aquel para averiguarlo.

—¿Alguna vez has disparado un arma?

—No.

—Prueba con ésta.

Caroline negó con la cabeza.

—No me gustan las pistolas.

—No tienen por qué gustarte, pero en estas circunstancias, sería una buena idea que aprendieras a utilizarlas.

—No creo que sea capaz de disparar a nadie.

—Eso es lo que cree la mayor parte de la gente. Y no descubren que las cosas no son como piensan hasta el segundo en el que tienen que elegir entre

disparar o que les disparen a ellos —le dio la mano y tiró hacia él—. Lo primero que tienes que hacer es sostener la pistola en la mano durante algunos minutos. Acostúmbrate a sentirla. Y recuerda siempre que no tienes que apuntar jamás con un arma a nadie a quien no pretendas disparar.

Le puso la pistola en la mano y le colocó los dedos en la posición indicada.

—Puedes ayudarte a mantener el pulso con la mano libre.

Se colocó tras ella y, cuando se inclinó para ayudarla a sostener el arma, rozó con la barbilla su pelo y sintió al instante la esencia de su perfume. Un perfume ligero, de flores. Y absolutamente embriagador.

Su cuerpo reaccionó tan rápida como traicioneramente. No dejó de sostener la mano de Caroline, pero retrocedió, intentando luchar contra un deseo que no cedía. Fuera lo que fuera lo que encendía su libido, Caroline lo tenía a toneladas.

—¿Aprieto el gatillo? —preguntó Caroline.

Le temblaba ligeramente la voz. Y Sam no sabía si el temblor se debía a la pistola o a que era consciente del efecto que estaba teniendo sobre él. Pero no iba a preguntárselo.

—Utiliza la propia pistola para ayudarte a apuntar a tu objetivo. Y apunta a la cabeza.

Caroline siguió sus instrucciones y miró hacia el objetivo con los ojos entrecerrados.

—¿Ya?

—En cuanto estés lista.

Caroline cerró los ojos, hizo una mueca y apretó el gatillo. Tanto la bala como el objetivo desaparecieron de su vista.

Abrió los ojos y dio media vuelta, apuntando directamente a Sam. Éste le agarró la pistola y la apartó.

—No es a mí a quien tienes que apuntar, a menos que pretendas dispararme.

—Sabía que no se me daría bien.

—Lleva su tiempo.

—Ni siquiera le he dado.

—Es difícil apuntar con los ojos cerrados.

—De acuerdo, déjame intentarlo otra vez. Esta vez no cerraré los ojos.

—Tómame tu tiempo.

—¿Acaso crees que un asesino peligroso se va a quedar quieto durante más de cinco minutos esperando a que apunte?

—No estoy considerando siquiera la posibilidad de que tengas que encontrártelo.

Caroline lo miró.

—No se te da bien mentir, Sam.

—Es mi único defecto.

Caroline apuntó con la pistola y apretó el gatillo, en aquella ocasión manteniendo los ojos abiertos y las manos razonablemente firmes. La bala dio en el antebrazo de la silueta de papel.

—Te estás acercando.

Caroline disparó dos veces más, acercándose cada vez más al objetivo. Estaba mejorando, pero necesitaba mucho más que un día de práctica para que Sam le entregara una pistola.

—Por hoy vamos a dejarlo —le dijo—. Y vamos a tener esa conversación que te ha traído hasta aquí.

—Estupendo —Caroline miró a su alrededor—. ¿Tenemos que ir muy lejos?

—Vamos fuera.

Sam enfundó la pistola, sacó el objetivo y lo tiró a la papelera. Una vez fuera, se alejó con Caroline del edificio hasta llegar al río, donde algunos policías estaban pescando, disfrutando de su día libre.

—En cuanto te alejas del campo de tiro, es un lugar muy agradable.

—El campo de tiro fue construido en unos terrenos que donó la familia McClellan. Todo el departamento se ocupa de mantener este lugar. Podemos sentarnos —señaló una mesa de picnic situada bajo un grupo de pinos—, o podemos pasear si lo prefieres.

—Preferiría pasear.

—Entonces andaremos —esperó a que Caroline comenzara a hablar. Como no lo hacía, la animó a hacerlo—. ¿De qué querías que habláramos?

—Creo que tengo una descripción del asesino. O por lo menos la de un posible sospechoso.

Caroline le habló de lo que Trudy le había contado. Sam estaba impresionado. No lo admitió, claro, pero Caroline lo sabía de todas maneras.

—Esa chica estaba asustada, Sam. Tenía miedo de que ese hombre, el asesino, fuera a buscarla si se enteraba de que lo había acusado. Y creo que podría tener razón para estar asustada. No me gustaría ponerla en peligro.

—En ese caso no puedes publicar esa información.

—No pensaba hacerlo. Pero tú tampoco puedes ir al restaurante a interrogarla. Y tampoco puedes filtrar esta información para dejar que la publique otro periodista.

—No pretenderás decirme cómo tengo que llevar esta investigación, ¿verdad, señorita periodista? —su tono había vuelto a ser duro.

Caroline dejó de caminar y puso los brazos en jarras.

—¿Así es como tienen que ser las cosas entre nosotros, Sam? Yo soy Caroline si te sigo el juego, pero me convierto en la señorita periodista en cuanto tengo mi propia opinión sobre algo. Cuando me mostré asustada e indefensa me besaste. Y en cuanto muestro algo de valor, me das un toquecito para asegurarte de que vuelva a mi lugar.

Sam le sostuvo la mirada. Sus ojos eran fríos y duros como el granito, pero había en ellos algo más, una cualidad extraña que Caroline no acertaba a adivinar.

—No te besé por que estuvieras indefensa. Te besé porque... porque —se volvió y comenzó a caminar otra vez—. Volvamos a Trudy.

—Muy bien.

Pero no se encontraba bien en absoluto. Estaba temblando. Y cansada de no hablar de otra cosa que de miedo y asesinatos. Pero jamás permitiría que Sam la viera vencida.

—¿Qué pasa con Trudy? —preguntó, manteniendo la voz firme.

—Me gustaría poder hacer un retrato robot del sospechoso a partir de la descripción de Trudy. ¿Crees que podría colaborar en algo así?

—Creo que sí, si no dejamos que nadie sepa que ha sido ella la que ha hecho esa descripción.

—Necesitamos actuar rápido —contestó Sam repentinamente tenso—. Cuanto más esperemos, más probable es que vuelva a matar.

—¿Eso significa que crees que ese hombre podría ser el asesino?

—Es una pista, y eso ya es algo más de lo que teníamos hasta ahora.

—¿Ésa es la manera de dar las gracias de Sam Turner?

—Sí, supongo que sí —se detuvo y se apoyó contra un árbol. Tomó la mano de Caroline y tiró suavemente de ella para que se acercara—. Has hecho un buen trabajo, señorita periodista.

Su voz había cambiado. Había perdido el filo para convertirse en una voz casi seductora. De las muchas facetas de Sam Turner, aquella era la única que conseguía desarmar a Caroline. Ése era el Sam que la había besado la otra

noche, el mismo que la hacía sentirse protegida.

O quizá fuera ella la que estuviera reconociendo en Sam las cualidades que necesitaba encontrar en un momento en el que temía estar cayendo atrapada en la repugnante telaraña de un asesino.

—Hay algo más, Sam. He vuelto a tener noticias tuyas.

Sam cambió inmediatamente de humor, como si la furia que permanecía aletargada en su interior hubiera vuelto de pronto a la vida.

—¿Cuándo?

—Justo antes de hablar por teléfono contigo. Esta vez me ha llamado al móvil.

Sam soltó una sarta de juramentos.

—Un día después de haber cometido un asesinato y ya está otra vez. Ese tipo no renuncia.

—No, parece que lo de renunciar no entra en sus planes.

—¿Tienes su número de teléfono?

—El identificador de llamadas dice que es un teléfono desconocido.

—Dime entonces lo que te ha dicho. Palabra por palabra. No te dejes nada.

Caroline repitió la conversación. Las palabras de aquel hombre parecían haberse grabado con fuego en su cerebro.

—Volverá a llamar, Sam.

—La próxima vez estaremos preparados.

—¿Cómo?

—Por una parte, podemos instalar un micrófono en tu móvil y en los teléfonos del periódico y de tu casa. Y también un detector de llamadas. Y tendrás que acordarte de activarlos en cuanto te llame ese tipo.

—No sé si servirá de algo. Seguramente se limitará a hablar durante unos segundos y a colgar el teléfono. Lo mejor sería que me encontrara personalmente con él.

—No empieces a decir las mismas tonterías que la otra noche, Caroline. No vamos a colocarte delante de ese tipo como cebo.

—Ya me he convertido en un cebo. Lo sabe todo sobre mí. Puede aparecer en mi vida cuando le apetezca.

—Está obsesionado contigo.

—¿Entonces por qué no utilizamos su obsesión para atraparlo?

—La respuesta es no. Tú no eres policía, no estás preparada para este tipo de trabajos. Y fin de la discusión.

—Pero...

—No hay peros, Caroline. Y como se te ocurra hacer cualquier cosa que pueda ponerte en peligro, te meteré entre rejas.

—No puedes sin una orden del juez.

—Compruébalo por ti misma.

—¿Así que os vais a dedicar a esperar sin hacer nada? Aunque la propia Trudy pueda proporcionar alguna pista que pueda terminar en un posible arresto, eso llevará su tiempo. Y el tiempo puede significar otra vida perdida.

—No nos estamos dedicando a esperar.

—No, te estás dedicando a disparar a siluetas de papel. ¿Cómo lo llamarías tú a eso?

—Intentar desahogarme para no terminar disparando a periodistas.

Caroline estaba ardiendo de rabia. ¿Cómo podía haberse sentido mínimamente atraída por aquel hombre? Dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas, esperando no perderse en el camino hasta el coche. Lo último que necesitaba era tener que llamar a Sam pidiendo ayuda.

No tuvo que pedir ayuda, pero, obviamente, no eligió el camino más corto. Para cuando llegó al aparcamiento, Sam estaba sentado tras el volante de su propio coche, esperándola con la puerta de pasajeros abierta.

—Entra —le ordenó.

—No tienes derecho a decirme lo que tengo que hacer, Sam Turner.

—Entra, por favor. Y deprisa.

—¿Por qué voy a tener que entrar?

—Acabo de recibir una llamada. Ha habido una emergencia en la carretera de Finnegan.

El miedo volvió a sofocarla hasta tal punto que le dolía al respirar.

—No, Trudy no. Por favor, dime que no le ha pasado nada a Trudy.

—Ha tenido un accidente de coche.

—No está... —«muerta». Tenía la palabra en la punta de la lengua, pero no era capaz de pronunciarla.

—No, no está muerta. Pero su coche ha caído rodando. Ahora mismo hay un policía con ella. No está muy seguro de la gravedad de sus heridas.

—Gracias por esperarme.

—Tenía que esperarte. Trudy ha preguntado por ti.

Tony Sistrunk permanecía sentado en su despacho, en la oficina de San Antonio, Texas, reflexionando sobre las últimas noticias que acababan de

llegar a su mesa y preguntándose si debería intentar ponerse en contacto con Sam Turner. Estaba seguro de que Sam no quería que lo hiciera.

Sam había vuelto a Georgia para escapar de la vida que llevaba en San Antonio. Y aquella noticia iba a darle el disgusto de su vida. Sam había arriesgado la vida para sacar a R.J. Blocker de las calles. Y R.J. acababa de salir de nuevo por culpa de un juez que lo había puesto en libertad.

R.J. no volvería a una ciudad en la que había matado a un policía. Ni siquiera él estaba tan loco. Pero podía estar suficientemente loco como para ir a buscar a Sam.

De modo que, por mucho que odiara darle a Sam esa noticia cuando estaba intentando localizar a un asesino en serie, Tony tenía que advertirlo de que podía encontrarse con nuevos problemas.

Capítulo 7

Caroline se metió en el coche de Sam con la convicción de que lo que le había ocurrido a Trudy no había sido un accidente. El asesino se había enterado de que había hablado con ella y había entrado en acción. Pero era imposible que estuviera en el restaurante. En ese caso, Trudy lo habría sabido y no le habría dicho a Caroline una sola palabra.

Pero podía tener espías. Caroline pensó en la gente que había en el Catfish Shack. Nadie parecía sospechoso. Pero, de alguna manera, el asesino se había enterado de que Trudy había hablado, de que había descrito al posible asesino.

Caroline decidió comentárselo a Sam en cuanto tuviera oportunidad.

En aquel momento, Sam estaba al teléfono, dando órdenes, haciendo preguntas y, al parecer, hablando con el policía que estaba en el lugar en el que se había producido el accidente. Caroline medio escuchaba, pero tenía la mente entumecida, y, por motivos que no acertaba a entender, volvía continuamente a aquel lugar frío y húmedo que la perseguía en sus pesadillas. La iglesia. Las escaleras. Y la sensación de estar siendo tragada por una criatura oscura y hambrienta.

—¿Estás bien?

La voz de Sam y la mano que posó sobre su brazo devolvieron a Caroline al presente. Se tensó y volvió el rostro hacia él.

—Probablemente todo lo bien que voy a poder estar durante una buena temporada.

—Las noticias no son del todo malas. Trudy está herida y ha perdido una gran cantidad de sangre, pero está consciente.

—¿Qué ha causado el accidente?

—Al parecer, los exámenes preliminares indican que ha perdido el control del coche y se ha salido de la carretera.

—Pues los exámenes se equivocan, Sam. Ha vuelto a ser él. Sabe que Trudy ha hablado conmigo y ha intentado matarla. El hombre que describió Trudy tiene que ser el asesino.

—Estás llegando a conclusiones precipitadas.

—Estoy diciendo lo que es obvio. Piensa en ello, Sam. Trudy habla conmigo y menos de una hora después alguien intenta matarla. O por lo menos intenta asustarla para que guarde silencio.

—No sabemos por qué se ha salido de la carretera. Esa carretera está llena de curvas, basta tomar una a más velocidad de lo debido para terminar cayendo montaña abajo.

—Trudy hace ese recorrido todos los días. ¿Pero qué te ha dicho el policía que está con ella? Supongo que le habrá preguntado a Trudy por lo que ha pasado.

—Ha dicho que Trudy sólo quiere hablar contigo.

Había dos coches de policía en el lugar del accidente cuando llegaron. Al fondo de la montaña, se veía un coche gris con las cuatro ruedas hacia arriba. Trudy estaba tumbada en la hierba, a pocos metros de distancia.

En el instante en el que Sam paró el coche, Caroline salió y corrió hacia abajo, sin saber qué podía hacer para ayudar, pero desesperada por decirle a Trudy que no la había traicionado. Cuando llegó a su lado, Trudy estaba mortalmente quieta, con el pelo empapado en sangre y los ojos cerrados. El policía que estaba agachado a su lado se levantó y se separó ligeramente de ella.

—La ambulancia ya está en camino.

Caroline se arrodilló al lado de Trudy y le tomó la mano. La tenía más fría incluso que en el restaurante, a pesar de que el policía había arrojado a la joven con su propia cazadora. Tenía un corte profundo desde la parte de atrás de la oreja derecha hasta la frente. Aquella parecía ser la peor de las heridas, o al menos la más sangrienta, pero tenía muchos más cortes y arañazos en el rostro y los brazos y la pierna derecha la tenía retorcida de forma grotesca.

—Trudy —le dijo Caroline suavemente—, soy Caroline Kimberly, la periodista.

Trudy abrió los ojos y volvió a cerrarlos otra vez.

—Yo no tengo la culpa de esto. Tienes que confiar en mí.

Trudy no dio ninguna muestra de haberla oído, pero Caroline estaba prácticamente segura de que sabía lo que le había dicho.

—Intenta asentir si no eres capaz de hablar, Trudy, pero necesito saber la verdad. ¿Alguien te obligó a salirte de la carretera?

—Por favor...

La voz de Trudy era tan débil que Caroline tuvo que acercar la oreja a su boca.

—¿Qué ocurre, Trudy?

—Por favor, no le digas a nadie... que te he hablado de ese hombre.

—No te preocupes, Trudy. Estás a salvo. La policía se asegurará de que no te ocurra nada. Esa bestia no volverá a hacerte daño.

Trudy gimió y levantó el brazo unos centímetros antes de dejarlo caer de nuevo al suelo.

—Avisa... a mi madre.

—Lo haré, Trudy, te lo prometo. Iré ahora mismo a verla. Pero dime una cosa más. ¿Ha sido el mismo hombre del que me has hablado el que te ha sacado de la carretera?

—Yo... no sé nada.

En aquel momento llegó la ambulancia y los enfermeros corrieron hacia ellos. Sam se acercó a Caroline y la hizo levantarse.

—Lo has intentado. Ya no puedes hacer nada más.

—Yo soy la culpable de esto, Sam.

Sam le pasó el brazo por los hombros.

—Sácate eso de la cabeza inmediatamente. Como empieces a pensar así, no durarás ni un año como periodista. Tú no has hecho nada malo.

Que se lo dijeran a Trudy. Caroline comenzó a caminar hacia el coche, pero entonces se dio cuenta de que el suyo continuaba en el campo de tiro. Su espíritu de periodista volvió a ponerse en funcionamiento y garabateó algunas notas mientras metían a Trudy en la ambulancia.

El asesino no quería que Trudy hablara, ¿pero por qué le había hecho salirse de la carretera en vez de degollarla, como había hecho con Sally y con Ruby? De esa forma se habría asegurado de que no hablara. ¿O lo habría hecho solamente para asustarla?

¿Y dónde estaría en aquel momento el asesino? ¿Cerca de allí? ¿Observando a Trudy mientras se la llevaban en la ambulancia? ¿Vigilando todos los movimientos de la policía? Un escalofrío la hizo estremecerse. Estuviera o no cerca el asesino, estaba convencida de que todavía no había acabado ni con Trudy ni con ella.

Sam se inclinó contra el respaldo, cansado y con un dolor palpitante en la sien. Aquel caso le estaba robando el sueño y la salud.

Para sorpresa de nadie, las sospechas de Caroline estaban fundadas. Aquel no había sido un accidente por simple distracción del conductor. Las marcas

en las ruedas y en la pintura del coche indicaban que la joven había sido sacada deliberadamente de la carretera. Y unos minutos después de haberle ofrecido a Caroline una descripción del posible asesino.

Y después de aquello, Caroline estaba convencida de que todo había sido culpa suya. Tendría que intentar hacerla entrar en razón antes de que aquel maniaco consiguiera hacerla participar de su lógica mortal. Caroline era suficientemente vulnerable e inocente como para pensar que podría manejarlo.

Y las certezas de ese tipo podrían llevarla a la muerte.

Sam recorrió la zona con la mirada y vio a Caroline recostada contra el coche, tomando notas. Tenía manchas de sangre en el jersey, y también alguna en la cara. Pero no parecía haberse dado cuenta. Podía no parecer suficientemente dura como para ser periodista, pero era valiente, de eso estaba seguro. Y además...

No, ya no estaba seguro de nada más. Sólo sabía que aquella mujer había conseguido metérsele bajo la piel. Incluso en aquel momento, cuando estaba a metros de distancia y sin prestarle la menor atención.

—¿Algo más? —preguntó Matt en cuanto estuvo al lado de Sam.

—¿Has avisado a la policía local y a la del estado para que intenten localizar un coche negro con restos de pintura gris?

—Sí, y también a todos los talleres de la zona. En cuanto localicen a algún sospechoso me avisarán.

—¿Y qué se sabe de la familia de la herida?

—Hemos localizado a la madre de Trudy Mitchell, pero ya se había enterado de la noticia por la prensa. Ahora está en el hospital.

—Estupendo. Quiero que haya un policía de guardia en la puerta de la habitación de Trudy. Si ese tipo pretendía asesinarla, no quiero que pueda rematar la faena en el hospital.

—En cuanto le hayan estabilizado las constantes vitales la llevarán al hospital de Atlanta.

—Entonces tendremos que hablar con el departamento de policía de Atlanta.

—¿Y piensas comentarles que crees que esto puede tener relación con los dos asesinatos?

—Me gustaría mantenerlo en secreto, pero a la larga se sabrá.

—¿Y qué me dices de la periodista del *Times*? —preguntó Matt, señalando a Caroline con la cabeza.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Quieres que me la lleve en el coche?

—No, de eso ya me ocuparé yo.

—No te estarás enamorando de esa periodista, ¿verdad?

—¿Bromeas? —contestó Sam, evitando mentir directamente—. Pero esa periodista tiene un nombre. Se llama Caroline Kimberly.

—Vaya, así que te gusta. Pero no es tu tipo, Sam. Será mejor que dejes a esas chicas jóvenes y ardientes para tipos experimentados como yo.

—Otra chica ardiente más y morirás antes de los cuarenta.

—Sí, pero qué manera de morir.

Caroline alzó la mirada al ver que Sam se acercaba.

—Salgamos de aquí —le dijo a Caroline.

—Sí, mejor. Tengo que recuperar mi coche.

—He pensado que podríamos pasar antes por mi casa, tomar un café y hablar.

—¿Por tu casa? Debo de haber oído mal. ¿El detective Sam Turner acaba de invitar a una periodista a su casa?

—Sí, pero no se lo cuentes a nadie. Arruinaría mi reputación.

—Será noticia de portada.

—Entonces será mejor que te ofrezca algún escándalo sobre el que escribir.

La casa de Sam estaba a unos cuatro kilómetros del lugar en el que Trudy había tenido el accidente. Estaba situada entre los árboles, a la orilla de un río, y construida con una combinación de madera de cedro y piedra del lugar.

Tenía dos plantas, pero la primera estaba ocupada casi por completo por el garaje, un almacén para un bote de pesca y la parafernalia habitual de un pescador.

Un perro labrador abandonó su siesta cuando se acercaron para correr a saludar a su dueño. Sam se detuvo para darle un par de sólidas palmadas en el lomo. El perro le dio un lametazo y se volvió inmediatamente hacia Caroline. Ella le tomó la cabeza entre las manos.

—Eres un perro encantador, ¿verdad? —el perro hociqueó entre sus senos—. Pero todavía no nos conocemos tanto como para llegar a un trato tan personal —alzó la mirada hacia Sam.

—¿Cómo se llama?

—Brewsky.

—¿Como la cerveza?

—Sí. Apareció una noche en el porche. Y si yo no hubiera llevado unas cuantas cervezas encima, jamás le habría permitido quedarse.

—No te preocupes, Brewsky. Si el detective decide que no te quiere, siempre puedes venir a casa conmigo.

Se le ocurrió entonces que quizá no fuera mala idea tener un perro. Siempre había querido tener una mascota.

—Ponte cómoda —la invitó Sam, señalando el estudio cuando entraron en la casa—. Voy a preparar café.

—Me gustaría pasar al baño para lavarme las manos y la cara.

—El baño está al final del pasillo. Tienes toallas limpias en el armario del lavabo.

—Gracias.

Caroline encontró el baño y se quitó la sangre de la cara, se lavó las manos, se atusó ligeramente el pelo y regresó al estudio. Era una habitación muy masculina, con las paredes de madera oscura y muebles de cuero. Y podía haber parecido oscura y un tanto adusta si no hubiera sido por los enormes ventanales que ofrecían una vista del río y de los bosques.

La única decoración de las paredes eran dos trofeos de pesca. Nada de adornos. En cambio, la mesita del café estaba llena de periódicos y libros. Y en una de las estanterías había una fotografía en un marco de plata.

Caroline cruzó la habitación para verla de cerca. Era la fotografía de una mujer joven, pequeña, con unos ojos muy bonitos. Tenía una melena lisa y brillante que le llegaba por los hombros, una nariz perfecta y unos labios indiscutiblemente sensuales. La fotografía llevaba una dedicatoria: *Te querré siempre, Peg*.

«Te querré siempre», y era la única fotografía de la habitación. Caroline se preguntó si aquella mujer continuaría formando parte de la vida de Sam o sería una amante del pasado o una ex esposa a la que no había podido olvidar. La molestaba, aunque sabía que no tenía ninguna razón para ello. El hecho de que Sam la hubiera besado no significaba que tuvieran ninguna clase de relación.

Pero no era tan ingenua como para no saber cuándo un hombre la encontraba atractiva. Había química entre Sam y ella. Y la verdad era que no le importaría que volviera a besarla otra vez.

En medio de una oleada de crímenes y cuando el asesino se había fijado en ella, sería maravilloso poder tener a alguien en quien apoyarse.

Cuando Sam regresó al estudio con dos tazas de café, Caroline estaba frente a la chimenea, mirando la fotografía de Peg. Lo irónico de la situación resultaba inquietante. Afortunadamente, Caroline no hizo ninguna pregunta, porque él no estaba dispuesto a dar ninguna explicación sobre Peg.

—Me gusta tu casa —dijo Caroline—, especialmente la vista. ¿Es tuya o es alquilada?

—Es mía. Cuando me vine a Georgia estaba buscando un lugar para alejarme de todo, y éste me pareció ideal. Pero probablemente termine yéndome a vivir más cerca del trabajo.

—¿Tienes familia en Georgia?

—No, ya no. Razón que me pareció más que suficiente para volver.

—Por lo que dices no debes de tener muy buena relación con tu familia.

—¿Has oído hablar de las familias disfuncionales? La mía es el prototipo.

—Pero seguro que tienes algún buen recuerdo de tu vida familiar.

—Sí, había noches en las que mi padrastro no gritaba.

Sam no sabía por qué estaba hablando de su familia. Normalmente no lo hacía. Pero el pasado había dejado de afectarlo como antes. Sobre todo desde que R.J. estaba en prisión.

—¿Tienes hermanos?

—Un hermanastro, pero no lo supe hasta que él cumplió dieciséis años. Yo tenía once.

—¿Cómo te enteraste?

—Mi padrastro era su padre. Cuando mi hermanastro nació, mi padre decidió que no le gustaban las responsabilidades, así que dejó a su esposa y a su hijo. Su mujer también decidió que no quería asumir la carga, así que lo abandonó. R.J. tenía ocho meses cuando lo mandaron a un orfanato situado al norte de Georgia.

—Pobrecillo. ¿Y te llevaste bien con tu hermanastro cuando al final os conocisteis?

—Eso depende de a lo que le llames llevarse bien. Él me utilizaba como chivo expiatorio. Solía amenazar a mi madre cuando no le daba dinero para drogas. Cosa que ocurría de forma casi continuada porque mi madre también necesitaba dinero para comprarse sus propias drogas.

—¿Y qué ha sido de R.J.?

—Una noche entró a robar en una tienda de licores. No era la primera vez, estoy seguro. Pero, en aquella ocasión, lo sorprendió un policía antes de que hubiera podido huir y R.J. disparó y lo mató. Supongo que ahora te

arrepentirás de haberme preguntado por mi familia.

—Es una historia terrible.

—Y probablemente lo que te he contado sea lo mejor que puedo decirte de ella.

—¿R.J. está en la cárcel?

—Sí, condenado a cadena perpetua. Ése fue mi primer caso cuando me hice policía.

—Me sorprende que te dieran un caso relacionado con un miembro de tu familia.

—Ésa es una larga historia —que además le hacía revivir más recuerdos de los que podía manejar aquella noche—. Pero ahora hablemos de algo más agradable.

Se hizo entre ellos un silencio que cada vez resultaba más embarazoso. Sobre todo porque ninguno de los temas que tenían en común era especialmente agradable. Se habían conocido por culpa de un crimen y todo lo que había habido entre ellos estaba relacionado con la actividad de un asesino. Todo, excepto el beso que habían compartido y los niveles de excitación que parecían remontar vuelo en cuanto estaban cerca.

Pero tenía que permanecer frío y concentrarse en el verdadero motivo por el que la había invitado a su casa. Tenía que convencerla para que se mantuviera constantemente en guardia y no intentara hacer nada por sí misma. Al menos ésas eran las razones por las que se decía a sí mismo que estaba allí. Aunque, desde que la había visto en su casa, veía los motivos mucho menos claros.

Porque Sam quería que Caroline estuviera segura, a salvo. Pero también quería arrastrarla hasta el sofá de cuero y estrecharla entre sus brazos. Quería hundir las manos en su pelo, y besarla en los labios. Y quería...

Quería hacer el amor con ella, pero no se atrevía. Las relaciones sentimentales eran como un lenguaje desconocido para él. Nunca había visto ninguna relación desarrollándose de forma normal, y la única relación de la que había disfrutado había terminado antes de que pudiera siquiera pensar en ello.

—¿En qué estás pensando, Sam? Sé que quieres decirme algo.

—Estaba pensando en lo bien que te sienta ese color.

—Eso no es cierto. Estabas pensando en algo mucho más serio. Cuando algo te afecta, siempre tensas los labios.

—Parece que me conoces bien —dejó su taza sobre la mesita del café—.

Me preocupa que pienses que estás capacitada para hacer algo que impida que ese asesino actúe otra vez.

—Está intentando ponerse en contacto conmigo, Sam. Eso no puedes negarlo.

—Es un lunático que se ha obsesionado contigo. Y ésa no es una situación que se pueda arreglar con una conversación entre vosotros. No sabemos qué es lo que lo conduce a la locura.

—Te prometo que no cometeré ninguna irresponsabilidad.

—Eso no es bastante. Tu idea de la responsabilidad y la mía son completamente diferentes. Tú piensas como una periodista. Yo pienso como un policía.

—¿Y qué ocurrirá si vuelve a matar, Sam? ¿No crees que si un encuentro con él puede impedir una nueva muerte merecería la pena correr el riesgo?

—En el caso de que él sugiera un encuentro, hablaremos sobre ello. Pero toda la cuestión será controlada por la policía, no por ti.

—Supongo que no crees que soy tan tonta como para hacer las cosas de otra manera, ¿no?

—Sí, lo creo. Bastaría con que él te dijera que de esa manera puedes salvar una vida. Así que prométeme que no harás nada por tu cuenta.

—De acuerdo, Sam, te lo prometo. Al menos por ahora.

—Muy bien.

Probablemente Caroline pensaba que la estaba controlando demasiado. Y era cierto, pero no podía explicarle todo lo que le estaba ocurriendo. No podía decirle que, al saber que estaba siendo acosada por un psicópata, habían vuelto a él todos los recuerdos del pasado y no era capaz de enfrentarse otra vez a tanto dolor.

Los últimos rayos del sol de la tarde dibujaban sombras en el rostro de Caroline. Sam estiró el brazo en el respaldo del sofá. Caroline se sentó a su lado, justo en el hueco de su brazo, e inclinó el rostro hacia él.

—Nadie se había preocupado nunca por mí. Y la verdad es que me gusta.

—Me alegro —quería besarla. Se moría de ganas de besarla. E iba a hacerlo.

Pero estaba a punto de rozar sus labios cuando sonó el maldito timbre de la puerta.

Brewsky ladró y corrió hacia la puerta de la calle. Sam reprimió una maldición. No podían haber elegido un momento peor. En otras circunstancias, habría ignorado a aquella visita inesperada, pero no podía

hacerlo en medio de una oleada de crímenes.

—Iré a ver quién es y ahora mismo vuelvo.

Pero Caroline no esperó en el estudio. Sam oyó sus pasos tras él mientras abría la puerta. Y si Matt intentó disimular la sorpresa que le produjo verlos juntos, su esfuerzo no salió muy bien parado. Pero Sam no estaba dispuesto a dar ninguna explicación.

—¿Qué ha pasado?

—Es un asunto de trabajo —contestó Matt. Evidentemente, era un comentario dirigido a Caroline.

—Discúlpanos un momento, Caroline —le dijo entonces Sam, y salió, cerrando la puerta tras él.

—Han encontrado la camioneta que probablemente chocó contra el coche de Trudy Mitchell.

—¿Dónde?

—En los bosques que bordean la autopista cinco. Estaba ardiendo. Un conductor ha llamado a la policía al ver la columna de humo.

—¿Está muy deteriorada?

—Prácticamente destrozada. Creo que deberías acercarte por allí.

—¿Te importa acercarse a Caroline hasta su coche? Está en el campo de tiro.

—No, claro que no.

—Y asegúrate de que llegue a casa sana y salva.

Matt sonrió de oreja a oreja.

—De eso también me ocuparé.

Caroline intentaba concentrarse en lo que Matt le estaba diciendo, pero no era capaz de dejar de pensar en Sam. Era innegable la atracción que había entre ellos, pero tenía la sensación de que él siempre estaba luchando contra ella. Si no hubiera aparecido Matt, habrían terminado el uno en los brazos del otro. Pero probablemente Sam se habría separado de ella como lo había hecho la noche anterior, dejándola frustrada y preguntándose qué le pasaba realmente a aquel hombre. Caroline sospechaba que la mujer de la fotografía tenía mucho que ver con su renuencia a involucrarse en una relación.

O quizá el problema fuera la historia de su familia. Caroline nunca había imaginado que pudiera haber algo peor que no tener una familia. Pero ya no estaba tan segura.

—¿Y a qué se dedica una periodista tan atractiva como tú cuando no anda

detrás de una noticia? —preguntó Matt cuando giraron hacia la carretera que llevaba al campo de tiro.

—Últimamente me he dedicado a ordenar los armarios de la casa en la que vivo.

—Así que mucho trabajo y poca diversión. Eso no es bueno para una mujer.

—Ya lo sé. Y me hace sentirme como una periodista aburrida.

—Quizá necesitas encontrar a una persona que lleve un poco de diversión a tu vida.

—La verdad es que no la estoy buscando.

—¿Y estás saliendo con alguien especial?

—Últimamente no tengo mucho tiempo para citas.

Matt se detuvo en la puerta del campo de tiro. Estaba abierta, aunque el único coche que había en su interior era el de Caroline.

—No estarás interesada en Sam Turner, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tengo la sensación de que hay algo entre vosotros.

—¿Y qué si lo hubiera? Sam no está casado... —se interrumpió de pronto al recordar la fotografía—. No está casado, ¿verdad?

—No, pero no creo que enamorarse de ese tipo sea una buena idea.

Era una extraña observación, procediendo además de un compañero de trabajo.

—¿Qué tiene de malo Sam?

—Nada... como policía.

—¿Pero no crees que sea el tipo adecuado para una cita?

—No para ti.

Matt paró el coche al lado del de Caroline.

—No estoy pensando en tener ninguna clase de relación con Sam. Pero, si así fuera, ¿qué te hace pensar que no es el hombre adecuado para mí?

—Nada en especial. Creo que no funcionaría.

—¿Sam está saliendo con alguien?

—No debería haberte dicho nada. Será mejor que lo dejemos ahí, y te agradecería que no le comentaras a Sam la conversación que hemos mantenido. Es un buen tipo. Si quieres arriesgarte, adelante.

«Dejémoslo ahí». ¿Por qué la gente siempre decía eso después de sembrar la duda?

—Si sabes algo sobre Sam que crees que debería saber, dímelo, Matt. No

me gustan los juegos. Pierdo incluso haciendo solitarios.

—Si haces solitarios es que pasas mucho tiempo sola, Caroline.

—¿Quién es Peg?

—¿Qué sabes de ella?

—He visto su fotografía en casa de Sam. ¿Es alguien con quien estuvo saliendo?

—Lo era. Está muerta, Caroline. Murió hace siete años. Si quieres saber algo más sobre ella, deberías preguntárselo a Sam. Y ahora, vete directamente a casa.

—¿Por qué?

—Se supone que tengo que asegurarme de que llegues a casa sana y salva. Así que te seguiré. Te lo digo para que no pienses que el que te sigue es el asesino.

—Gracias.

Caroline se estremeció mientras salía del coche. Las imágenes de Sam cedieron paso a las de los dos cadáveres encontrados en la ciudad. Un policía de Prentice iba a seguirla hasta casa. Ella estaba segura aquella noche, ¿pero podían decir lo mismo las otras mujeres de la ciudad? ¿Se convertiría alguna de ellas en la víctima de un asesino aquella noche?

De un asesino al que nadie podía identificar. Nadie, excepto una mujer que tenía demasiado miedo para hablar.

—He cambiado de opinión, Matt. No voy a ir directamente a casa. Pasaré antes por el hospital para ver a Trudy.

Sacudió la ceniza del cigarro por la ventanilla del coche mientras observaba a Caroline subiendo los escalones de la entrada del hospital. La temperatura había bajado durante las últimas horas y estaba a punto de helar, pero Caroline no se había molestado en ponerse la cazadora. Imaginó sus pezones presionando contra el sujetador de encaje. También eran de encaje sus bragas. Diminutas tiras de satén combinadas con un exquisito encaje que se aferraba a los rincones más cálidos y secretos de su cuerpo. Había visto su ropa interior tendida en el patio el día anterior.

Y estaba enamorándose de Sam Turner. Sam sería el único que deslizaría los dedos en el interior de aquellas prendas que Caroline había dejado tendidas para que se secaran. Pero él no permitiría que eso ocurriera.

«Muy pronto, Caroline, estaremos solos tú y yo». Pero antes tenía que

terminar lo que había empezado.

Capítulo 8

Caroline llegó a casa desde el hospital a las ocho y media. La visita había sido más angustiosa que útil. Trudy había abierto los ojos en alguna ocasión, pero se limitaba a clavar la mirada en el techo sin mirar a nadie. Ni siquiera a su madre, que no se había apartado en ningún momento de su hija.

A pesar del policía que vigilaba en la puerta, Trudy continuaba teniendo un miedo atroz. Y también su madre, aunque lo único que realmente sabía era que el coche de Trudy se había salido de la carretera.

Pero tanto si Trudy hablaba como si no, pronto se extenderían los rumores. La ciudad ya estaba dominada por el miedo y el hecho de que una mujer hubiera tenido un accidente en una zona tan solitaria era suficiente para desencadenar una nueva oleada de pánico y una docena de rumores sobre lo ocurrido.

Aun así, la madre de Trudy no quería que se llevaran a su hija al hospital de Atlanta. A pesar de todo lo que había ocurrido, la señora Mitchell sentía que corrían menos peligro permaneciendo cerca de casa. Afortunadamente, las heridas de Trudy eran menos graves de lo que en un principio parecían y el hospital de Prentice se ajustaba más que de sobra a sus necesidades.

Caroline terminó de prepararse un sándwich y se llevó la cena al pequeño estudio que tenía en la parte trasera de la casa, acelerando el paso cuando pasó ante la puerta del sótano. Era una tontería tener miedo de una inofensiva corriente de aire, sobre todo cuando tenía una explicación totalmente lógica. El sótano no estaba completamente bajo tierra. Tenía una ventanita que era visible desde la parte superior de la casa y aquella zona seguramente era mucho más fría que los pisos superiores.

Durante una tarde soleada, Caroline había llegado incluso a abrir la puerta, pero las escaleras que bajaban al sótano y las oscuras sombras que desde la puerta veía le habían parecido tan tenebrosas que había cerrado de un portazo y se había alejado inmediatamente de allí. Aquel miedo no tenía nada que ver con los fantasmas de los Billingham. Se debía al terrible parecido de aquellas imágenes con las de sus pesadillas.

Caroline dejó el plato con el sándwich en la mesa y pulsó el botón del

contestador. Sólo tenía una línea telefónica en la casa y rara vez la utilizaba para algo que no fuera conectar el módem del ordenador, pero algunos de sus amigos tenían el teléfono de su casa.

La primera llamada era de Becky, que quería confirmar la cita de la mañana siguiente y preguntarle si no le importaría que jugaran un partido de dobles con un par de chicos guapos. A Caroline le importaba. Ella sólo quería desahogarse físicamente aporreando pelotas y no tener que mostrarse amable con un tipo al que no conocía y al que probablemente no volvería a ver jamás en su vida. Pero no anuló la cita. Era más fácil soportar el partido que explicarle a su amiga los motivos por los que sí le importaba.

La segunda llamada no contenía ningún mensaje. Caroline comprobó el identificador de llamadas. Era un número desconocido. Maldita fuera. Era él. No necesitaba un mensaje para saber que había conseguido el número de teléfono de su casa.

Aquel hombre era un loco peligroso, pero a pesar de lo que Sam pensaba, no estaba amenazándola. Sencillamente, estaba buscando la manera de llegar hasta ella. Caroline no quería quedarse a solas con él, de hecho, la aterrorizaba que supiera dónde vivía. Pero aquello tenía que parar y, a menos que Trudy hablara y les diera una descripción más precisa, Caroline podría ser el único vínculo que podía tener Sam con el asesino. La pista que Sam estaba buscando.

Aquel hombre no sólo mataba, sino que marcaba con sangre el cuerpo de sus víctimas. ¿Qué podía significar eso? ¿Y por qué había matado en las dos ocasiones en el parque? ¿Y por qué la atención de los medios de comunicación significaba tanto para él?

No tenía respuesta para ninguna de aquellas preguntas. Encendió la pantalla del ordenador y comenzó a escribir. Pero no un artículo para el periódico, sino todo un flujo de pensamientos dirigidos al asesino de los parques de Prentice.

Debes de tener un alma negra, permanentemente herida. ¿Qué te ha convertido en una bestia y te impide comportarte como un ser humano? ¿Y qué es lo que quieres de mí? ¿Estás buscando ayuda, o sólo eres una prolongación de mis pesadillas? ¿Habrá evocado mi pasado algún demonio atroz que pretende acompañarme durante toda mi vida?

Sam se sentó en un taburete frente a Matt. El Grille estaba prácticamente vacío aquella noche. Sólo había algunos clientes en la barra. Matt estaba tomando su tercera cerveza. Sam disfrutaba de la primera. Estuviera o no de servicio, le gustaba tener la mente despejada en momentos como aquél, por no hablar de que tenía un dolor de cabeza mortal por culpa del insomnio.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de encontrar una prueba de la identidad de ese tipo en la camioneta? —preguntó Matt.

—No sé cómo van a encontrarla. Prácticamente no ha quedado nada.

—Ese hombre sabe lo que está haciendo. Se deshizo del número de identificación de la camioneta y cambió la matrícula antes de prenderle fuego.

—Actúa como si fuera un policía —comentó Sam.

—O alguien que sabe perfectamente cómo identificar un vehículo —añadió Matt—. ¿Cómo crees que ha vuelto a la ciudad después de haber quemado la camioneta? Odiaría pensar que tiene un cómplice. Que hay dos tipos desquiciados paseando libremente por las calles de Prentice.

La camarera se detuvo frente a su mesa, aunque era evidente que todavía no necesitaban otra cerveza. El servicio siempre era magnífico cuando Matt andaba cerca. Fueran jóvenes o viejas, las mujeres revoloteaban alrededor de aquel tipo. E, incluso Sam, tenía que admitir que era un hombre atractivo.

—Estáis muy serios —comentó la camarera.

—Los policías siempre están serios —contestó Matt—. Y ten cuidado, porque como hagas demasiadas travesuras, puedes terminar con un par de esposas en las muñecas.

La camarera sonrió y deslizó un dedo por el brazo de Matt.

—Eso suena un poco perverso, detective. Pero supongo que siempre llevas encima un par de esposas, por si acaso.

—¿Sabes? Me parece que estás buscando problemas.

—Bueno, ya me conoces. Nunca busco más de lo que soy capaz de dominar. ¿Queréis otra cerveza?

—Para empezar.

La camarera se alejó meciendo las caderas y Sam tuvo la sensación de que allí había algo más que un inofensivo flirteo. Pero lo que Matt hiciera fuera del trabajo no era asunto suyo.

—Esa chica sí que está bien —comentó Matt cuando por fin desvió la mirada de la espalda de la camarera—. No tiene tanto estilo como tu periodista, pero no está mal.

—Yo no tengo ninguna periodista.

—Te equivocas. Hoy, en cuanto he visto que estaba en tu casa he pensado que...

—Pues te has equivocado.

Sam no sabía por qué lo irritaba tanto que asumiera que había una relación entre ellos. Quizá porque en el fondo deseaba que fuera verdad. Pero, en ese caso, tendría que decidir qué hacer con aquel sentimiento. Habían pasado siete años desde la muerte de Peg. Había salido con algunas mujeres desde entonces, pero ninguna había significado nada para él.

Con Caroline las cosas serían diferentes. De hecho, ya estaban siendo diferentes.

—Ya es hora de que mires hacia el futuro, Sam. No puedes vivir siempre en el pasado.

—¿Crees que es eso lo que estoy haciendo?

—A mí me lo parece. Y creo que también se lo parece a Caroline.

—¿Eso qué significa?

—Ha visto la fotografía de Peg en tu casa, colocada en la estantería, como si aquello fuera una especie de santuario.

—No es ningún santuario. Y yo no vivo en el pasado.

—¿Ah, no? Peg murió hace siete años, pero cada vez que una mujer muestra algún interés por ti, retrocedes de nuevo hasta tu refugio.

—No sé de qué estás hablando.

—Caroline es una mujer buena. No le hagas daño.

—No pretendo hacérselo.

—No, claro —Matt dio un largo sorbo a su cerveza—. ¿Entonces qué vamos a hacer con Trudy Mitchell? Estoy seguro de que sabe más de lo que cuenta. En caso contrario, el asesino no se habría tomado la molestia de mantenerla callada.

—No tenemos ninguna prueba de que haya sido el asesino el responsable del accidente.

—Quizá no tengamos suficientes pruebas para llevarlo a juicio, pero para mí son más que suficientes.

—Espero que Trudy pueda llegar a sentirse suficientemente segura como para hablar antes de que ese tipo intente arremeter otra vez contra ella.

Sam se terminó la cerveza. Estaba agotado, pero gracias a una media docena de píldoras había conseguido aletargar el dolor de cabeza. Por lo menos hasta que Matt había vuelto a sacar el tema de Peg.

—Me voy —anunció—, quiero dormir algo antes de que surja otra emergencia. ¿Te vienes?

—No, todavía no. Probablemente me tome un par de cervezas más.

—Conserva las esposas en el bolsillo.

—Naturalmente, compañero... Hasta que pueda hacer un buen uso de ellas.

Sam se montó en el coche con intención de dirigirse hacia su casa. Pero en cuanto se detuvo ante el primer semáforo, giró hacia la derecha y condujo hacia la zona de Hunter's Grove.

Aparcó a una media manzana de la casa de Caroline. Desde allí podía ver encendidas las luces del piso de arriba. Debía de estar despierta.

Le habría encantado llegar hasta allí, llamar a la puerta y estrecharla entre sus brazos. Pero Matt tenía razón. Todavía no estaba preparado para zambullirse. Necesitaba continuar fuera del agua.

Se recostó contra el asiento, apoyando la cabeza en el reposacabezas. Debería irse a casa y dormir. Y eso era lo que iba a hacer. Pero antes, cerraría los ojos un instante.

Y en cuanto lo hizo, apareció la imagen de Caroline en su cabeza, enfundada en un vestido de satén y ofreciéndole sus labios.

—He estado esperándote, Sam. He estado esperándote durante toda mi vida.

Cuando volvió a abrir los ojos, Caroline había apagado la luz de su casa. Sam puso el motor en marcha y se alejó dispuesto a enfrentarse a otra noche de insomnio.

—Caramba, estás en plena forma —comentó Becky mientras se dirigían hacia los vestuarios tras haber pasado dos horas en la pista.

—Necesitaba desfogarme.

—Es por culpa de esos asesinatos, ¿verdad? ¿Tienes que escribir todos los días sobre ellos?

—Son noticia.

—Bueno, espero que a estas alturas ese tipo haya dejado Prentice y esté en el otro extremo del continente.

Una idea agradable que Caroline no estaba dispuesta a chafarle.

—¿Qué te ha parecido Dave? —preguntó Becky.

—Simpático, aunque tiene el tenis un poco olvidado. ¿Es amigo de Jack?

—No, es un pediatra nuevo que trabaja en la consulta de mi padre. No está

casado, es nuevo en la ciudad y no conoce a ninguna otra mujer.

—¡Ah! ¡Por eso hemos jugado hoy un partido de dobles! Porque quieres seguir haciendo de casamentera.

—Por eso y porque quería que conocieras a Jack.

—Lo conocí en tu cumpleaños, ¿no te acuerdas? ¿Lo vuestro va en serio?

—No estoy segura. Me gusta mucho. No se parece a ninguno de los otros hombres con los que he salido. Y me entran escalofríos cuando me mira con esos ojos azules tan penetrantes. Podría ser el hombre de mi vida.

—De ningún modo —contestó Caroline mientras agarraba una toalla para dirigirse a la ducha—. Tú todavía no vas a sentar la cabeza.

—Podría ocurrir. Nunca se sabe cuándo va a llegar el amor. Así que ya sabes, sal ahí fuera, bate esas maravillosas pestañas delante de Dave y pronto lo tendrás suplicando a tus pies.

Dave era un hombre agradable, pero era en Sam en quien pensaba Caroline mientras salía de la ducha. El día anterior, si Matt no los hubiera interrumpido, la habría besado. Ella misma había provocado aquel momento de intimidad al sentarse a su lado en el sofá. Porque quería mucho más que un beso de Sam.

Pero si él hubiera querido lo mismo, habría ido a verla esa misma noche, o por lo menos la habría llamado por teléfono. No lo había hecho, y tampoco había llamado por la mañana.

Quizá porque no necesitara nada más que sus recuerdos y la fotografía que conservaba en su dormitorio.

El lunes por la mañana, Sam caminaba nervioso en su despacho. Tenía un caso que no iba a ninguna parte, un jefe de policía que estaba día y noche encima de él y a la ciudadanía aterrorizada.

Trudy Mitchell continuaba en el hospital, y aunque los médicos decían que su recuperación física estaba siendo inmejorable, continuaba sin querer decir una sola palabra.

El psicólogo que la había atendido decía que era como consecuencia del trauma y que probablemente recuperaría pronto el habla. Pero pronto no quería decir nada.

La información que vinculaba a Trudy con el hombre que había asesinado a Sally y a Ruby todavía no había sido confirmada de manera oficial, pero los rumores corrían ya por la ciudad.

Ningún enfermo de Prentice había tenido nunca a un policía armado en la puerta del hospital. Y aun así, Trudy continuaba sin sentirse segura. Pero Sam no iba a renunciar.

Una buena descripción, un retrato robot y tendrían distribuida la fotografía del asesino por toda Georgia en cuestión de minutos. Lo único que necesitaba era que Trudy estuviera dispuesta a ofrecer una descripción que aportara algún dato más sobre aquel hombre al que había descrito como rubio y atractivo.

Sam descolgó el teléfono, marcó el número del departamento de policía de San Antonio y preguntó por el capitán Tony Sistrunk.

—Hablando del rey de Roma —dijo Tony cuando Sam se identificó—. Acabo de leer un artículo sobre ti y el asesino de Prentice. Al parecer no te libras de los locos ni en la América rural.

—Eso parece.

—¿Y cómo te va? ¿Has atrapado algo?

Estuvieron hablando durante varios minutos, riendo y recordando viejos tiempos, y dejando también muchas cosas sin decir. No mencionaron a Peg. Ni tampoco al tipo que la había matado. El caso se había abandonado. Nadie, salvo probablemente Sam, pensaba ya en él.

—Te llamo para preguntarte por Josephine Sterling. ¿Continúa haciendo retratos robots para ti?

—Sí, y sigue siendo la mejor. ¿Alguien ha visto a tu asesino?

—No estoy seguro —le explicó la situación—. ¿Crees que Josephine podría venir a Georgia?

—Estoy seguro. La apasionan los desafíos.

—Me alegro de saber que no ha cambiado.

—¿Quieres que te dé su número de teléfono?

—Sí —lo escribió—. Me gustaría que estuvieras aquí, Tony.

—No me necesitas. Estoy seguro de que podrás atrapar a ese tipo sin mi ayuda. Por cierto, supongo que no te has enterado de lo último de R.J..

—Espero que mi hermanastro continúe pudriéndose en la cárcel.

—No vas a tener tanta suerte. Ha salido gracias a un recurso de apelación. Está libre. Ni siquiera lo han puesto en libertad condicional.

Sam musitó un juramento.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unas tres semanas, pero yo acabo de enterarme. Intenté llamarte ayer, pero comunicabas todo el rato y no quería dejarte una noticia

tan desagradable en el contestador.

—Sólo es cuestión de tiempo que vuelvan a arrestarlo. Ese tipo está podrido hasta las entrañas.

—Dímelo a mí. Pero es muy inteligente. No lo subestimes.

—No lo haría jamás, puedes estar seguro.

—Háblame ahora del asesino de los parques de Prentice.

Sam y Tony estuvieron hablando durante media hora más. Cuando colgó el teléfono, Sam se dedicó a repasar los informes de las autopsias de ambas víctimas. Los había leído en numerosas ocasiones, al igual que toda la información que tenía sobre los asesinatos, pero siempre había alguna posibilidad de que se hubiera perdido algo.

De pronto sonó su teléfono móvil.

—Sam Turner —contestó.

—Sam, soy Silvia, ¿te pillo en un mal momento?

—No ha habido un momento bueno desde hace dos semanas.

—Te llamaba para comentarte lo de esa periodista, Caroline Kimberly.

—Sí, pretendía llamarte, siento haberlo olvidado. Pero ya no hace falta que la investigues.

—Quizá no sigas pensando lo mismo cuando oigas lo que he descubierto.

A Sam se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Malas noticias?

—Eso tendrás que juzgarlo tú.

Minutos después, Sam estaba temblando mientras colgaba el teléfono. Sabía que el pasado de Caroline no era asunto suyo. Pero, aun así, eso lo cambiaba todo. Llevaba demasiado tiempo en aquel negocio como para saber que no había que pasar un solo detalle por alto. El asesino había establecido un vínculo con Caroline y, en ese momento, ella estaba intentando sonsacarle información a la única persona que seguramente lo había visto. Una mujer que había estado a punto de morir minutos después de haber hablado con Caroline.

Sam había confiado plenamente en Caroline, tuviera o no motivos para hacerlo. Pero no podía continuar confiando en ella. Por lo que él sabía, Caroline podía tener sus propias intenciones para actuar en aquel caso.

Se acercó a la ventana y fijó la mirada en el aparcamiento. El dolor de cabeza lo estaba destrozando.

—Hola, Sam.

Aquella voz era como un trago de whisky, que ardía y sentaba bien al

mismo tiempo. Se volvió y fijó en Caroline la mirada. Dios, estaba guapísima.

—¿Qué la trae por aquí, señorita periodista?

—Necesito hablar contigo.

—Has elegido un buen momento. Yo también necesito hablar contigo.

—¿Tiene algo que ver con Trudy?

—No. Tiene que ver con Daphne Green.

Caroline exhaló un irritado suspiro, pero no desvió la mirada.

—¿Quién te ha dado derecho a investigar en mi pasado?

Sam señaló la única silla vacía de su despacho.

—Siéntate y hablaremos racionalmente de esto.

—No, gracias. No estoy dispuesta a sentarme con alguien que acaba de darme una puñalada por la espalda.

Sam se acercó a la puerta de su despacho y la cerró.

—Te he investigado por una cuestión de rutina. Eso forma parte de mi trabajo.

—Una cuestión de rutina en el caso de que haya algún sospechoso. Pero yo no lo soy.

—Eres la única persona con la que se ha puesto en contacto el asesino. Formas parte del caso.

Caroline dio media vuelta y fijó la mirada en la ventana.

—¿Qué has averiguado sobre mí, Sam?

—Evidentemente, revisaron tus antecedentes penales antes de que comenzaras a dar clase en Atlanta.

—No encontraron nada malo.

—Lo único que hicieron fue asegurarse de que no tenías un pasado criminal. Pero nuestra investigación ha ido un poco más allá. Las huellas dactilares de Caroline Kimberly son las mismas que las de una adolescente que vivía en el Hogar para Niñas Grace hace diez años. Por lo visto tu verdadero nombre es Daphne Green.

—Te equivocas. No soy nadie, ni Daphne Green ni Caroline Kimberly. No tengo nombre. Ni ataduras. Ni parientes. ¿Eso es lo que querías saber? ¿Que no soy nadie? ¿Ya estás contento, Sam?

—Lo siento, Caroline, pero tengo que hacerte algunas preguntas.

—Muy bien, adelante.

—Antes me gustaría disculparme. Tienes razón, como siempre. No eres sospechosa de nada y tu pasado no es asunto mío. Pero te aseguro que eres

alguien.

—Me temo que por muchos policías que pusieras a investigar, eso iba a ser difícil de demostrar. Pero hazme las preguntas que quieras.

—Yo no quiero hacer esto.

—Entonces lo haré yo por ti. ¿Qué fue de sus padres, señorita periodista? ¿Quién sabe? Alguien me encontró en un cubo de basura, en un callejón sin salida en Savannah cuando tenía menos de veinticuatro horas de vida.

—¿Eso fue lo que te dijeron en el hogar para niñas?

—No, lo leí yo misma en un viejo recorte de un periódico que conservaban de la noche en la que me encontraron. No soy nadie, Sam. Y estaba cansada de no ser nadie. Por eso me cambié el nombre y dejé de explicarle a todo el mundo que me encontraron en un cubo de basura. Estaba cansada de ser yo.

No había ninguna sombra de amargura en su voz, sólo un tono distante, como si Caroline se estuviera enfrentando a alguna suerte de lugar oscuro que en aquel momento no podía alcanzarla. Su enfado había desaparecido y lo único que quedaba ya era una ingenua vulnerabilidad. Como si deseara desesperadamente confiar en alguien, pero no pudiera hacerlo.

Maldita fuera. Eso era lo que le recordaba a Peg. Aquella mirada. Peg lo había mirado de la misma manera cuando la había encontrado en las calles. Y también más tarde, cuando estaba cerca del final y tenía tanto miedo.

—Dejé el orfanato cuando cumplí dieciocho años —continuó Caroline—. Y estuve trabajando para poder ir a la universidad, donde después conseguí una beca de estudios. Pero en cuanto conseguí mi primer trabajo, me cambié el nombre. Esperaba poder olvidarme así de mi pasado. Pero me equivocaba. El pasado continúa aferrándose a mí, estoy tan firmemente atada a él como si me tuviera sujeta con cuerdas y cadenas... Por culpa de una pesadilla.

—Pero has recorrido un largo camino, Caroline. Has conseguido muchas cosas y eres una periodista condenadamente buena.

—No me hagas la pelota, Sam, no es tu estilo. Sobre todo cuando por mi culpa una joven ha sido seriamente herida. Y cuando hay un asesino que cree que él y yo somos pareja en este juego perverso.

Dios, se moría por abrazarla. Pero no sabía cómo reaccionaría después de lo que había pasado.

—Y si ya no tienes más preguntas que hacerme, me voy Sam.

—Quédate un rato más. Podemos ir a hablar a alguna parte, tomar un café...

—No, gracias. Tengo trabajo.

—Todavía no me has dicho por qué has venido a verme.
—Olvídalo. Seguramente sólo era una idea estúpida de una periodista.
—Lo siento, Caroline, no pretendía hacerte daño.
—No me lo has hecho. Al fin y al cabo, sólo estás cumpliendo con tu deber, detective.

Caroline volvió a la oficina e intentó escribir un artículo para el que había estado investigando durante dos días. Trataba sobre los patrones de conducta de los asesinos en serie. Pero no conseguía concentrarse.

—Vaya, parece muy desanimada.
—Ah, hola, Ron. Pues sí, lo estoy.
—Supongo que el caso del asesino en serie está empezando a afectarte.
—Sí, eso me temo.
—Los asesinatos venden mucho.
—Eso parece —dijo Caroline—. John me ha dado hoy mismo una columna diaria para que vaya informando sobre los adelantos de la investigación. Desgraciadamente, eso significa que tendré que estirar la escasa información que tengo hasta llenar una columna todos los días.

—Es una pena lo de Trudy Mitchell.
—Sí, lo es.
—Parece caerte muy bien. Debe de ser una joven muy agradable.
—Sí, me cae bien. Es joven, guapa, y está aterrorizada.
Ron asintió.

—Me lo imagino. Pero se comenta que tiene un policía en la puerta de su habitación.

—De momento sí. Pero pronto volverá a su casa y no sé qué ocurrirá entonces.

Ron se alejó de allí y Caroline se puso de nuevo a escribir. Toda la ciudad estaba hablando de Trudy. Todo eran especulaciones, pero, al parecer, Ron había oído al menos lo suficiente como para relacionar el accidente de Trudy con los asesinatos. Y si él había sido capaz de vincular ambas cosas, lo habrían hecho también otros muchos habitantes de Prentice.

Habían pasado cinco días desde que aquel hombre había matado a la segunda víctima. Los mismos días que habían transcurrido entre la primera y la segunda muerte. ¿Volvería a matar el asesino aquella noche?

Permanecía entre las sombras, vigilando a Caroline mientras ella salía de las oficinas del periódico y se acercaba a su coche. Habían pasado cinco días desde la última vez que había matado. Cinco días desde que había visto la sangre de una mujer deslizándose por su cuello.

Era curioso, pero no esperaba disfrutar tanto de la muerte. Al principio, aquellos asesinatos sólo eran parte de un plan. Pero en aquel momento se habían convertido en algo mucho más importante. Los asesinatos ocupaban casi toda su mente.

Pero no podía continuar así eternamente. Antes o después, incluso un inútil como Sam Turner podía terminar descubriéndolo. Pero para entonces ya sería demasiado tarde. Demasiado tarde para Sam. Y demasiado tarde para Caroline.

Capítulo 9

El asesino no actuó ni la quinta ni la sexta noche. Tampoco volvió a ponerse en contacto con Caroline. Ésas eran las buenas noticias. Pero Sam Turner tampoco la llamó. Y aquello le dolía.

Caroline había estado pensando en su conversación y había llegado a la conclusión de que Sam estaba buscando una excusa para no tener que enfrentarse a la atracción que había surgido entre ellos.

Matt había intentado advertírselo la noche que la había llevado hasta el campo de tiro. Caroline no había querido creerle, pero él tenía razón. Pero entonces, ¿por qué no era capaz de sacarse a Sam de la cabeza y continuar con su vida? Desde luego, no era porque no tuviera otros problemas a los que enfrentarse.

John quería algo nuevo cada día, lo que significaba que no sólo tenía que cubrir los sucesos habituales en Prentice sino que tenía que encontrar nuevas noticias sobre los dos asesinatos.

Y, para colmo, había dejado que Becky la convenciera para que almorzaran juntas en el Bon Appetit. Y en aquel restaurante atestado de gente acababa de entrar en aquel momento. Su amiga estaba de pie, al lado de una de las mesas del restaurante, hablando animadamente con un grupo de mujeres. Al ver a Caroline la saludó con la mano.

—Tengo una mesa para nosotras en la parte de atrás —le dijo—, así no tendré que entretenerme hablando con todo el que entre.

—¿Estás segura de que tienes tiempo para almorzar?

—Completamente, yo soy la propietaria del negocio.

—Si yo fuera la propietaria, tendría que estar trabajando. En cualquier caso, éste va a tener que ser un almuerzo muy rápido.

—Querida amiga, estás convirtiéndote en una auténtica calamidad. Estoy empezando a arrepentirme de haberte hablado del puesto de trabajo del *Times*. Aunque reconozco que estás haciéndote famosa.

—Pues yo no lo he notado —comentó Caroline mientras se sentaba en la mesa que Becky había reservado.

—En ese caso, voy a alegrarte los oídos con esto: he recibido una llamada

de un tipo que escribe para una importante revista. Quiere saber quién se esconde detrás de la firma de Caroline Kimberly.

—¿Qué revista?

Becky se sentó y se colocó la servilleta en el regazo.

—No me acuerdo. No había oído hablar nunca de ella, pero me pareció impresionante. Ese hombre estaba escribiendo un artículo sobre ti y tu trabajo sobre los asesinatos.

—¿Cuándo fue eso?

—El lunes. Quería haberte llamado para decírtelo, pero estos últimos días he estado muy ocupada.

—¿Y qué le dijiste?

—La verdad. Que eras una mujer inteligente, simpática, sexy y... soltera.

—¿Y dices que le dijiste la verdad?

—Claro que sí. Y en cuanto se publique ese artículo, verás cuántos hombres vienen a la ciudad sólo para conocerte. Pero dale a Dave una oportunidad antes de que todos esos tipos comiencen a perseguirte. Le gustas, de verdad.

—Hazme un favor, Becky.

—Claro.

—Si vuelve a llamar ese tipo de la revista, consigue su nombre y su número de teléfono, pero no le des más información sobre mí.

Becky la miró estupefacta.

—Yo pensaba que te entusiasmaría la idea. No entiendo por qué pareces tan molesta.

¿Molesta? Estaba aterrorizada. El hombre que había llamado a Becky podía ser el mismo asesino. Y quizá se hubiera metido en la vida de Becky porque era amiga de Caroline.

—Lo siento, Caroline, de verdad. Yo pensaba que había hecho bien.

—Tú no tienes la culpa. Todos estos asesinatos me están afectando. Pero si vuelve a llamarte, no hables con él. Y, por supuesto, no quedes con él en ninguna parte. Eso es muy importante, Becky.

—Me estás asustando.

—Éste no es un buen momento para confiar en desconocidos.

—De acuerdo —contestó Becky—. Ahora tengo que darte una buena noticia —tendió la mano izquierda por encima de la mesa, mostrando unas uñas perfectamente manicuradas y pintadas.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Caroline al ver la sortija—. ¿Estás

comprometida?

—¡Sí!

—¿Y desde cuándo?

—Desde ayer por la noche. Y, créeme, estoy tan sorprendida como tú.

—¿Te has comprometido con Jack?

—Sí, ¿qué te parece?

—Todo ha sido muy repentino, ¿no crees?

—Sí, pero Jack dice que si estamos enamorados no tenemos por qué esperar. Que debemos aprovechar cada minuto que pasemos juntos.

Caroline sólo había visto a Jack en un par de ocasiones, pero no le había parecido un hombre excesivamente efusivo. Y tampoco con muchas ganas de casarse.

—No pareces alegrarte mucho.

—Lo que pasa es que no sabía que lo vuestro iba tan en serio.

—A veces el amor llega de repente.

—¿Eso es lo que dice Jack?

—No, lo oí en la televisión. Pero es cierto. Yo siempre he creído en el amor a primera vista.

—¿Desde cuándo lo conoces?

—Desde hace un par de semanas. Llegó un día a comer al restaurante y congeniamos. Por eso lo invité a mi fiesta de cumpleaños.

—¿No sabes nada más sobre él?

—Vamos, Caroline, ¿qué hace falta que sepa? Es divertido, guapo, y sus padres tienen mucho dinero, de modo que no se casa conmigo por interés.

—¿Conoces a sus padres?

—No, pero estoy segura de que pronto los conoceré.

—¿Y se lo has dicho a tus padres?

—Sí, se muestran un poco escépticos, pero no se opondrán, siempre y cuando me case por la iglesia. Y pienso hacerlo. Quiero disfrutar de una boda grandiosa, perfecta. Y quiero que tú seas mi dama de honor.

—Me siento muy halagada, pero tienes muchas otras amigas. Todavía sigues saliendo con tus amigas del instituto y de la universidad y nosotras hace muy poco tiempo que nos conocemos.

—A veces las amigas nuevas son las mejores.

—A veces.

Pero en aquel momento Caroline no se sentía en absoluto como una buena amiga. Una buena amiga le diría a Becky que estaba yendo demasiado

rápido.

Pidieron un par de ensaladas y Becky insistió en acompañarlas con una botella de champán para celebrar su compromiso. Caroline apenas probó la ensalada, lo cual fue un error, puesto que bebió dos copas de champán mientras pasaba la siguiente hora oyendo a Becky hablar de los planes de boda.

Caroline decidió dejar el coche y regresó a la oficina en taxi, después de que Becky le arrancara la promesa de acompañarla a Atlanta la semana siguiente para comenzar a mirar el vestido de boda.

Era una promesa que Caroline esperaba no tener que cumplir. Pero quizá estuviera siendo demasiado cínica. Seguramente, el amor tenía muchas cosas maravillosas cuando una se enamoraba del hombre adecuado. Aunque cuando alguien se enamoraba del hombre que no debía, podía convertirse en un infierno.

—Caroline, ven aquí.

Caroline dejó de escribir y alzó la mirada. John estaba en la puerta del despacho, con el rostro rojo y sombrío y un periódico doblado entre las manos. Fuera cual fuera el problema, la culpa no podía haber sido de Caroline. John aprobaba cada artículo antes de que fuera publicado.

Aun así, cuando estaba enfadado, era preferible seguirle la corriente. De modo que Caroline guardó lo que estaba haciendo, volvió a ponerse los zapatos y obedeció su orden.

En cuanto hubo cerrado la puerta de su despacho, le tendió el periódico.

—¿Quieres explicarme esto?

A Caroline se le aceleró violentamente el pulso. En aquel momento, habría sido capaz de matar a Sam Turner con sus propias manos.

—Hay una mujer que quiere verte, Sam. Y parece que está enfadada.

—Dile que no estoy.

—Lo siento. Pero ya le han dicho que estás aquí.

—Magnífico. Que pase.

Sam se colocó tras su escritorio, preparado para enfrentarse a cualquiera que pretendiera reprocharle el que no hubiera atrapado todavía al famoso asesino de los parques de Prentice. Sería la segunda vez en un día.

Pero fue Caroline la que entró en su despacho y cerró la puerta de una patada. Sin decir una sola palabra, cruzó la habitación y extendió un periódico ante él.

Uno de los titulares estaba marcado en rojo. Sam clavó los ojos en una fotografía de Caroline, había sido tomada en el lugar en el que Sally Martin había sido asesinada. El pie de foto decía: *La nueva redactora del periódico de Prentice tiene una identidad secreta.*

Sam escrutó el artículo con la mirada. No faltaba nada. Hablaban del cambio de nombre de Caroline y daban detalles sobre su vida en el Hogar para Niñas Grace y en el centro Meyers Bickham, en el que había estado con anterioridad.

El artículo lanzaba algunas preguntas, sugería que Caroline había sido despedida de su trabajo anterior y que había interferido en la investigación sobre los crímenes de Prentice presionando a una testigo que pretendía mantener en secreto lo que había visto.

Si se leía entre líneas, podía deducirse incluso que Caroline simpatizaba con el asesino, o que prácticamente estaba compinchada con él.

—No sé de dónde ha salido todo esto, pero no ha sido de mí.

—Alguien del departamento ha debido filtrarlo a la prensa. Y no lo habrían podido filtrar si tú no hubieras estado hurgando en mi pasado. Puede que no seas el responsable directo, pero has sido tú el que has abierto la caja de los truenos.

Sam odiaba la acusación que reflejaba su mirada. Y la odiaba todavía más porque sabía que se la merecía.

—No sé qué decir, Caroline, excepto que no había previsto nada de esto.

—Pero si en realidad no importa. Al fin y al cabo, sólo soy una periodista. Dilo, Sam. Di que soy una periodista molesta, un trozo de basura que se interpone en tu camino —se le quebró la voz. Estaba temblando, de dolor y de indignación.

—No puedo decir eso, Caroline, porque no es verdad.

Una lágrima rodó por la mejilla de la joven. Sam tragó saliva, intentando mantener el control en un momento en el que el dolor de Caroline lo estaba desgarrando literalmente. Pero era imposible mantener el control cuando Caroline estaba llorando. La estrechó entre sus brazos.

Caroline lo rechazaba con los puños, pero las lágrimas continuaban deslizándose por sus mejillas. Al final, dejó de resistirse y permitió que Sam la abrazara mientras ella lloraba.

Cuando cesaron los sollozos se apartó. Estaba tensa, avergonzada, confundida.

Sam podría haberla abrazado eternamente. Eso le resultaba fácil. Lo difícil era hablar de lo ocurrido. Pero Sam tenía la sensación de que debía decir algo. Porque, en el fondo, todo aquello había sido culpa suya.

—El artículo no va a cambiarte, Caroline. Sigues siendo la misma persona que eras antes de que se imprimiera.

—Probablemente pierda mi trabajo —desvió la mirada—. Y tendré que dejar Prentice. Todo el mundo me odiará cuando se crea que por mi culpa no avanza la investigación. Yo pensaba que al venir aquí todo cambiaría. Que encajaría en este lugar, haría amigos y echaría raíces.

Había suavizado su tono, como si las lágrimas hubieran alejado el enfado y hubieran dejado solamente el dolor.

—Todo esto se terminará olvidando —dijo Sam—. Nadie hace tanto caso de lo que dicen los periódicos.

—Pero la mayor parte de lo que cuenta es verdad.

—Pero no la parte que podría irritar más a la gente. Tú no has entorpecido la investigación. De hecho, conseguiste que Trudy hablara.

—Y estuvieron a punto de matarla por mi culpa.

—Eso no es cierto.

—Olvídalo, Sam. He venido aquí dispuesta a desahogarme contigo y a hacerte daño, pero es imposible si tú no estás dispuesto a pelear.

—No quiero discutir contigo, Caroline.

Caroline buscó por fin su mirada, pero Sam no fue capaz de leer en las profundidades de sus ojos. Lo único que sabía era que aquella mujer lo había cautivado, haciéndole anhelar algo indefinible.

—¿Qué es lo que quieres, Sam? Me besas hasta dejarme sin sentido y después no me vuelves a tocar. Me tratas como si fuera una periodista molesta, haces que me investiguen, y cuando exploto me abrazas y me consuelas mientras lloro.

—No sé enfrentarme a las cuestiones sentimentales.

—Vaya, eso sí que es una auténtica revelación. Voy a salir de aquí, Sam. No estoy segura de si continuaré trabajando para el *Prentice Times* después de lo que ha pasado hoy, pero si puedo ayudarte con Trudy Mitchell, llámame.

No le dio tiempo a responder. Agarró el periódico y se marchó. Sam estuvo a punto de salir tras ella. Sabía que tenía que haber algo que pudiera decirle,

pero, como le ocurría habitualmente, no tenía la menor idea de lo que era.

En aquel momento, le habría encantado poder darle un buen puñetazo a alguien. Al periodista de aquel periódico, por ejemplo. O a la persona del departamento de policía que había filtrado aquella información.

Abrió el cajón de su mesa y sacó la fotografía de Peg. Pero no le ofreció ningún consuelo. Si acaso, sintió que también ella lo estaba condenando, diciéndole que era un cobarde por no ser capaz de mirar hacia el futuro y dejarla descansar en paz en el pasado.

Pero, sobre todo, aquella fotografía le recordó que había un asesino suelto y que Caroline continuaba en peligro. Había dejado que un loco matara a Peg. Pero no iba a permitir que le ocurriera lo mismo a Caroline.

Pero, ¿cómo diablos iba a impedirlo?

Sam pasó el resto del día en Auburn, interrogando a conocidos de Sally Martin. Había hablado con su ex novio un par de días atrás. Éste tenía una coartada que Sam quería investigar. Pero incluso en el caso de que no la tuviera, Sam dudaba de que aquel chico hubiera sido capaz de hacer algo peor que copiar en un examen.

Mientras trabajaba activamente en el caso, Sam conseguía mantener a Caroline en los márgenes de su mente. Pero mientras regresaba de nuevo a Prentice, sólo era capaz de pensar en ella.

Sam había vivido en un agujero desde la muerte de Peg. Llevaba mucho tiempo viviendo en la oscuridad y no estaba seguro de que pudiera siquiera salir de allí. E, incluso en el caso de que lo hiciera, no sabía si Caroline y él podrían hacerlo juntos.

En aquel momento, lo único que sabía era que él era un hombre, que Caroline era una mujer y que deseaba desesperadamente estar con ella. Quizá Caroline lo rechazara. Pero era un riesgo que tenía que correr.

Condujo directamente hasta su casa, aparcó allí mismo y recorrió a grandes zancadas el camino que llevaba hasta su puerta.

No tenía la menor idea de lo que le iba a decir, pero tampoco le importaba. El pomo de la puerta giró. La puerta se abrió lentamente y apareció Caroline frente a él con una combinación de encaje negro que se abrazaba a sus muslos y acariciaba sus senos. Sam no habría sido capaz de pronunciar una sola palabra aunque su vida hubiera dependido de ello.

Capítulo 10

Sam permanecía en el marco de la puerta, devorado por el deseo. Se moría por estrechar a Caroline entre sus brazos, llevarla al dormitorio y hacer el amor con ella. Pero ése no era su estilo, y no tenía la menor idea de cuál podía ser el de Caroline. Así que farfulló un torpe «hola» y después pronunció una frase propia de un policía estúpido.

—¿Por qué has abierto la puerta sin saber quién era?

—Sabía que eras tú. He mirado por la mirilla.

Caroline sabía que era él. Y no se había molestado en ponerse la bata. Eso tenía que significar algo.

—He estado pensando en lo que me dijiste sobre mi miedo a salir del agujero.

—¿Y has decidido salir, Sam? ¿Para eso has venido? Porque la verdad es que he tenido un día terrible y ahora mismo lo que más necesito es que me abracés y me hagas sentirme deseable. Si no eres capaz de hacerlo, vete. No puedo continuar hablando de asesinos o de todas las cosas terribles que han ocurrido en mi vida.

—¿Cómo puedes pensar siquiera que no eres deseable? Tengo ganas de hacer el amor contigo desde la primera noche que te vi vomitando con el vestido rojo entre los arbustos.

—Entonces no hables de ello, Sam. Límitate a hacerlo.

Y al instante, Caroline estuvo entre sus brazos. Sam la besaba una y otra vez. Los labios, la frente, las pestañas, la punta de la nariz. Y ella le devolvía los besos.

Sam perdió el control. Se olvidó de pensar, de razonar. Sólo quería besarla, acariciarla y abrazarla. A toda ella. Deslizó los dedos bajo los tirantes de la combinación, los levantó y dejó que resbalaran por sus hombros.

Contuvo la respiración durante un largo y casi doloroso instante en el que el deseo palpitaba en cada parte de su cuerpo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no abalanzarse sobre ella y terminar en el suelo, haciendo el amor como un hombre del neanderthal.

Sin saber muy bien cómo, consiguió dominarse e ir haciendo las cosas

lentamente. Besó y succionó cada uno de los pezones y acunó los senos de Caroline entre las manos. Ella permanecía erguida frente a él, temblando. Al principio, Sam pensó que estaba asustada, y se estremeció al pensar que Caroline podía llegar a cambiar de opinión y rechazarlo.

—No te detengas, Sam. Por favor, no te detengas. Te necesito. Te deseo.

De modo que Sam deslizó las manos por la tersa piel de su vientre hasta encontrar los rizos que cubrían el vértice de sus muslos. Continuó bajando la mano y descubrió que Caroline estaba ardiente, húmeda y preparada para recibirlo. Y él se moría por estar dentro de ella, por verla tan hambrienta y desesperada como lo estaba él.

Caroline se deshizo completamente de la combinación. El encaje negro cayó hasta el suelo y su cuerpo desnudo resplandeció ante la luz de la lámpara. Deslizó los brazos alrededor de Sam y le dio un beso dulce, pero intenso.

Sam se sentía como si Caroline estuviera llegando a lo más íntimo de él, como si estuviera acariciando rincones dormidos de su alma y haciéndolos volver a la vida.

E incluso en medio de aquel descontrolado deseo, sabía que lo que estaban compartiendo era algo más que sexo. Que Caroline estaba ofreciéndole algo más que un cuerpo perfecto. Se estaba ofreciendo a sí misma. Sin pretensiones. Sin expectativas.

Pero si en aquel minuto le hubiera pedido la luna, Sam habría gastado la última gota de su aliento en alcanzársela.

Pero Caroline sólo lo quería a él.

—Enciende la chimenea, Sam.

—¿Ahora?

—Sí. En el salón. El resto de mi vida es un completo caos y necesito que, cuando te vayas, el recuerdo de esta noche sea perfecto.

Sam quería prometerle que jamás se iría, que estaría siempre a su lado, pero sabía que no podía hacerle esa promesa. No, todavía no.

—Encenderé la chimenea. Pero no te vayas, Caroline. Y prométeme que esto no es un sueño, que no vas a desaparecer de pronto.

—Es un sueño, pero no voy a desaparecer.

Caroline lo condujo hacia el salón. Mientras él encendía el fuego, colocó unos almohadones sobre la alfombra persa y puso algo de música. Una pieza de música clásica que Sam había oído en otra ocasión, pero cuyo nombre no era capaz de recordar.

Cuando las llamas comenzaron a danzar en la chimenea, Sam se volvió y descubrió a Caroline mirándolo fijamente.

—Déjame desnudarte, Sam.

Sam se estremecía de anticipación mientras ella le quitaba la camisa, le desabrochaba el cinturón y bajaba la cremallera de sus vaqueros. La primera sensación fue de dulce alivio, pero en el instante en el que Caroline deslizó las manos en el interior de sus calzoncillos, supo que no iba a poder aguantar mucho más.

Él mismo se bajó los vaqueros y los calzoncillos y se deshizo de ellos con una patada. Casi inmediatamente, cayó al suelo abrazado a Caroline, en un nudo de piernas y brazos. Caroline lo besó otra vez, se colocó sobre él y le hizo deslizarse en su interior. Sam quería que su encuentro durara, pero no fue capaz de contenerse. De modo que se dejó llevar. Sin barreras. Sin pensar en nada, salvo en la dulce y hermosa Caroline.

Caroline lo acompañó hasta el orgasmo. Y gemía y gritaba su nombre al alcanzar la cima del placer.

—Gracias, Sam. Ha sido maravilloso. Perfecto en todos los sentidos.

—Oh, Caroline. No lo sabes, ¿verdad?

—¿Saber qué?

—Que la perfección eres tú.

Caroline permanecía en los brazos de Sam mucho tiempo después de que hubieran hecho el amor. No quería moverse, no quería romper el hechizo.

Sam no era el primer hombre con el que se acostaba, aunque no había habido muchos hombres en su vida. Pero lo de aquella noche había sido algo diferente. Por una parte, nunca había necesitado como entonces hacer el amor. Cuando una mujer veía cómo su mundo se iba derrumbando, era agradable tener unos brazos que la abrazaran y un hombre que la hiciera sentirse como si fuera la mujer más hermosa de la tierra.

Pero Caroline no necesitaba a cualquier hombre. Necesitaba a Sam. Y ni siquiera era capaz de comenzar a imaginarse por qué aquel hombre la afectaba de aquella manera. Probablemente no había ninguna respuesta. Si la hubiera, enamorarse sería una ciencia en vez de una aventura mágica.

Comenzó a levantarse, pero Sam la retuvo entre sus brazos.

—¿Adónde crees que vas?

—No podemos pasarnos toda la noche aquí tumbados.

—¿Y quién ha puesto esa ridícula regla?

Caroline volvió a besarlo en la boca.

—Tú quédate aquí. Yo iré a la cocina a preparar algo de comer. ¿Te gustan el queso y las galletas?

—No tanto como lo que tengo ahora entre mis brazos.

—No es propio de ti decirle ese tipo de cosas a una periodista, Sam.

—Pero esto no va a salir publicado, ¿verdad?

—En primera plana y con fotografías.

—Entonces deberíamos repetirlo para asegurarnos de que salga bien. Pero tienes razón —posó la mano en su vientre y la miró a los ojos—. Esto no es propio de mí. Esta noche tengo la sensación de que no soy yo.

—¿Y te gusta?

—Definitivamente sí, sobre todo teniendo en cuenta que normalmente me siento como si estuviera a punto de explotar.

—¿Y cómo te sientes en este momento?

—Satisfecho. Relajado. Y sorprendido de que me desees. ¿Y tú?

—Deseable, viva —deslizó los labios por su pecho—. Y hambrienta. Pero de algo que tengo en la cocina.

—Muy bien —la soltó—. Supongo que tendré que dejar que vayas a comer, siempre y cuando me prometas que volverás inmediatamente.

—Lo haré.

Mientras cortaba el queso, Caroline pensaba en Sam. No habían hablado de sus sentimientos, ni de ninguna clase de compromiso. Sabía que Sam todavía no estaba preparado para hacerlo, pero, aun así, había estado allí aquella noche, haciéndola sentirse como si nunca hubiera sido la molestia que sus padres habían considerado que era. Ocurriera lo que ocurriera, aquella noche permanecería para siempre en su memoria como un recuerdo resplandeciente con el que contrarrestar las oscuras grietas de su mente.

Pero ella quería algo más. Entre otras cosas, volver a hacer el amor aquella noche.

Cuando regresó al salón, descubrió a Sam tumbado boca arriba, con los brazos cruzados y roncando suavemente.

Caroline suspiró y se llevó un pedazo de queso a la boca. Era la primera noche que se quedaba un hombre en su casa y se quedaba dormido.

Tomó la manta que tenía en el sofá y la extendió sobre el cuerpo desnudo de Sam. Comenzó a dirigirse hacia su dormitorio, pero cambió de opinión. Su mundo podía estar derrumbándose, pero aquella noche iba a dormir entre los

brazos de Sam.

Sam se despertó de un profundo sueño al sentir el aroma del café y el beicon. Se estiró y miró a su alrededor sin saber dónde estaba. Pero en cuanto bajó la mirada hacia su cuerpo desnudo, el recuerdo volvió acompañado de una nueva punzada de deseo.

Y de una ligera aprensión.

La noche había sido perfecta. Estar con Caroline había sido perfecto. Pero había llegado la mañana.

Era el momento de dar un nuevo paso en su relación, pero no sabía cuál. E, incluso en el caso de que lo supiera, no sabía si podría darlo.

Se estiró y buscó sus pantalones con la mirada. Estaban detrás del sofá. Su mente voló de nuevo hacia Caroline mientras se los ponía. No se molestó en abrochárselos. Necesitaba un café.

Y lo necesitó todavía más al ver a Caroline. Ya no estaba desnuda, pero llevaba una estrecha camiseta de color violeta que le llegaba justo por encima de las rodillas. Iba descalza, con las uñas de los pies pintadas de color rosa.

—Buenos días, detective. No sabía si debía despertarte.

—¿Qué hora es?

—Las siete y media. Yo me levanto antes.

—Normalmente yo también. De hecho, suelo despertarme una docena de veces durante la noche... Las noches que consigo dormir.

—Humm. Y cuando estás conmigo duermes toda la noche seguida. Eso no dice mucho a favor del nivel de excitación que genero.

—Supongo que tendrás que intentar mantenerme despierto —respondió Sam.

Una parte de él quería abrazarla y volver a hacer el amor con ella. Pero la otra habría preferido dar media vuelta y echar a correr. Y ninguna de las dos cosas le parecía apropiada.

—Tienes café en la cafetera. Y una taza en el mostrador. Sírvete tú mismo.

Sam obedeció y, apoyado contra el mostrador, la observó cascar un par de huevos y echarlos en la sartén. Ella con la camiseta de espuma. Él con los vaqueros. Los dos descalzos. Como amantes.

—He estado pensando en el asesino, Sam.

Fin de la rutina amorosa. Vuelta a los temas macabros.

—Creo que la equis con la que marca los pechos de sus víctimas podría ser

una manera de intentar vengarse de su madre. Me refiero a que los bebés maman, ése es el primer vínculo con su madre.

—Entonces crees que él no pudo mamar.

—A lo mejor lo abandonaron, como a mí. O quizá sufrió abusos. En cualquier caso, parece odiar la idea de la maternidad. No soy ninguna experta en este tipo de cosas, pero es así como lo veo.

—Puede que tengas razón.

—Y otra de las cosas que me intriga es el hecho de que nadie lo vea nunca. Me dejó una galleta en la puerta de casa. Dejó una nota en mi coche. Me siguió hasta el Catfish Shack, o por lo menos, sabe que estuve allí. Pero no hay un sólo testigo que diga haber visto a ningún sospechoso merodeando por esas zonas.

—Sí, lo sé. Es como si fuera invisible.

—Podría ser un policía o un ex policía. O por lo menos alguien con cierto tipo de entrenamiento militar. Parece saber mucho más sobre cómo acceder a cierta clase de información que un ciudadano normal.

—Sí, lo sé. Yo he llegado a las mismas conclusiones que tú, pero ninguna de ellas me ha conducido a ningún sospechoso. De todas formas, es habitual que los asesinos en serie sean difíciles de atrapar. Y el principal motivo es que eligen sus víctimas al azar. Como no tienen ninguna conexión con la víctima antes del asesinato, no hay forma de saber que son sospechosos. Ni siquiera en una ciudad como Prentice, en la que todo el mundo se conoce.

—Quizá no sea de aquí —aventuró Caroline.

—Eso es lo que yo creo —dijo Sam—, pero, aun así, sigue siendo sólo una hipótesis. Necesitamos algo más sólido.

—Me gustaría volver a ver a Trudy. Creo que esta tarde me pasaré por el hospital. He quedado con Becky para almorzar. Está preocupada por mí y creo que se siente culpable.

—¿Por qué tiene que sentirse culpable?

—Ella fue la que proporcionó la mayor parte de la información que salió sobre mí en ese artículo. No intencionadamente, por supuesto. Pensaba que estaba hablando con una revista autorizada que quería hacer un buen reportaje sobre mí. Supongo que no hace falta que te diga que han tergiversado todo lo que les contó.

Era la primera vez que volvía a mencionar aquel artículo desde el día anterior. Caroline sirvió los huevos con el beicon y las tostadas. Mientras comían, continuaron hablando del tema.

—¿Y qué va a pasar con tu trabajo? ¿De verdad te van a despedir?

—Esta misma mañana lo averiguaré. Tengo una reunión con John a las diez. Quería tener tiempo para considerar la situación y ver el impacto que esa noticia puede tener sobre el periódico antes de tomar una decisión.

—Sería un estúpido si te perdiera.

—Hasta hace un par de semanas sólo era una periodista que se ocupaba de todo lo que no querían hacer los demás. Estoy segura de que no soy imprescindible.

En aquel momento sonó el teléfono de Sam. Probablemente sería Matt, preguntándose por qué no estaba ya en la comisaría. Corrió al salón a buscar su teléfono.

—Detective Sam Turner —contestó.

Pero no era Matt, sino un trabajador del hospital. Trudy Mitchell había dicho que quería hablar.

Sam regresó a la cocina para darle a Caroline la noticia.

—Voy a ir contigo, Sam.

—Como periodista.

—Como amiga de Trudy. Y porque quiero que atrapen al asesino.

—¿Podrás estar lista en diez minutos?

En menos de ocho minutos, Caroline estaba preparada.

Trudy estaba sentada en la cama, bebiendo un vaso de zumo de naranja cuando entraron al hospital. La habían peinado y maquillado ligeramente. Incluso había cambiado el camisón del hospital por un pijama estampado de color azul.

—Hola Trudy —la saludó Caroline—. Tienes un aspecto magnífico.

—Me encuentro mucho mejor.

—Parece que está cuidando muy bien a su paciente —le dijo Sam a la señora Mitchell.

—Hago lo que puedo. Mi hija es una mujer extraordinaria.

—Desde luego —confirmó Sam.

—Tengo suerte de estar viva —comentó Trudy—. He tenido más suerte que Sally, o que la otra chica a la que asesinaron.

—Sí —Sam se acercó hasta el borde de la cama—. Tenemos que encontrar al hombre que las mató.

—Lo sé —Trudy se volvió hacia su madre—. Tengo que decirles lo que sé,

mamá. Si no lo hago, ese hombre puede matar a otra mujer.

La señora Mitchell se acercó a su hija y posó la mano en su brazo.

—Ya sabes lo que pienso sobre eso.

—Sé que quieres protegerme. Y yo también quiero estar protegida, pero tengo que hacerlo.

—La protección de Trudy será absolutamente prioritaria, señora Mitchell —le aseguró Sam—. Nos aseguraremos de que esté a salvo hasta que tengamos a ese tipo entre rejas.

—Sí, de la misma forma que la policía protegió a Sally y a Ruby —la señora Mitchell se aferró con tanta fuerza a la barandilla de los pies de la cama que sus nudillos palidecieron.

Se volvió hacia Caroline.

—Todo esto es culpa suya. Usted metió en esto a mi hija, como explicaba ese artículo. Ahora tendrá que sacarla usted de este lío. Dígale que no tiene por qué hablar. Dígale que no tiene ninguna obligación de hacerlo.

Caroline tragó saliva. Comprendía la angustia de la señora Mitchell, incluso la admiraba. Había madres capaces de hacer cualquier cosa para mantener a sus hijas a salvo. Y era agradable saberlo.

Pero continuaban necesitando que Trudy hablara. Otras vidas dependían de ello. ¿Pero cómo presionarla cuando no sabía si Sam iba a poder cumplir su promesa?

—Trudy es muy valiente, señora Mitchell —dijo Caroline—. Debería estar orgullosa de que tenga el valor para hacer lo que piensa que es correcto.

—No pasará nada —la tranquilizó Trudy—. Ya lo verás, mamá. Todo saldrá bien.

La señora Mitchell se pasó la mano por los ojos, intentando secar las lágrimas que humedecían sus pestañas.

—Me gustaría quedarme aquí mientras les cuentas todo lo que sabes.

—Ya hemos hablado de esto, mamá. Y yo prefiero que tú no estés.

—De acuerdo. No comprendo por qué no puedes hablar delante de mí, pero si me necesitas, estaré fuera.

Trudy alargó la mano hacia su madre.

—Te quiero, mamá.

La señora Mitchell se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Yo también te quiero, cariño. Yo también te quiero.

La señora Mitchell no miró ni a Caroline ni a Sam mientras salía de la habitación. Para ella, sin duda, eran dos malvados que querían poner a su hija

en peligro. A Sam eso no lo inquietaba. Tenía la plena convicción de que la policía mantendría a salvo a Trudy.

Caroline, sin embargo, tenía sus dudas. Esperaba lo mejor, pero estaba siempre preparada para lo peor. Seguramente se lo debía a su condición de huérfana.

Trudy observó salir a su madre. Odiaba desilusionarla. Ella al principio pensaba lo mismo que su madre. Se había asustado mucho cuando la habían obligado a salirse de la carretera, no tanto por el accidente, como por el temor a que el tipo que la había embestido con la camioneta corriera colina abajo a por ella.

Se lo había imaginado arrancándole la ropa y cortándole el cuello con una navaja, como había hecho con Sally y con Ruby. La diferencia era que había intentado deshacerse de ella porque pensaba que lo había delatado.

—¿Estás preparada para ofrecernos una descripción? —preguntó Sam.

—Puedo hacer algo mejor. Puedo dar su nombre.

Capítulo 11

Trudy se enderezó en la cama.

—Siento no habértelo dicho la primera vez, Caroline, pero tenía miedo.

Su voz se convirtió en un susurro, como si temiera que el hombre que estaba a punto de nombrar pudiera oírla. Caroline comprendía perfectamente su temor.

—¿Cómo se llama, Trudy? —preguntó Sam.

—Billy Smith.

Sam dio un paso hacia la cama de Trudy.

—¿Sally estaba saliendo con Billy?

—No. Pero Billy quería salir con ella y se pasaba dos o tres días a la semana esperándola en la barra del bar.

—¿A ella le gustaba?

—Al principio no, pero él continuaba insistiendo. Comenzaron a hablar, y entonces...

Trudy se estremeció y comenzó a respirar con dificultad.

Caroline corrió hacia la cama y posó la mano en el hombro de la joven.

—¿Necesitas una enfermera?

—No —Trudy respiró hondo—. Estoy bien.

Sam le sirvió un vaso de agua y se lo tendió.

—Tómate todo el tiempo que necesites. No tenemos prisa.

Trudy asintió, pero vació el vaso rápidamente y comenzó a hablar otra vez.

—Una noche, vi a Sally y a Billy fuera del bar. Se estaban besando y Billy había deslizado la mano bajo su jersey.

—¿Sally parecía molesta?

—No, y cuando volvieron dentro del bar, estuvieron riéndose y susurrándose cosas al oído. Creo que esa noche se fue con él, pero no estoy segura.

—¿Ésa fue la noche que la asesinaron?

—No. Fue el martes de esa misma semana.

—¿Sabes si tenía una cita con él la noche que la mataron?

—Esa tarde llegó a trabajar, pero recibió una llamada. Me dijo que se

encontraba mal y se marchó antes de lo normal. Pero no parecía encontrarse mal. Creo que quedó con él y él la mató.

—¿Qué más sabes de Billy Smith?

—Es un hombre malo, detective. En serio. Y le gusta hacer sufrir a las mujeres.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque solía pasarse por el Catfish y coqueteaba conmigo. Eso fue antes de que Sally comenzara a trabajar. Estuvo persiguiéndome de la misma forma que persiguió a Sally.

—¿Y llegaste a salir con él?

Trudy desvió la mirada y se cubrió la cara con las manos. Cuando las apartó, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Una noche me metí en el coche con él.

—¿Y qué ocurrió?

—Se suponía que íbamos a dar una vuelta, pero no nos alejamos prácticamente del restaurante. A los pocos metros, aparcó entre los árboles. Yo estaba nerviosa, pero al principio no me parecía que pudiera pasar nada. Estuvimos besándonos, acariciándonos.

—¿Y por qué dices que era un hombre malo?

Trudy se pasó la mano por el pelo.

—Llevaba una petaca de whisky. Yo tomé algunos tragos, pero él bebió mucho. Entonces comenzó a acariciarme por todas partes, de forma muy brusca. Yo le dije que me estaba haciendo daño, pero no se detuvo.

—¿Qué te hizo?

—Le supliqué que se detuviera, pero no me hizo caso. Sabía que, dijera lo que dijera, no iba a detenerse. Me decía que era eso lo que yo quería. Que era lo que había pedido.

—¿Y te violó?

—Lo intentó, pero le di una patada en los genitales. Soltó un grito salvaje, me empujó fuera del coche y salió. Yo volví al restaurante en medio de la noche.

—¿Denunciaste lo ocurrido?

—No. Estaba demasiado avergonzada. Además, ¿quién iba a creer que había sido un intento de violación. Había bebido y estaba con un hombre en una carretera solitaria. Al día siguiente me dijo que si alguna vez le contaba a alguien lo ocurrido, me mataría. Y lo dijo de tal manera que lo creí. Todavía sigo creyendo que es capaz de hacerlo.

—¿Volviste a hablar con él después de la muerte de Sally?

—Vino al restaurante al día siguiente por la tarde. Yo estaba trabajando. Esperé a que no hubiera nadie más en el bar y me dijo que si le contaba algo sobre él y sobre Sally a la policía me mataría.

—Ese hombre no va a matarte —le aseguró Sam—. ¿Sabes dónde vive?

—A mí me dijo que vivía en Grantville, pero a Sally le decía que vivía en La Grange, así que supongo que mentía.

—Y la descripción que me diste —le preguntó Caroline—, ¿era correcta?

—Sí, en eso no mentí. No sé cómo pudo enterarse de que había hablado contigo, pero el caso es que se enteró.

—O, sencillamente, decidió que a la larga terminarías hablando —dijo Sam—. Es posible que planificara ese accidente para asustarte y que simplemente sea una coincidencia que ocurriera el mismo día que hablaste con Caroline.

—¿Lo viste ese día, Trudy? —preguntó Caroline—. ¿Estás segura de que fue él el que embistió contra tu coche.

—No le vi la cara. Estaba demasiado asustada intentando mantener el coche en la carretera. Pero fue algo intencionado, ¿y quién sino él podía intentar hacerme algo así?

Mientras Trudy repetía la descripción de Billy, Caroline intentaba imaginárselo. Pelo rubio, piel bronceada, estatura mediana. Complexión normal. Ninguna marca especial. Bien vestido, y voz suave.

Sam tomó algunas notas y preguntó:

—¿Qué tipo de coche conduce?

—Normalmente venía con un deportivo rojo, pero el día que me sacó de la carretera iba con una camioneta de color negro.

Sam hizo algunas preguntas más, pero o bien Trudy les había contado ya todo lo que sabía, o estaba volviendo a dejarse llevar por el miedo.

—De momento lo dejaremos aquí —dijo Sam—, y te dejaremos descansar, pero quiero que continúes pensando en lo que nos has contado. Si te acuerdas de algo más, llámame.

—Lo haré.

Caroline tomó la mano de Trudy y se la estrechó con cariño.

—Eres una mujer muy valiente.

—Gracias.

—¿Qué ha ocurrido para que hayas cambiado de opinión? —le preguntó Caroline.

—Fue ese artículo que publicaron sobre ti, en el que decían que eras

huérfana y tu madre te había dejado en un contenedor de basura. Por el tono del artículo parecía deshonesto que te hubieras cambiado el nombre, pero yo no estoy de acuerdo. Y al leerlo pensé que si tú estabas intentando ayudar a encontrar al asesino de Sally cuando habías tenido una vida tan dura, yo también debía poner algo de mi parte. Me refiero a que yo tengo unos padres que me quieren y que van a estar siempre a mi lado.

De modo que aquel artículo al final había conseguido algo que merecía la pena. Quizá incluso los llevara hasta el asesino.

A Caroline le habría gustado volver a casa y arreglarse un poco antes de reunirse con John, pero no podía llegar tarde. De hecho, incluso sobrepasó el límite de velocidad en más de una ocasión para poder llegar a la oficina tres minutos antes de la cita. A tiempo de oír el veredicto final.

Le habría encantado poder decirle a John que aquel artículo podía convertirse en un instrumento para capturar al asesino, pero en ese caso él insistiría en publicar en portada toda la verdad sobre Trudy y Caroline no pensaba hacer nada parecido hasta que el asesino estuviera entre rejas y Trudy completamente a salvo.

Era una periodista con escrúpulos. La prueba viviente de que existían.

Entró rápidamente en el despacho de John.

—Si estás buscando a John, no está aquí —le dijo Ron.

—¿Adónde ha ido?

—No lo ha dicho. Pero lo he visto irse en el coche hace una hora más o menos.

—Gracias.

Un indulto. Pero la irritaba, sobre todo después de lo mucho que había tenido que correr para llegar puntualmente a la cita. Además, le extrañaba. No era propio de John el faltar a una reunión.

Volvió a su mesa, pero no estaba de humor para trabajar. Sobre todo sin estar segura de si conservaba o no el trabajo.

Sacó su libreta y estuvo repasando las notas sobre el aspecto de Billy. Pelo rubio, piel bronceada... Nada suficientemente concreto como para conseguir una buena imagen.

Estuvo garabateando sobre un pedazo de papel y después tomó una hoja en blanco e intentó hacer un retrato.

—¿Qué estás dibujando, Caroline? ¿Al hombre de tus sueños?

Caroline alzó la mirada. Ron estaba frente a ella, con un taco de periódicos en una mano y una taza de humeante café en la otra.

—Definitivamente, no es el hombre de mis sueños —respondió.

—He leído un artículo sobre ti en una revista de chismorreos. Deberías denunciarlos por calumnias.

—Lo he pensado, pero no serviría de nada. Y además, tendría que pagar a un abogado, algo que no puedo permitirme.

—Me han dicho que John estaba que echaba humo.

—Ni siquiera sé si voy a poder conservar este trabajo —probablemente no debería estar contando eso en el periódico, pero si Ron sabía que John se había enfadado, estaba segura de que todo el mundo lo sabía.

—No te despedirá. Este tipo de polémicas ayudan a vender periódicos. El teléfono ha estado sonando durante toda la mañana. Todo el mundo quiere leer tus artículos sobre los asesinatos.

—Espero que tengas razón.

—Me sorprendió enterarme de que habías vivido en Meyers Bickham.

—¿Habías oído hablar de ese lugar?

—Cuando era niño, tenía un amigo que era de allí. Él decía que si eres capaz de vivir en Meyers Bickham, puedes vivir en cualquier parte.

—Viví allí menos de un año. Ni siquiera recuerdo cómo era. Supongo que ahora mismo ni siquiera existirá.

—No, continúa allí. Aunque supongo que terminarán derribándolo antes o después. Ahora mismo sólo es una vieja iglesia. Parece increíble que en otro tiempo fuera un hogar para niños abandonados.

Una iglesia. Escaleras oscuras. Las imágenes de sus pesadillas se abrieron paso en su mente, provocándole, como hacían siempre, un escalofrío de terror.

—Ni siquiera sabía que había una iglesia —comentó.

—Claro que había una iglesia. Con chapitel y todo. Pero de lo que más se acuerda mi amigo es de las ratas. Unas ratas enormes, grises. Todavía continúa teniéndoles un miedo mortal.

Caroline se estremeció.

—Yo también. Me horrorizo al ver incluso a un ratón.

—Lo siento. No pretendía traerte malos recuerdos.

—No te preocupes —alzó la mirada al oír voces. John había vuelto.

—Supongo que será mejor que me ponga a trabajar —dijo Ron—. John quiere que revise las máquinas.

Antes de irse, volvió a mirar el dibujo de Caroline.

—Ese tipo me resulta familiar.

—¿De verdad? ¿Y dónde crees haberlo visto?

—No lo sé, pero me resulta familiar.

Caroline sintió un miedo mortal. Eso significaba que el asesino podía haber estado allí y seguramente Ron lo había visto. Sólo era un tipo normal, un hombre guapo. Pero cruel. Que disfrutaba haciendo sufrir a las mujeres. Y matándolas.

Caroline no podía seguir pensando en ello. Tenía que ver a John y averiguar si iba a poder pagar el siguiente mes de alquiler. Además, Sam tenía un nombre. Y, muy pronto, el asesino de los parques de Prentice estaría entre rejas.

Caroline entró en el restaurante del club de campo de Prentice diez minutos después de las doce. Había un grupo de unas doce mujeres reunidas en tres mesas, la mayor parte de ellas mayores. Caroline conocía a algunas de ellas por los artículos que había escrito cuando se ocupaba de la sección de sociedad. Una vida que apenas podía recordar, aunque sólo habían pasado tres semanas desde entonces.

El resto de los clientes estaba formado por mujeres vestidas para jugar al tenis, hombres equipados con los pantalones y el polo de golf y varios ejecutivos.

No era la clase de ambiente estirado que uno se encontraba en los clubs exclusivos de las grandes ciudades, pero no podía encontrarse nada más elegante en la Georgia rural. Becky encajaba como un guante en aquel ambiente, pero Caroline no se sentía cómoda en absoluto, aunque su amiga nunca lo notara.

—¿Más champán? ¿Es que hoy también hay algo que celebrar?

—Posiblemente. ¿Qué tal te ha ido con John?

—Bueno, después de considerar cuidadosamente este asunto —dijo, imitando el tono de John—, y después de haber hablado con el jefe de policía y de haber recibido en el último momento una llamada de Sam Turner...

Becky imitó el retumbar de los tambores golpeando la cuchara contra la servilleta. Caroline soltó una carcajada.

—John se ha mostrado de acuerdo en que ese artículo lo ha exagerado todo de forma desmesurada, y como estoy haciendo un buen trabajo, no tiene ningún motivo para despedirme.

—¿Un buen trabajo? Estás haciendo un trabajo excelente. Esta mañana he

tenido a todos mis amigos llamando al periódico para suscribirse, diciendo que querían leer los reportajes de Caroline Kimberly.

—Eso explica todas las llamadas que ha recibido el periódico. ¿Pero eso significa que ninguno de tus amigos leía antes el *Prentice Times*?

—La verdad es que no mucho. Pertenece a la generación de Internet. Los periódicos son demasiado lentos. Pero hemos conseguido que conserves tu puesto. Por eso he pedido el champán —Becky le hizo un gesto al camarero, que se acercó para llenarles las copas. Brindaron—. Por tu trabajo.

—Y porque voy a poder seguir pagando mis cuentas.

—Y ahora tengo que darte una buena noticia —dijo Becky.

—Habéis retrasado la boda.

—¡Muérdete esa lengua! Esto es un secreto, así que no se te ocurra decirle a nadie una sola palabra. Por lo menos hasta que todo haya pasado.

—No diré nada. ¿Qué vas a hacer?

—Jack y yo nos vamos a fugar.

—¿Cuándo?

—No puedo decírtelo, pero será pronto.

—Pero si ayer mismo estabas planeando una gran boda. Me dijiste que yo iba a ser la dama de honor.

—Lo sé, pero no podemos esperar.

—Oh, Becky, sé que te has encaprichado con Jack, pero todo está yendo demasiado rápido. ¿Cómo puedes estar segura de que es amor lo que sientes, o que Jack esta siendo sincero contigo?

—Cuando te enamores, lo comprenderás. Alégrate por mí, Caroline.

Caroline quería alegrarse. Lo deseaba sinceramente, pero no era capaz de deshacerse del terrible presentimiento que parecía enconarse en la boca de su estómago. Quizá fuera por los asesinatos, y por Trudy, y por todas esas cosas terribles a las que tenía que enfrentarse día tras día, pero la asustaba que Becky se hubiera enamorado tan intensamente de un hombre al que apenas conocía.

Pero había dicho todo lo que podía. Cuando terminó el almuerzo, salió rápidamente de allí. No podía seguir fingiendo entusiasmo y la verdad era que tenía mucho trabajo que hacer.

Pasó la tarde en el despacho del alcalde y regresó después al periódico para escribir un artículo sobre su propuesta de aumentar el turismo promocionando las peregrinaciones de la primavera. Las peregrinaciones eran uno de los acontecimientos favoritos de Caroline, pero aquella tarde no era

capaz de dejar de pensar en Becky... Y en Sam.

El amor. Era extraño que Becky confiara tanto en algo que Caroline encontraba tan sobrecogedor e indefinible. Sabía que había algo muy especial entre Sam y ella. Desde que lo había conocido, no había sido capaz de dejar de pensar en él. Incluso cuando estaba enfadada con él, la química que había entre ellos era tan fuerte que no era capaz de pensar correctamente.

Pero después de haber hecho el amor, no sabía en qué estado estaba su relación. Sam no había dicho una sola palabra sobre sus sentimientos hacia ella. Y no había comentado que quisiera verla otra vez. Si por ella fuera, volvería a verlo esa misma noche, y al día siguiente, y al otro... Quería volver a sentir sus labios sobre los suyos. Quería estar entre sus brazos. Quería sentirlo dentro de ella.

Terminó el artículo y apagó el ordenador. Lo demás podría esperar hasta el día siguiente.

Comenzó a llamar a Sam, pero cambió de opinión. No quería parecer desesperada por verlo.

Si la echaba de menos, si quería verla aquella noche, la llamaría. Y si no...

Georgia parecía desbordada de hombres llamados Billy Smith. De todas las edades. Y colores. Y religiones. De todos los grupos sociales. Pero no había ningún Billy Smith que viviera en La Grange o en Grantville. Así que aquel hombre no sólo era un violador y un presunto asesino, sino que también era un mentiroso.

—Dios, es frustrante —dijo Matt, frotándose el cuello—. Cuando por fin conseguimos una pista decente, nos quedamos empantanados con una montaña de números de teléfono.

—Necesitamos algo más. Alguna muestra de ADN, una huella dactilar. O una fotografía de ese hombre.

—¿No dijiste que conocías a una especialista en retratos robot de San Francisco?

—Sí, y voy a ponerme en contacto con ella esta misma noche. Me gustaría que viniera para hablar con Trudy mañana mismo. Si hay alguien capaz de crear una imagen a partir de la descripción de Trudy, ésa es Josephine.

—Por lo menos esta noche no hay luna llena —dijo Matt.

—No ha vuelto a haber luna llena desde la noche que mataron a Sally.

—Tienes razón, y con luna llena o sin ella, tengo el horrible presentimiento

de que ese tipo quiere volver a actuar.

—A eso se le llama intuición.

—¿Tú también lo crees?

—Sí. A ese tipo le encanta todo el circo de los medios de comunicación y poco a poco está perdiendo audiencia.

Matt dejó escapar un suspiro.

—Y, por supuesto, es muy probable que haya mentido sobre su nombre. Podría ser cualquiera.

—Cualquiera con una navaja afilada y la costumbre de acercarla al cuello de las mujeres —Sam estaba pensando en voz alta, más que conversando.

Y, sobre todo, estaba pensando en Caroline y en la tendencia del asesino a hacerle saber que la estaba vigilando. Si los periódicos lo hubieran sabido, habrían hecho el agosto. Y hubieran puesto a ese tipo al borde del delirio.

—¿Piensas quedarte a trabajar hasta tarde? —le preguntó Matt.

—Me quedaré un rato más. Supongo que tú tendrás una tórrida cita.

—Digamos que una cita prometedora, ¿y tú? ¿Sigues saliendo con tu periodista?

—Yo no tengo a ninguna periodista —pero a pesar de sus palabras, estaba imaginándose a Caroline en ese mismo instante, alzando sus enormes ojos castaños hacia él.

Aquello no iba a funcionar. Debería apartarse de su lado. Él no era bueno para Caroline.

Esperó a que Matt se marchara para sacar la fotografía de Peg del cajón.

—Te abandoné. Te prometí que encontraría al asesino y no lo he conseguido. Y era lo menos que podía hacer por ti.

La había querido mucho, pero se había ido. Y lo único que deseaba ya Sam era que también lo abandonara la culpa.

Caroline aparcó el coche en el garaje, agarró su maletín y salió. Lo peor del invierno era llegar a casa cuando había anochecido. A ella le gustaba estar al aire libre, trabajando en el jardín o dando largos paseos por el barrio.

Las casas antiguas avivaban su curiosidad. Tenían mucha más personalidad que aquellas que parecían brotar cada noche en los barrios nuevos. Todas ellas tenían historia, y raíces. Mientras que sus únicas raíces estaban en un contenedor de basura y en Meyers Bickham.

Una vieja iglesia. Un sótano oscuro. Ratas grises. Parecía un escenario más

propio de una película de terror que un lugar para niños abandonados.

Cuando todo aquello terminara, viajaría hasta allí, para ver si de esa forma podía poner fin a sus pesadillas. Seguramente vería ese lugar de forma diferente a cuando tenía siete años.

Pero, de momento, tendría que seguir viviendo con sus miedos.

Comenzó a dirigirse hacia la puerta de atrás de su casa y de pronto se detuvo.

Había vuelto a caerse la tapa del cubo de basura. Afortunadamente, contaba con las luces exteriores que Sam había insistido en instalar en aquella zona. Levantó la tapa y volvió a colocarla sobre el cubo de plástico. Y justo en aquel momento algo se movió entre los arbustos.

El corazón pareció subírsele a la garganta para desplazarse de nuevo hasta un pecho que parecía demasiado tenso para sostenerlo.

Pero sólo era el viento.

Una vez dentro, Caroline se preparó una ensalada que comenzó a comer sentada a la mesa de la cocina. En la misma mesa en la que Sam y ella habían desayunado esa misma mañana.

Se llevó el plato al pequeño estudio que tenía en la cocina y encendió el ordenador. No iba a perder toda la noche pensando en si Sam iba a llamarla o no.

Se sentó con su plato de ensalada a medio comer y bajó el correo electrónico. Tenía veinticinco mensajes. Pero no iba a leerlos todos.

Casi sin pensar, tecleó Meyers Bickham e inició una búsqueda por Internet. Dudaba que pudiera encontrar algo, pero después de haberse enterado de que había vivido allí durante algún tiempo, le interesaba saber algo más sobre aquel lugar.

Revisó la lista de entradas y pronto encontró lo que estaba buscando: Hogar Infantil Meyers Bickham. Era un artículo escrito en mil novecientos noventa y cuatro. Lo marcó y comenzó a leer: *A la sombra del chapitel*.

Era un título extraño para un artículo sobre un orfanato. Caroline lo leyó rápidamente y volvió a leerlo otra vez, mientras los miedos familiares comenzaban a invadirla.

El orfanato estaba situado en una iglesia, en una colina de Georgia. Para una persona de fuera, era un lugar en el que los niños jugaban y corrían bajo el sol, pero para los niños que vivían en él, era un infierno regido por infinitas normas y durísimos castigos para aquél que se atrevía a quebrantarlas. Un lugar en el que eran pocas las risas y muchas las noches de invierno largas y

oscuras.

El artículo había sido escrito poco después de que el orfanato hubiera cerrado sus puertas. El autor decía que estaba basado en los recuerdos de los dos años que había pasado allí, pero todo escritor tendía a permitirse ciertas licencias. Seguramente el orfanato no era tan siniestro como lo describía.

Aun así, el amigo de Ron había dicho algo parecido. Y si de verdad era tan horrible, eso podía explicar las pesadillas que la habían perseguido durante veinte años. Una vieja iglesia. Escalones oscuros. Un bebé llorando...

Caroline estaba cada vez más triste. Se arrepentía de haber leído aquel artículo. Se acercó a la cocina, tiró el resto de la ensalada a la basura y subió al segundo piso, donde Frederick Lee evocaba un pasado mucho más hospitalario.

Abrió el armario y sacó la caja en la que había encontrado el vestido de satén. El vestido lo había colgado en su armario, pero estaba segura de que había otros muchos tesoros esperando a ser descubiertos y ayudarla a cambiar de ánimo en una noche que debería ser de celebración.

Había conseguido conservar su trabajo. Trudy estaba recuperándose y le había proporcionado a Sam una información vital para arrestar al asesino de los parques de Prentice. Y había disfrutado de una maravillosa noche de amor. Ocurriera lo que ocurriera entre Sam y ella, siempre conservaría aquel recuerdo.

En aquella ocasión, sacó una de las cajas de la parte de atrás del armario. La abrió y encontró en su interior un álbum de recortes. El tiempo había amarilleado sus páginas, pero estaban llenas de antiguos recortes de periódico. Y de una fotografía de boda. La novia estaba guapísima, vestida con un sencillo pero exquisito traje blanco salpicado de diminutas perlas.

Margie Billingham se casó con el reverendo Thomas Cleary el 18 de febrero de 1904. Y la boda se había celebrado en esa misma casa. Caroline podía imaginarse a la novia bajando las escaleras bajo la atenta mirada de su familia y amigos, mientras se dirigía a casarse con el hombre de sus sueños.

—Engendraste una gran familia, Frederick Lee

Se sentó en el sofá y hojeó el álbum, cuidando de no dañar las ajadas páginas. Bajo el álbum había un paquete de cartas, atadas con un cordel.

Sacó la primera. Era una carta de amor de Thomas. Cautivada por la dulzura de sus palabras y la intensidad de sus sentimientos, Caroline las leyó todas.

Pero en la caja había algo más, envuelto en capas y capas de papel de seda.

Caroline apartó el papel y fue tirando y tirando hasta sacar el mismísimo vestido que aparecía en la fotografía. El tiempo lo había amarilleado, pero continuaba siendo maravilloso.

Se desnudó en un tiempo récord y se puso el vestido por encima de la cabeza. Le estaba un poco estrecho en las caderas y demasiado suelto en la cintura, pero se sentía como si hubiera retrocedido hacia el pasado.

Permaneció frente al espejo. Como siempre, el cristal ondulado distorsionaba su imagen, haciéndola parecer un fantasma de otros tiempos.

Dio media vuelta y bajó con el vestido puesto las escaleras. Aquella maravilla estaba pidiendo a gritos una copa de vino. Se sirvió una copa y regresó al estudio.

Volvió a conectarse a Internet y revisó el correo. Tenía tres mensajes más. El último era de alguien a quien no conocía, pero el asunto del mensaje le llamó la atención: *Para mi dulce Daphne.*

Aquellas palabras la aterrorizaron. Podrían ser de cualquiera que hubiera leído el periódico en el que hablaban de su cambio de nombre. Debería borrar el mensaje, pero no se atrevía. Porque también podía ser del asesino. De un asesino al que, de una u otra forma, tendrían que detener.

De modo que leyó el mensaje.

Hola, Daphne:

Estoy pensando en ti, aunque no me gustó que ayer pasaras la noche con Sam Turner. Esperaba que fueras sólo para mí. Pero en realidad no me conoces todavía. Pronto lo harás. Y descubrirás lo mucho que tenemos en común. Mucho más de lo que tienes con Sam. Él no ha sufrido tanto como nosotros. Pero lo hará. Confía en mí, lo hará.

Cuídate, Daphne. El destino nos unirá.

¡Estaba loco! Aquel tipo era un auténtico depravado. ¿Qué demonios le hacía pensar que ella se podía parecer a él?

Caroline quería gritar, arrojar algo contra la pared. Pero ni siquiera podía borrar aquel repugnante mensaje. Sam querría leerlo.

Marcó inmediatamente el número de Sam. Estaba comunicando. Se apartó del ordenador, intentando alejarse todo lo posible de aquel mensaje. Salió del estudio y se dirigió a la cocina, para volver a llenar la copa de vino. Pasó a toda velocidad por la puerta del sótano, como siempre. Pero aquella vez sintió algo más que una ráfaga de aire glacial. Se oía un llanto.

Se quedó muy quieta, completamente paralizada, mientras el corazón le latía violentamente. Estaba perdida. Había dejado que un asesino peligroso la volviera completamente loca.

Pero volvió a oír el llanto. Era el llanto de un bebé. Suave, pero inconfundible. Era el llanto de sus pesadillas. Pero sus pesadillas no eran reales. Las pesadillas no podían hacerle daño, a menos que perdiera la cordura.

Y ella no iba a perderla. Rodeó el pomo de la puerta del sótano con la mano y la abrió. Intentó encender la luz, pero la bombilla parecía haberse fundido. Aun así, la luz del pasillo era suficiente para poder ver los estrechos escalones que conducían al sótano.

No vio a ningún bebé, pero algo se movió entre las sombras y volvió a gritar. La oleada de miedo que la sacudió fue más fuerte y profunda y la empujó violentamente hacia el pasado. A la oscuridad de aquel lugar sombrío en el que los niños lloraban.

«Estrechémonos las manos. Si permanecemos juntas, no nos harán daño. Y no os mováis».

Caroline permanecía quieta. Pero el bebé continuaba llorando. Y fuera lo que fuera lo que se había movido entre las sombras, cada vez estaba más cerca de ella.

Capítulo 12

Sam redujo la velocidad al pasar por delante de la casa de Caroline. Era tarde, pero las luces continuaban encendidas. Se preguntó qué diría si llamaba a su puerta a esa hora de la noche. Y, lo más importante, qué le diría él.

En realidad, sólo quería estar con ella. Y si Caroline no quería verlo, siempre podía echarlo. De modo que aparcó y corrió hacia la casa.

Llamó al timbre de la puerta y esperó. Volvió a llamar. Continuaba sin recibir respuesta, pero estaban encendidas las luces de toda la casa. Caroline tenía que estar allí.

Llamó directamente a la puerta.

—¡Caroline!

Su instinto de policía activó inmediatamente la adrenalina. Tenía las llaves de la casa de Caroline en alguna parte. Buscó en los bolsillos hasta encontrarlas y, mientras abría la puerta, volvió a llamarla.

El salón estaba vacío, pero la puerta del sótano estaba abierta. Corrió hacia ella y se detuvo bruscamente. Caroline estaba sentada en los escalones, con un vestido blanco a su alrededor y la cabeza apoyada en la barandilla.

Sam corrió hacia ella y la levantó en brazos.

—¿Sam? —preguntó Caroline, con los ojos abiertos como platos.

—Soy yo, estoy aquí, cariño.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—He decidido parar al pasar por delante de tu casa. Y tenía la llave —no había sangre y estaba hablando, aun así, parecía confundida, como si acabara de salir de un extraño trance—. ¿Qué te ha pasado, Caroline? ¿Te has caído?

—Creo que me he resbalado, pero no me acuerdo.

—¿Y qué hacías a oscuras en las escaleras del sótano?

—He oído un ruido. Parecía un bebé llorando, como el que aparece en mis pesadillas. Pero sabía que no podía ser real.

—Así que has decidido venir a comprobarlo.

—La bombilla estaba fundida.

—¿Alguna vez te has quedado en blanco de esta forma?

—No, pero creo que lo que me ha pasado es por culpa de toda esta locura.

De pronto, he empezado a tener pensamientos extraños, como si estuviera recordando algo ocurrido hace mucho tiempo. Creo que son recuerdos de cuando estuve en Meyers Bickham.

—Otra secuela de ese estúpido artículo.

—Supongo que sí. Comentaban el lugar en el que estuve y un compañero de trabajo me lo ha mencionado hoy.

Sam comenzó a subir los escalones. Pero, de pronto, sintió que Caroline se tensaba al oír algo. Algo que también había oído él, aunque nunca hubiera estado en Meyers Bickham. Dejó a Caroline en la escalera y sacó la pistola, pero cuando la sombra salió de la oscuridad, no disparó.

—Un gato —susurró Caroline—. He estado a punto de volverme loca de terror por un gato.

Caroline acariciaba al gato mientras Sam investigaba en el sótano. Se había quitado el vestido de novia para ponerse una bata de seda. El gato estaba ronroneando en su regazo, satisfecho.

—Cosita preciosa, ¿cómo has podido meterte en el sótano? No pasa nada, seguramente estabas tan asustado como yo.

—Parece que haces rápidamente amigos —comentó Sam al volver a la cocina.

—Me llevo muy bien con los animales.

—Y supongo que ese plato de leche que hay en el suelo no tiene nada que ver con eso.

—Me habría llevado bien con él de todas formas. Pero ahora me llevo todavía mejor. ¿Ya has averiguado por dónde ha entrado?

—Sí. Tienes una ventana rota.

A Caroline le dio un vuelco el corazón.

—¿La habrá roto el asesino?

—Puede haber sido cualquiera de los niños del barrio. O un vulgar ladrón.

—No te creo, Sam, y tampoco tú te crees lo que estás diciendo.

—Bueno, si ha sido Billy Smith, pronto podrás dejar de preocuparte. No tardaremos en encarcelarlo. Y mañana mismo te arreglaré el cristal.

—¿Puedo arriesgarme a preguntar cómo va la búsqueda de Billy Smith?

—Hay muchísimos Billy Smith en Georgia.

—¿Y qué pensáis hacer? ¿Investigarlos a todos hasta encontrar algo que indique quién podría ser el asesino?

—La mejor especialista en retratos robot de San Antonio llegará aquí mañana por la mañana.

—Supongo que un buen retrato puede suponer una gran diferencia.

—Sobre todo si ese tipo está fichado. Y estoy prácticamente seguro de que lo está.

—Estupendo. Porque yo estoy convencida de que en cuanto ese retrato esté circulando, podremos arrestar al asesino en menos de una hora.

—Espero que tengas razón. Y te agradecería que estuvieras mañana en el hospital cuando vaya la retratista. Trudy parece estar más relajada cuando te tiene cerca.

—Me ha tomado mucho cariño.

—Es fácil encariñarse de ti.

Pretendía que fuera un cumplido, pero eligió las palabras menos adecuadas.

—Aparentemente demasiado fácil. Esta noche ha vuelto a decírmelo.

Sam cruzó la cocina y posó las manos en sus hombros. Sabía perfectamente a quién se refería.

—¿Has podido grabarle la voz?

—Esta vez no ha sido una llamada de teléfono. Me ha enviado un correo electrónico. De todas formas es una buena pista, ¿no? Puedes intentar localizar la dirección desde la que lo ha mandado.

—Pero son muy pocas las probabilidades que hay de que esté utilizando su propia cuenta de correo. Habrá utilizado una biblioteca o un café con Internet. Pero ahora veamos ese correo.

Caroline suspiró. El gato saltó de su regazo.

Sam la siguió hasta el estudio y Caroline le mostró el mensaje. En cuanto lo leyó, Sam dio un puñetazo en la mesa.

—¿Crees que es de Billy? —le preguntó Caroline.

—Podría no ser Billy, pero es evidente que está obsesionado contigo y es obvio que te vigila. Sabe que ayer pasé la noche aquí. Probablemente sepa que estoy aquí en este momento.

Caroline posó la mano en el brazo de Sam.

—¿Crees que la ventana que han roto es suficientemente grande como para que entre un hombre?

—Si es flaco.

—¿Y un hombre de complexión normal?

—Me aseguraré de que mañana mismo vuelvan a colocar esas rejillas.

—¿Y esta noche?

Sam la tomó por la barbilla y le hizo inclinar la cabeza para mirarla a los ojos. Caroline vio preocupación en lo suyos, pero también deseo. El mismo deseo que se apoderaba de ella cuando estaba cerca de Sam.

—Si duermes con un policía —le dijo él—, siempre estarás a salvo.

—¿Estás pensando en algún policía en particular?

Sam le respondió con un beso. Caroline se derritió contra él. Adoraba sentir sus fuertes brazos a su alrededor y poder apoyarse en su sólido pecho.

Siempre estaría a salvo durmiendo con un policía.

A menos que le destrozara el corazón.

Sam estaba otra vez con ella. La estaba tocando con sus repugnantes manos de policía. Pero Caroline y él tenían un vínculo que Sam jamás podría tener con ella. Y cuando Caroline supiera quién era él, también lo comprendería. Habría una muerte más. Y después, Caroline sería suya para siempre.

Fijó la mirada en aquella vieja casona mientras la última luz se apagaba. Y odió a Sam Turner con toda su alma.

Sam se despertó abrazado a Caroline, sintiendo su cuerpo desnudo contra el suyo. Apartó lentamente el brazo y se levantó, teniendo mucho cuidado de no despertarla. Habían hecho el amor durante dos noches consecutivas. Y la segunda noche había sido tan excitante como la primera.

Sam no esperaba que las cosas sucedieran de aquel modo. Jamás se habría creído capaz de deslizarse tan fácilmente hasta aquella intimidad. Pero, en realidad, así habían sido las cosas con Peg. Él estaba metido hasta el cuello en un caso de asesinato, tan concentrado en él que ni siquiera se había dado cuenta de que se estaba acercando a una relación.

Y allí estaba otra vez, intentando resolver un caso que apenas le dejaba tiempo para respirar y durmiendo con una periodista. En su cama. Entre sus brazos.

Sam salió de la casa para ir a revisar la cerradura de la puerta del sótano. No sabía cómo se había roto la ventana, pero sí que la habían roto recientemente. En caso contrario, el sótano habría estado lleno de hojas y desechos.

Además, Sam sabía que había un coche patrulla vigilando de cerca la casa y en ningún momento había comentado que hubiera una ventana rota.

Eso significaba que era muy posible que el hombre que estaba acosando a Caroline estuviera haciendo un esfuerzo por ir más allá de las notas y llamadas. Y si hubiera podido romper completamente la ventana, podría haber sido él y no un gato el que hubiera estado esperándola en el sótano cuando Caroline se había decidido a abrir la puerta.

Aquella imagen puso en tensión todos los nervios de Sam. El estómago le ardió como si hubiera bebido puro ácido. Las respuestas tenían que estar en alguna parte. Y él sólo tenía que encontrarlas. En aquel momento, sus mayores posibilidades de éxito estaban en manos de Josephine. Y hasta entonces, tendría que mantener a Caroline a salvo.

Y tenía que intentar concentrarse. Eran los detalles insignificantes los que normalmente ayudaban a resolver un caso como aquél.

Repasó mentalmente el correo electrónico que Caroline había recibido aquella noche. Ese hombre estaba obsesionado con Caroline. Odiaba que Sam se quedara a dormir con ella y había mencionado su nombre. ¿Podría tratarse de alguien a quien Sam conocía? ¿Alguien a quien hubiera arrestado en el pasado? ¿Alguien como R.J.?

Probablemente no, pero Sam nunca descartaba ninguna posibilidad. Bebió un vaso de agua, buscó en el refrigerador y sacó un pedazo de queso. Los cuchillos estaban sobre el mostrador, en un soporte de madera. Alargó la mano hacia él, pero se detuvo al oír pasos en el pasillo.

Pero al reconocer la suavidad de las pisadas, el corazón volvió a latirle en el pecho.

—Creía que estabas dormida —dijo cuando Caroline apareció en la puerta.

—Lo estaba, pero me he despertado y te he echado de menos.

Toda la concentración de Sam desapareció. Caroline se había puesto la misma bata de seda amarilla de la noche anterior, pero en aquella ocasión la llevaba semiabierta, permitiendo vislumbrar sugerentes fragmentos de su cuerpo. La suavidad de sus senos. La tersura de su piel fundiéndose con un triángulo de vello oscuro y rizado. El queso se le cayó de las manos.

—Si tienes hambre, puedo prepararte algo.

Sam no era capaz de apartar la mirada de ella. Apenas podía hablar y, cuando lo hizo, su voz sonó grave y enronquecida por el deseo.

—Tengo hambre, pero lo que quiero ya está preparado.

—Entonces ven a la cama, Sam.

Pero la sangre de Sam estaba corriendo ya a una velocidad vertiginosa por sus venas. Todo su cuerpo temblaba con un hambre que ni siquiera le parecía

suya. La estrechó entre sus brazos y devoró sus labios mientras deslizaba la bata por sus hombros.

Hicieron el amor de pie. Caroline con la espalda apoyada contra la pared y Sam hundiéndose en ella. Fue un acto ardiente, febril, húmedo y primario. Tan salvaje que por un instante Sam pensó que el corazón iba a salirse del pecho.

Terminó tan rápido como había empezado. Aferrándose el uno al otro con la respiración convertida en una sucesión de jadeos.

Caroline enterró el rostro en el pecho de Sam.

—Vaya. No sabía que podías llegar a ser tan apasionado, detective.

—Yo tampoco, señorita periodista. Yo tampoco.

Sam supo que algo andaba mal cuando se despertó justo antes del amanecer y vio a Caroline acurrucada en una silla, al lado de la ventana. Se estiró, se levantó y se acercó a ella.

—Es muy temprano —le dijo.

—Lo sé. Pero no podía dormir y no quería despertarte.

—Sé lo difícil que tiene que estar siendo todo esto para ti.

—¿De verdad lo sabes, Sam?

—Creo que sí. No soy una mujer y no sé lo que es ser acosado por un loco, pero sé que debe de ser aterrador.

—En este momento no estaba pensando en los asesinatos.

—Si estabas pensando en tu pasado, tendrás que intentar superarlo. Tú no puedes cambiar el hecho de que tu madre fuera una irresponsable. En realidad fue ella la perdedora.

—¿Tú has olvidado tu pasado, Sam?

—Intento no pensar en cómo fue mi infancia.

—¿Pero qué me dices de Peg? ¿Todavía piensas en ella?

Sam sabía que tenía que llegar aquel momento, pero todavía no estaba preparado para enfrentarse a él. Y también sabía que le debía a Caroline una respuesta sincera.

Capítulo 13

Sam fijó la mirada en la ventana, dejando que sus pensamientos viajaran hasta la noche en la que había conocido a Peg. Ella era entonces una joven vulnerable y asustada. Suspiró lentamente, contuvo la respiración e intentó buscar las palabras adecuadas.

—Pienso en ella.

—¿Y todavía estás enamorado de ella?

Sam tenía que tener mucho cuidado en su respuesta. No quería mentirle a Caroline, pero tampoco quería mentirse a sí mismo.

—¿Qué sabes sobre Peg? —le preguntó a su vez.

—Sólo lo que me contó Matt. Que murió hace siete años. Pero tienes su fotografía en tu estudio, y ésa es la única fotografía de tu casa. ¿Era tu esposa?

—No. Vivimos juntos durante casi un año, pero no nos casamos. Ella no quería casarse. Decía que el matrimonio echaría a perder nuestra relación. Tenía muchas ideas locas como ésa.

—Pero tú la querías, a pesar de sus locas ideas.

—Sí. Peg era lo mejor que me había pasado en toda mi vida.

—¿Cómo la conociste?

—Estaba investigando un caso, trabajando durante horas y horas sin dormir, sobreviviendo a base de aspirinas y cafés. Una noche, cuando estaba siguiendo a un sospechoso por haber robado en una tienda de licores, salió de entre las sombras y me pidió que la arrestara por prostituta.

—¿Peg era prostituta?

—Sí. Tenía diecinueve años y trabajaba en la calle, pero no aparentaba más de quince. Tenía una melena rubia y unos ojos increíblemente azules. Y cuando me miró... Bueno, el caso es que no tuve corazón para arrestarla, pero comprendí que estaba asustada por algo, así que me la llevé a mi casa.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo. Yo sólo tenía treinta años, pero me sentía muchísimo más viejo que ella. Era tan vulnerable. Nunca me dijo de qué tenía miedo. Simplemente, se quedó en mi casa y me amó. Nadie me había querido como

ella me quiso.

—¿Y qué ocurrió? ¿Cómo murió?

—La asesinaron en nuestro apartamento. Yo sabía que había vuelto a estar asustada, pero pensaba que era por mí. Ignoré las señales. Dejé que la mataran. Estaba tan obsesionado por atrapar a un hombre que había asesinado a un policía que dejé que la mataran a ella.

—¿Encontraste al hombre que la mató?

—No, pero lo intenté. Me volví loco intentándolo. Y bebía noche tras noche hasta terminar completamente borracho porque no era capaz de resolver el caso. La única persona en toda mi vida que me había amado, que contaba conmigo, y yo le había fallado. Cuando ya llevaba dos años destrozando mi vida, mi jefe me dijo que dejara de dedicar todo mi tiempo a un caso que parecía irresoluble o me despediría.

—¿Y qué hiciste?

—Me fui. Regresé a Georgia. Estuve viviendo en Atlanta durante una temporada y después acepté este trabajo en Prentice. Llevo cuatro años aquí. Ahora ya lo sabes todo.

—¿Sigues culpándote de la muerte de Peg?

—Supongo que sí. No, no lo supongo, lo sé. Todavía me culpo a mí mismo. Si hubiera podido atrapar al asesino, habría sido diferente. Pero ese tipo continúa caminando por las calles, como un hombre libre.

—¿Y el hombre que había matado al policía?

—Lo agarré, pero ahora está libre. Era mi hermanastro, R.J. Blocker.

—Fin de la historia —dijo Caroline.

Pero no, aquel no era el fin. Sam se arrodilló al lado de Caroline y le tomó las manos.

—Me has preguntado que si todavía estaba enamorado de Peg.

—Y tú me has contestado, Sam. Es posible que no pretendieras hacerlo, pero lo has hecho. Ahora ya sólo quiero saber una cosa más.

—Pregúntame lo que quieras.

—¿Te recuerdo a ella? ¿Es eso lo que te atrae de mí?

—Al principio un poco, pero no es ésa la razón por la que estoy aquí.

—Es porque estoy asustada, ¿verdad? Ves en mí el mismo miedo que veías en ella y crees que tienes que protegerme. Crees que te necesito, que soy débil.

—¿Tú débil? Tú no eres débil, Caroline. Eres una superviviente. A ti nada puede destrozarte. Eres mucho más fuerte de lo que era Peg. Mucho más

fuerte que yo.

La estrechó en sus brazos. Caroline intentó apartarlo, pero él no se lo permitió. Desde el momento en el que había empezado a hablar, las cosas habían ido aclarándose en la mente de Sam. Todavía no comprendía del todo sus propios sentimientos y probablemente nunca los comprendería, pero estaba convencido de una cosa: no quería perder a Caroline.

—No estoy enamorado de Peg, pero estoy enamorado de ti. Y no creo que pueda vivir sin ti.

—Oh, Sam, ¿estás seguro? Necesito que estés muy seguro —una lágrima rodó por su mejilla.

—Estoy completamente seguro. Y no porque seas débil, o fuerte, o porque me recuerdes a alguien. Te quiero sólo porque eres tú.

—Y yo te quiero a ti, Sam. Con todo mi corazón. Nunca habría pensado que se podía llegar a querer tanto a alguien en sólo dos semanas.

—No han sido sólo dos semanas. Nos ha costado toda una vida llegar hasta este momento, llegar a conocernos el uno al otro.

La levantó en brazos y la llevó hasta la cama con la única intención de abrazarla y esperar a su lado el amanecer.

Josephine Sterling no era en absoluto como Caroline había pensado. Se había imaginado a una mujer alta, delgada, de dedos largos y ágiles. Pero se había encontrado con una mujer ligeramente gruesa, de dedos cortos y regordetes. Tenía una melena pelirroja que parecía dispararse en todas las direcciones a la vez, además de una magnífica sonrisa. Su edad podía estar entre los treinta y los cincuenta. No había manera de saberlo.

Sam hizo las presentaciones y Josephine comenzó a trabajar. En realidad no había ningún motivo para que Caroline estuviera allí, puesto que Josephine tenía una forma de relacionarse con la que había conseguido ganarse a todo el mundo.

A todo el mundo, excepto a la madre de Trudy. La señora Mitchell también se quedó en la habitación, pero no paraba de moverse. Josephine acercó una silla a la cama de Trudy y le preguntó por la cantidad de firmas que tenía en la escayola.

—Todas las enfermeras han firmado. Y también los policías.

—He visto al policía cuando venía hacia aquí. Es bastante guapo.

—Se llama Kirk. Ése es mi favorito. Y no está casado.

—Perfecto. No hay nada mejor que un policía guapo para que le haga a una compañía. Yo he tenido a uno a mi lado durante más de veinticinco años.

—¿Entonces estás casada? —le preguntó Trudy.

—Muy casada —Josephine le mostró la alianza que llevaba en el dedo—. Y tenemos tres hijas. Muy inteligentes, por cierto. Ninguna de ellas quiere ser ni policía ni artista.

Caroline estaba impresionada. Si Josephine era tan buena dibujando como ayudando a relajarse a los testigos, aquella sesión iba a dar muchos frutos.

—A partir de hoy ya no tendré guardaespaldas —comentó Trudy—. Hoy mismo me van a dar el alta.

Aquella era una noticia nueva para Caroline. Y por la expresión de Sam, también para él.

Josephine y Trudy estuvieron hablando durante unos minutos más y a continuación la pintora le pidió a la joven que iniciara la descripción.

—Vete contándome lo que recuerdas de ese hombre y yo iré dibujando.

—¿Qué es lo primero que quieres saber?

—Empieza por cualquier parte. Yo iré siguiéndote y cuando me pierda, pararé y te preguntaré por dónde tengo que seguir.

Trudy sonrió, pero volvió a tensarse otra vez. Cerró los ojos un instante y a continuación bajó la mirada hacia sus manos.

—Billy tiene una cara normal, pero es bastante guapo.

—Háblame de su pelo.

—Es rubio. Y lo lleva muy corto por detrás. El flequillo es más largo, y a veces le cae un mechón sobre la frente.

—¿No se lo fija con gomina?

—No, de hecho siempre lo lleva un poco revuelto. Aunque va muy arreglado, con ropa de marca y zapatos caros.

—¿Y sus ojos?

—Tiene los ojos azul claro. Es su rasgo más atractivo. La nariz es normal. Y también la boca, no, bueno, en realidad una de las comisuras de sus labios es más alta que la otra.

—¿Algo así? —Josephine le mostró el dibujo.

—Sí, así.

—Mira estos ojos. ¿Se parecen a los de Billy?

—No mucho. Creo que los de Billy no son tan redondos.

—¿Así está mejor?

—Se parecen más, pero no del todo. A lo mejor son las cejas las que hay

que cambiar.

—¿Las de Billy son más finas?

—En realidad no se juntan tanto en el entrecejo.

Caroline retrocedió para permanecer al lado de la señora Mitchell. Por su expresión, era evidente que necesitaba más apoyo que Trudy. Desde donde estaban, ninguna de ellas podía ver el dibujo, pero por las respuestas de Trudy, Caroline podía decir que se estaban acercando bastante a la descripción.

Era un proceso fascinante. Josephine se concentraba en una de las facciones y después empezaba con otra, y vuelta a retroceder, como si estuviera intentando reconstruir un rompecabezas en el que ella elaboraba sus propias piezas.

Llevaban cuarenta minutos de sesión cuando Trudy comenzó a asentir con vigor.

—Ése sí que se parece, Josephine, se parece mucho. Hay algo que todavía no encaja, pero no sé qué es exactamente.

Sam se acercó para poder ver el dibujo. Frunció el ceño. En realidad el dibujo no encajaba con el de ningún posible asesino. Cuando retrocedió, Caroline se acercó. Y se quedó completamente horrorizada.

—Intenta pensar, Trudy, ¿qué debería cambiar? —preguntó Josephine.

—Es la nariz —contestó Caroline, forzando su garganta seca—. En realidad es más estrecha y más corta.

Se estremeció y Sam se acercó inmediatamente a ella.

—¿Conoces a ese hombre?

Caroline asintió e intentó dominar el pánico mientras Josephine seguía dibujando.

—Es él, ¿verdad, Trudy? —preguntó Caroline. Pero no necesitaba que Trudy le respondiera con palabras. Su rostro lo decía todo.

—Lo conozco —dijo Caroline—, pero no como Billy. Para mí se llama Jack Smith. Y acaba de comprometerse con mi mejor amiga, Becky.

¡Genial! Aquello era mil veces mejor de lo que Sam esperaba. No sólo tenían un sospechoso, sino que tenían a una persona que lo conocía y que probablemente sabía dónde vivía. Por supuesto, lo sentía por la amiga de Caroline. Pero aun así era preferible que se hubiera enterado antes de la boda.

—Tengo que llamar a Becky para advertírselo —dijo Caroline mientras

bajaba con Sam hacia el coche.

—Nada de llamadas telefónicas.

—Becky no es ninguna asesina. Ella no tiene nada que ver con esto.

—No es ninguna asesina, pero es una mujer enamorada.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Digamos que puede necesitar mantenerse en todo momento al lado de su hombre. Algunas mujeres creen que tienen que ser fieles a sus parejas en todo. Es algo que también les sucede a los hombres, aunque no tan a menudo.

—Pero Becky es incapaz de hacer una cosa así.

—Nada de llamadas telefónicas —repitió Sam. Abrió la puerta de pasajeros para Caroline, rodeó el coche y se sentó tras el volante—. ¿Sabes la manera de ponerte en contacto con Billy?

—No, pero estoy segura de que Becky lo sabe.

—Entonces iremos a verla. ¿Dónde podemos encontrarla?

—Es la propietaria del Bon Appetit y normalmente está allí a esta hora de la mañana. Está en la calle Front.

—Lo sé. Matt me llevó en una ocasión. Probablemente quería ir a ver a tu amiga.

—Es una pena que no se enamorara de él.

—Es posible que se enamorara. Pero esto fue hace meses y Matt no es capaz de mantener una aventura que dure más de una semana.

—Qué gran compañero.

—Es un buen policía.

Sam continuaba dándole conversación, pero su mente estaba ocupándose de todos los detalles de lo que suponía iba a ser un rápido arresto. Quizá estuviera incumpliendo alguna ley al dejar que Caroline lo acompañara, sobre todo siendo ella periodista, pero también era amiga de Becky y era muy posible que necesitara su ayuda. Además, de esa forma no tenía que preocuparse por la posibilidad de que Jack encontrara a Caroline antes de que lo encontraran a él.

Obsesionado con Caroline. Y comprometido con su mejor amiga. Aquello no encajaba. Pero todavía no tenían nada que probara que Jack era el asesino que estaban buscando y, mucho menos, la persona que estaba atormentando a Caroline. Pero esperaba que poco a poco fueran encajando las piezas.

—¿Cuándo conociste a Jack?

—La primera vez que lo vi fue en la fiesta de cumpleaños de Becky. La misma noche que mataron a Sally.

—¿Estaba en la fiesta el día que la mataron?

—Sí, pero se fue antes de que terminara.

—¿Mucho antes?

—Como media hora antes de que John me llamara para decirme que fuera al parque Freedom.

—Media hora antes de encontrar una víctima, matarla y llamar a la televisión local. Eso es muy poco tiempo.

—Pero tiene que ser él. ¿Por qué si no iba a amenazar a Trudy para que no dijera que había estado saliendo con Sally?

—Él no estaba en el restaurante el día que pasaste por allí. De modo que sólo pudo enterarse de que habías estado con Trudy si alguien se lo dijo.

—Estaba allí. No lo vi, pero estoy segura de que estaba. Está en todas partes. No sé cómo lo hace, pero parece ver todo lo que hago.

Sam giró bruscamente para aparcar el coche cerca del restaurante.

—Creo que será mejor que hables tú. No comentes que soy policía ni nada que tenga que ver con los asesinatos hasta que podamos hablar con Becky en privado.

El Bon Appetit estaba lleno, aunque eran poco más de las diez. Caroline se acercó al mostrador.

—¿Está Becky? Quiero hablar con ella.

—No, se ha tomado el día libre. Supongo que estás al tanto de la gran noticia.

—¿Te refieres a su compromiso?

—¿A qué otra cosa iba a referirme?

—¿Sabes dónde pensaba ir Becky hoy?

—No, pero tengo la impresión de que se iba con Jack.

—¿Pero ha dicho adónde iban?

—No, ¿ocurre algo malo?

—Necesito ponerme en contacto con ella. ¿Sabes cómo puedo localizar a Jack?

—No tengo la menor idea. Puedes intentar llamar a los padres de Becky. O llamarla a ella a su casa. A lo mejor no ha salido todavía.

—Gracias. Si hablas con ella, dile que me llame. Que es muy importante.

Caroline estaba temblando cuando regresó al coche. Sam le tomó la mano y se la estrechó.

—No te precipites, Caroline. No hay ninguna razón para pensar que Becky puedas estar en peligro.

—Está con un asesino brutal y despiadado.

—Es posible. Pero al parecer ha estado con él muy a menudo. Están comprometidos.

—Sam, ayer me dijo que pensaban fugarse.

Sam gimió.

—Entonces pueden estar en cualquier parte. Háblame de sus padres.

—El padre de Becky es el doctor Scott Simpson. Es pediatra en el hospital de Prentice. Su madre no trabaja. Viven cerca del club de campo.

—Intentaremos localizar a Becky en su casa. Si está allí, dile que necesitas hablar con ella y que no se mueva hasta que llegues. No le digas los motivos por los que queremos verla.

—Pero en algún momento tendrá que enterarse, Sam.

—Jack podría estar allí. Si lo alertas, quizá se vaya.

—O le haga algún daño a Becky. Oh, Sam... Para aquí mismo. La casa no está lejos.

—De acuerdo. Pero antes de ir, llama a su madre. Si no sabe cómo localizar a Becky intenta averiguar si tiene alguna manera de ponerse en contacto con Jack. Algún número de teléfono, cualquier cosa. Y procura tranquilizarte.

Caroline estaba tan tranquila como un océano en medio de un huracán. Pero aun así, consiguió marcar el número de teléfono y mantener una conversación cuerda con la señora Simpson.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó Sam en cuanto Caroline colgó el teléfono.

—Becky no está en casa. Ha llamado a su madre hace una hora y le ha dicho que iba a pasar unos días fuera con Jack.

Sam golpeó con fuerza el volante.

—¿Y te ha dado alguna información sobre Jack?

—Al parecer vive con sus padres en Gadsden, Alabama, a dos horas de Prentice. No tiene ninguna dirección, pero su padre es el propietario de un concesionario de coches en Gadsden.

—Eso puede servirnos. Tengo que parar por la comisaría para hacer algún papeleo y hablar con la policía de Gadsden. Después te dejaré en el periódico, y no quiero que te muevas en ningún momento de allí. Después del trabajo, irá a buscarte uno de mis hombres, te llevaré a casa y estará contigo hasta que yo vuelva.

—No. Voy a ir contigo.

—Esto es un asunto de la policía.

—Y mío. ¿Tienes idea de cómo me siento al saber que una persona a la que quiero está en peligro?

—Sí —contestó con solemnidad. Alargó la mano hacia la suya—. Puedes venir conmigo, Caroline, pero yo me encargaré de todo.

—Gracias, Sam.

Albert Jackson Smith era muy conocido por la policía de Gadsden desde que tenía quince años. En aquel momento tenía veintiocho. Cuando era adolescente, lo habían arrestado por entrar en una casa y robar armas y munición. También había tenido un juicio por haber abusado de una joven de catorce años y había sido acusado en otra ocasión de matar al perro de sus vecinos.

Pero ninguno de sus delitos había sido demostrado y no había pasado más de un par de días en un centro de menores. Su padre era un hombre influyente y con mucho dinero.

Ya de adulto, había sido detenido en tres ocasiones por posesión de drogas, otras dos por desórdenes públicos y una más por lesiones. Pero tampoco había podido probarse ninguno de sus delitos. Según el policía con el que Sam había hablado, Jack era un mentiroso compulsivo y todos los testigos que tenía en su contra retiraban los cargos antes de que llegara el juicio. Sam sabía por qué.

Pero en aquella ocasión una de sus víctimas había hablado y, aunque no pudieran demostrar nada más, podrían detenerlo por intento de violación mientras investigaban los dos asesinatos.

Sam aparcó al coche frente al concesionario del padre de Jack, en la zona de los clientes.

—Ése del coche verde es nuestro hombre —dijo Sam—. Es el detective Williams, del departamento de policía de Gadsden. Ha llegado justo a tiempo.

—¿Hablará él con el padre de Jack o lo harás tú?

—Yo soy el que lleva la batuta. Él está aquí por cuestiones legales, porque esta zona está fuera de mi jurisdicción.

—¿Vas a decirle al señor Smith que quieren detener a su hijo por asesinato?

—Eso depende de cómo lo vea. La mitad del trabajo de un detective consiste en la intuición. La otra mitad en la suerte. Y hoy vamos a necesitar las dos cosas.

Jack no se parecía a su padre, decidió Caroline al ver a un hombre bajo, calvo y con una enorme barriga. Los recibió en un lujoso despacho, con una sonrisa de oreja a oreja, pero en cuanto Sam se presentó a sí mismo y le presentó al otro oficial de policía, su expresión cambió por completo.

—Estamos intentando localizar a su hijo Jack, ¿sabe dónde podemos encontrarlo?

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Quizá no haya hecho nada, pero tenemos que hacerle unas cuantas preguntas.

—¿Tienen una orden de detención?

—Sí. ¿Sabe dónde podemos localizarlo?

—Mi hijo tiene veintiocho años. No lo sigo a todas partes.

—Yo pensaba que trabajaba aquí.

—Pero ésta es su semana libre. Creo que se ha ido de vacaciones.

—¿Y no sabe dónde localizarlo?

—No tengo ni idea.

—¿Tiene teléfono móvil?

—Cuando está trabajando, usa uno de la empresa, pero no suele llevarse a casa. Dice que no le gusta estar localizable. Ya sabe cómo son los chicos a esa edad.

—A los veintiocho años no se es precisamente un chico, señor Smith.

—Tiene razón. Y haya hecho lo que haya hecho, yo no soy responsable de lo que haga mi hijo.

—Pero sí puede ser responsable de encubrimiento.

—¿De qué lo acusan?

—Sólo queremos hablar con él.

El policía de Gadsden le entregó una tarjeta.

—Cuando sepa algo de él, llámeme —como el padre de Jack no la agarraba, la dejó encima de la mesa—. Él también puede llamarme, a cualquier hora del día.

—Sólo queremos una llamada de Jack, señor Smith —dijo Sam en su tono más amenazador—. A menos que lo encontremos nosotros antes.

Albert Jackson observó marcharse a los dos arrogantes detectives y a la

mujer que los acompañaba. No lo habían conseguido engañar ni por un momento. Había reconocido a Sam Turner, lo había visto antes en la televisión y en las portadas de los periódicos de Prentice.

Jack se había metido en un problema serio en aquella ocasión. Y la verdad era que no le extrañaba. ¿Pero cometer un asesinato? No creía que su hijo hubiera sido capaz de algo así. No quería creerlo.

Y no pensaba hacerlo. Pero estaba asustado. Cerró la puerta. Necesitaba intimidad para la llamada de teléfono que iba a hacer. Se sentó tras el escritorio y marcó el número de teléfono de Jack.

Más allá de lo que hubiera hecho, continuaba siendo su hijo. Y tenía que advertirle.

Eran las cinco y media cuando Caroline regresó a la oficina. La mayoría de los periodistas habían salido, pero todavía quedaban algunos.

Sam le había sugerido que se fuera a descansar a casa, acompañada por un policía, por si Jack estaba lo suficientemente loco como para ir a buscarla. Pero Caroline estaba demasiado nerviosa para descansar y prefería mantenerse ocupada.

Se volvió hacia la pantalla del ordenador. Todavía no podía publicar nada, pero quería empezar a escribir cuando todavía tenía la noticia fresca.

Albert Jackson Smith lo tenía todo. Una familia. Dinero. Ropa cara. Un buen físico. Pero algo degeneró en su cerebro, hasta hacerle incapaz de diferenciar el bien y el mal. Y en ese estado de depravación, acabó con la vida de dos mujeres.

En aquel momento sonó su teléfono móvil. El número de teléfono que aparecía en el identificador de llamadas era el de Becky. Con el corazón en la garganta, Caroline presionó el botón para atender la llamada.

—Becky, ¿dónde estás?

—Becky está conmigo y, si quieres volver a verla viva, será mejor que escuches.

Capítulo 14

—Jack, ¿dónde estás? ¿Dónde está Becky?

—He dicho que escuches, no que preguntes.

—La policía lo sabe todo. No puedes seguir con esto, tienes que entregarte.

—Lo único que sabe la policía es lo que les ha contado esa mentirosa del Catfish Shack.

—Entonces no le hagas ningún daño a Becky. Llama a la policía y cuéntales la verdad.

—Eso sería mucho más fácil si tú y tu amigo el detective no estuvierais intentando endilgarme dos asesinatos.

—Le dijiste a Trudy que te llamabas Billy y la amenazaste.

—Sí, lo hice. Y ella misma se cavó su propia fosa, porque tiene la boca muy grande y yo sabía que antes o después terminaría hablando. Pero yo no he matado a nadie.

Caroline no le creía, pero, si se lo decía, lo único que conseguiría sería poner a Becky en peligro.

—Nadie pretende cargarte nada, pero la policía necesita oír tu versión de los hechos.

—Oh, sí. Lo único que la policía quiere es saber la verdad y ayudar a tipos como yo.

—Lo harán si eres inocente.

—Nadie es inocente, Caroline. Y menos la repugnante policía.

—¿Dónde está Becky?

—Está conmigo.

—Déjame hablar con ella.

—Para eso te he llamado, cariño, para que hables con ella. Y habéis sido vosotros los que habéis empezado todo esto al ir a ver a mi padre.

—Nadie le ha dicho nada de esos dos asesinatos a tu padre, te lo juro.

—Pero él no es ningún estúpido.

—¿Qué quieres que le diga a Becky?

—Que sabes que la policía está intentando endilgarme los dos asesinatos porque esa estúpida del Catfish Shack dijo que yo había salido con Sally

Martin. Dile a Becky que se escape conmigo. Y será mejor que la convenzas. Porque si no, la mataré. Pero no perderé el tiempo buscando un parque en el que rebanarle el cuello. Le meteré tantos tiros que terminará pareciendo un queso holandés.

—Huye tú, Jack, pero no te lles a Becky contigo. Tendrás más oportunidades de escapar si lo haces solo.

—Pero seré mucho más pobre.

—Así que en realidad no estás enamorado de ella, sino de su dinero.

—Caroline, eres una mujer muy inteligente. Sigue así. Y convéncela de que se venga conmigo. Si me causa problemas, la mataré.

—Pónmela al teléfono, Jack.

—De acuerdo. No cuelgues.

Tenía que haber alguna forma de manejar la situación, de hacerle saber a Becky lo que estaba ocurriendo y al mismo tiempo mantenerla a salvo. Pero Caroline sólo era capaz de pensar en Sally y en Rudy.

—Hola, Caroline.

Caroline exhaló lentamente, intentando dominar el pánico y pensar algo que decir.

—¿Estás bien?

—No, estoy asustada. Me gustaría irme a casa, pero Jack me suplica que me vaya con él.

—¿Adónde?

—No lo sé. Nos iremos en avión, fuera del país. Me ha dicho que dos policías han ido a buscarlo y cree que quieren acusarlo de la muerte de esas dos mujeres de Prentice. Él no lo hizo, Caroline, lo sé, pero teme que la policía no le crea.

—¿Y el padre de Jack que cree que debería hacer?

—Entregarse. Yo también lo creo, pero tiene miedo de que lo condenen injustamente porque ha sido detenido en alguna ocasión por consumo de drogas. Yo le he dicho que puedo pagarle el mejor de los abogados, pero está asustado, Caroline. Y no sé qué hacer.

Caroline sabía que si Becky se montaba con Jack en un avión, no volvería a verla jamás. Jack encontraría la manera de hacerle transferir toda su herencia a su nombre y después la mataría. Pero si intentaba dejarlo en aquel momento, la mataría mucho antes.

Ojalá estuviera Sam allí. Él sabría qué hacer.

—Creo que Jack tiene razón. Vete con él, Becky, pero dudo que podáis

encontrar algún vuelo esta noche. Es muy tarde.

—Ya lo hemos encontrado, pero es...

—¿Pensáis salir esta noche?

—No, no, me he equivocado. Esta noche no hay ningún vuelo. Eh... no vamos a dejar el país.

Estaba mintiendo. Jack debía haberle dicho algo para que cambiara su versión.

—Tengo que irme Caroline, pero gracias. Sabía que podía contar contigo.

—Ten cuidado, Becky. Y sigue en contacto conmigo.

—Lo haré.

Y eso fue todo. Caroline marcó el número de Sam, rezando para que descolgara cuanto antes el teléfono.

Sam contestó al segundo timbrado.

El asesino de los parques de Prentice estaba sentado en su estudio. Un estudio desde el que se veía la sede del *Prentice Times*. Era un apartamento viejo y húmedo y los muebles y las cortinas apestaban a humo.

Pero por la vista merecía la pena conservarlo.

Tanto desde el estudio como desde la ventana de la cocina podía saber si el coche de Caroline estaba o no en el aparcamiento. A veces incluso la veía cuando se marchaba. Y si usaba los prismáticos, podía distinguir incluso sus facciones. Sus largas piernas. La plenitud de sus senos. Y sus labios seductores.

Pero la verdad era que no le había prestado mucha atención hasta que aquella noche se había presentado en el parque con el vestido rojo. Estaba deseando verla con él otra vez. Y lo haría. Le pediría que se lo pusiera cuando fueran a matar a su próxima víctima.

Después, harían el amor. Y entonces Caroline comprendería que él era el hombre con el que debería haber estado siempre. Pero había cometido un error. Se había acostado con Sam Turner. Y eso significaba que tendría que morir.

Después de hablar con Sam, Caroline volvió al documento en el que había estado trabajando antes de que Jack llamara. Sam había dado orden de vigilar todos los aeropuertos de Alabama y las ciudades cercanas. Había intentado

asegurarle a Caroline que sería prácticamente imposible que Jack y Becky tomaran un avión con aquellas medidas de seguridad.

Eso debería haberle hecho sentirse mucho mejor. Pero no lo hizo. Jack estaba delante de Becky, escuchando todo lo que Becky decía. Y si pensaba tomar un avión, quizá a esas alturas hubiera cambiado de planes.

¿Qué podría hacer entonces?

¿Ir por carretera hasta Canadá? ¿Hasta México? Eran dos viajes muy largos que multiplicaban las posibilidades de ser interceptados por la policía. ¿Pero cómo iban a poder salir del país sin tener que soportar las medidas de seguridad del aeropuerto? Por supuesto, no en un avión comercial.

—¡Sí!

Llamó inmediatamente a Sam.

—Un avión alquilado. Seguro que salen del país en un avión alquilado. Para eso no hacen falta pasaportes. Probablemente ni siquiera tengan que identificarse si llevan suficiente dinero.

—¿Es posible que Becky lleve tanto dinero encima?

—No lo sé. Pero es posible, si pensaban fugarse. Es inmensamente rica, Sam. Ésa es la razón por la que Jack la eligió.

—Y tú, mi guapísima periodista, eres un genio. Volveré a ponerme en contacto contigo.

Caroline rezaba para que lo hiciera pronto. Fue a prepararse un café. Necesitaba cafeína para estar alerta en el caso de que Jack o Becky volvieran a llamarla.

Jack Smith. Había matado a dos mujeres, y, temiendo que Trudy pudiera relacionarlo con la primera víctima, había intentado matarla también a ella. Caroline no sabía de qué manera encajaba la segunda víctima, era imposible saber a cuántas mujeres había enredado en su red.

Pero después había conocido a Becky. Y su dinero se había convertido en una tentación imposible de resistir.

—Esta noche te has quedado hasta muy tarde.

—Me has asustado —dijo Caroline. Se volvió y descubrió a Ron en el marco de la puerta, detrás de ella—. No te he oído llegar.

—Estos zapatos son muy silenciosos —le explicó Ron, alzando el pie para mostrarle la suela de goma—. ¿Qué le pasa a la periodista más guapa del *Prentice Times*?

—Ten cuidado. Después del día que he tenido hoy, esos halagos podrían llevarte a cualquier parte.

—Lo dudo. Pero me conformaré con una taza de café.

Caroline se alegraba de poder compartir aquel café, pero estaba demasiado nerviosa para mantener una conversación con Ron. Los minutos continuaban pasando y no era capaz de pensar en otra cosa que en Becky.

—Hoy he hablado con mi amigo —le dijo Ron—, con ese que estuvo en Meyers Bickham. Le he hablado de ti.

—¿Qué le has dicho?

—Que tú también viviste allí. Que tu madre tampoco te quería y te dejó en un cubo de basura.

Caroline no estaba en condiciones de soportar una conversación como aquella.

—Me encantaría poder seguir hablando contigo, Ron, pero estoy muy ocupada. Tengo que terminar de escribir un artículo.

—¿Tu amigo el detective ya ha encontrado al hombre que asesinó a esas dos mujeres?

Su amigo el detective. ¿Habría alguna parcela de su vida que no sirviera para alimentar los cotilleos de la oficina?

—No ha arrestado a nadie todavía.

—Espero que lo agarren pronto. Si no, volverá a matar otra vez. Los hombres como él siempre lo hacen.

Y Caroline no tenía ninguna gana de pensar en ello. Tomó su taza y regresó a su mesa. Pero no escribió una palabra más. Tenía los nervios demasiado destrozados para pensar.

De hecho, estaba harta de continuar en la oficina. Y no tenía ningún motivo para esperar a que Sam o alguno de sus hombres fueran a buscarla. El asesino estaba en alguna parte, a punto de subir a un avión. Y si se lo pedía a Ron, estaba segura de que la llevaría a casa.

Se enderezó y metió algunas cosas en su maletín. Y estaba a punto de ir a buscar a Ron cuando Sam la llamó.

—Ya los tenemos.

—¿Becky está bien?

—Sí, solamente un poco nerviosa.

—¿Dónde estaban?

—En un pequeño aeródromo, al norte de Georgia, casi en Chattanooga. Habían alquilado un avión para volar a Cancún.

—Gracias a Dios.

—Y gracias a tu rapidez mental.

—Probablemente se te habría ocurrido a ti. Pero eres demasiado amable como para no concederme el mérito.

—Somos un equipo. Periodista y detective.

—¿Jack ya está en manos de la policía?

—Tanto Becky como Jack están en manos de la policía, de camino hacia Prentice.

—Pero Becky no está arrestada, ¿verdad?

—No. La soltarán en cuanto lleguen.

—Oh, Sam, te quiero.

—Continúa pensando en ello hasta que nos veamos.

—¿Y eso será pronto?

—Me temo que no podremos vernos hasta dentro de unas horas. Tengo que ocuparme de todo el papeleo de la operación, y quiero estar aquí cuando traigan a Jack.

—¿Alguien ha avisado a los padres de Becky?

—La propia Becky los ha llamado desde el coche patrulla. Probablemente también te llamará a ti.

—Estoy deseando hablar con ella.

—Dime cuándo piensas salir del periódico para que mande a uno de mis hombres a buscarte.

—Supongo que me quedaré hasta tarde. Estoy a punto de escribir el mejor reportaje de mi carrera.

—No vayas tan rápido. Legalmente, sólo hemos detenido a Jack para interrogarlo.

—¿Y después qué? ¿Pensáis soltarlo?

—No. Puedo retenerlo durante veinticuatro horas sin que esté detenido. Después, si no tengo pruebas suficientes para acusarlo de asesinato, puedo dejarle dentro por el intento de violación de Trudy, si es que ella está dispuesta a denunciarlo.

—No me lo puedo creer. ¡Pero si tú sabes que es culpable!

—Así es cómo funciona el sistema, Caroline.

—Pues no me gusta cómo funciona.

—Entonces intenta cambiarlo, pequeña. La pluma es más poderosa que la espada.

Muy bien. De modo que no podía informar de que habían detenido a un sospechoso de haber cometido los asesinatos. Pero por lo menos podría contar que habían detenido a un sospechoso para interrogarlo.

Cuando Becky la llamó varios minutos después, Caroline gritó de alegría. Con tanta fuerza que los periodistas que estaban en la parte de atrás de la oficina corrieron para ver lo que ocurría.

Era una celebración. Becky estaba a salvo y volviendo a casa.

Una hora después, Caroline terminó el artículo y se lo llevó a John. Éste lo leyó y, por una sola vez, no hizo ninguna sugerencia para mejorarlo.

—Un magnífico trabajo.

—Gracias.

—¿Alguien ha visto por aquí a Ron? Iba a pedirle que me llevara a casa.

—Llévate mi coche —le ofreció John—. Déjalo aparcado enfrente de tu casa y le diré a alguien que me acerque hasta allí cuando salga —sacó las llaves del coche y se las tendió.

—¿Estás seguro de que no te importa?

—Después de las dos semanas que llevas, no. Vete a casa y descansa. Te lo mereces.

Elaine Mitchell se despertó y miró el reloj. Era la una menos cinco de la madrugada. Desde que Trudy había tenido aquel accidente, se despertaba a todas horas, y normalmente con dificultades para respirar. Aquella noche era diferente, gracias a la llamada que le había hecho un par de horas atrás el detective Turner. El hombre que había intentado matar a Trudy estaba detenido. La pesadilla había terminado. Su niña estaba a salvo.

Aunque en realidad ya no era una niña, sino una mujer fuerte y valiente.

La casa estaba en silencio. Brad roncaba a su lado. Y Trudy estaba a salvo en su dormitorio, al final del pasillo. Ella debería volver a dormirse, pero todavía le resultaba imposible.

Moviéndose sigilosamente, se levantó de la cama y recorrió el pasillo de puntillas, como hacía todas las noches cuando Trudy era pequeña.

Siempre la había tranquilizado verla dormir.

Aquella noche, la puerta de la habitación de Trudy estaba cerrada. Elaine giró el picaporte y la abrió. No quería despertarla, pero era su primera noche en casa después de los días en el hospital y quería asegurarse de que estaba durmiendo.

La cama estaba vacía.

Estuvo a punto de gritar, pero se obligó a mantener el control. No había ocurrido nada malo. Trudy estaba en casa. Habría ido al baño. O a comer algo a la cocina. Quizá estuviera en el jardín, mirando las estrellas, como había hecho muchas noches durante aquel año en el que vivía fascinada por la astronomía.

Pero mientras intentaba evocar escenarios seguros, Elaine fijó la mirada en la ventana abierta del dormitorio. Y cuando encendió la luz, vio la sangre que empapaba la almohada.

Caroline se despertó al oír el timbre de la puerta. Miró el reloj. La una y diez. Debía de ser Sam, aunque la sorprendía que no hubiera utilizado la llave. No se molestó en ponerse la bata. Se levantó de la cama y salió descalza al pasillo.

Miró por la mirilla, pero el hombre que estaba al otro lado de la puerta no era Sam.

¿Qué podía querer Ron a esas horas de la noche? A lo mejor había habido algún problema con el coche de John. Quizá se había dejado las luces encendidas y se había gastado la batería.

—Espera un momento —dijo, y corrió al dormitorio para ponerse la bata. Un minuto después, abrió la puerta.

—¿He hecho alguna tontería?

—Sí, Caroline. Una gran tontería —Ron dio un paso al interior de la casa.

—He dejado la llave debajo de la alfombrilla de la puerta.

—¿Qué?

—La llave del coche de John. La he dejado debajo de la alfombrilla, así que sé que ése no es el problema. ¿Está teniendo problemas para arrancar?

—No he venido aquí por el coche de John.

Hubo algo en la voz de Ron y en su forma de mirarla que puso a Caroline en alerta.

—¿Entonces por qué has venido?

—Para verte. ¿O estabas esperando a alguien? ¿A Sam Turner, quizá?

Empleaba un tono acusador. Y la aprensión de Caroline se convirtió en pánico. Aquél no era el compañero amable con el que estaba acostumbrada a hablar en el periódico.

—¿Has estado bebiendo, Ron? Es demasiado tarde para que estés aquí. Tienes que irte.

—Pero yo todavía no quiero irme. Estaba pensando en que te pusieras ese vestido rojo que llevaste a mi primera fiesta. Me gustaba cómo te quedaba.

El miedo era tan intenso que Caroline no podía respirar. No podía pensar. Apenas podía hablar.

—Has sido tú, ¿verdad, Ron? Has sido tú el que ha matado a Sally y a Ruby.

—Sabía que lo comprenderías, Caroline. Tú y yo somos iguales. Los dos estuvimos allí, con esas ratas y esa gente que nos castigaba incluso cuando intentábamos portarnos bien.

Meyers Bickham. Estaba hablando del orfanato.

—Entonces no era tu amigo el que estuvo allí, eras tú.

—Ponte ese vestido, Caroline. Tenemos que darnos prisa. Trudy nos está esperando.

No. Aquello no podía ser. Jack era el asesino. Y Trudy ni siquiera conocía a Ron. No podía estar con él.

—El vestido, Caroline.

—No puedes hacer esto, Ron. Acabo de hablar con Sam —mintió—. Viene hacia aquí.

—Un motivo más para que te des prisa.

Caroline vio entonces la pistola. Y comenzó a correr hacia las escaleras. Pero Ron fue más rápido que ella. La agarró del brazo y tiró de ella. Caroline sólo vio la culata de la pistola. Y después sintió el calor de la sangre. Las últimas palabras que oyó antes de comenzar a caer por las escaleras fueron «vestido rojo».

Capítulo 15

Sam se dirigía hacia la casa de los Mitchell cuando recibió la llamada del policía que había estado patrullando la zona.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó inmediatamente.

—La ventana del dormitorio parece haber sido forzada desde fuera. Y hay huellas recientes en la parte de atrás de la casa.

—De modo que el tipo ha aparcado allí y ha ido directamente a buscarla.

—Sí, también hay huellas de neumáticos cerca de la casa. De un vehículo grande. Probablemente una furgoneta o una camioneta.

—Es posible que tenga que volver a enviarte al escenario del crimen.

—Como quieras, siempre y cuando no tenga que volver a tratar con los familiares de la víctima.

—Supongo que estarán muy afectados.

—La señora Mitchell está histérica. Y su marido lívido. Al parecer, había desconectado la alarma de su casa antes de salir a pasear al perro y no había vuelto a conectarla. Te culpa de todo a ti. Dice que los llamaste para decirles que el tipo que había amenazado a su hija estaba encarcelado.

Un error. Y esperaba que no fuera fatal. Pero Jack Smith había admitido que había embestido al coche de Trudy. Y también que había amenazado con matarla si lo implicaba en los asesinatos.

—Y otra cosa —añadió el policía.

—Dispara.

—No hay muchas huellas, pero parece que el tipo podría haber llevado un peso encima durante una parte del camino. Un peso que después ha arrastrado.

—Y que podría ser un cadáver.

—Eso es lo que yo he supuesto.

—En tres minutos estaré allí.

—Entonces llegarás justo después que Matt.

Sam pisó el acelerador y giró en la siguiente esquina. Los Mitchell no habían querido que custodiara su casa un policía. El señor Mitchell era cazador, tenía la casa llena de armas y había insistido en que sabía cuidarse

solo.

La policía no le había dicho que iban a vigilar su casa de cualquier modo. Una vigilancia que se había suspendido dos horas atrás.

Antes de la muerte de Sally, Prentice era una ciudad tranquila. Y era imposible que toda la población hubiera cambiado de repente. Un hecho como la desaparición de Trudy tenía que estar relacionado con el asesino. Con aquel monstruo obsesionado con Caroline.

Sam llamó al periódico. El teléfono sonó una docena de veces antes de que contestaran. Sam se identificó y preguntó por Caroline.

—Se ha ido a casa hace una hora, detective.

—¿Cómo se ha ido de allí?

—Se ha llevado mi coche.

—Gracias. Llamaré a su casa.

Y llamó. Pero después de seis timbrazos, se conectó el contestador. Nada especialmente preocupante. Era tarde. Probablemente Caroline estaba dormida. Pero aun así no podía desprenderse de su inquietud.

Volvió a llamar. No contestó. Sam giró el coche en una intersección. Matt iba a tener que manejar solo a los Mitchell hasta que él estuviera seguro de que Caroline estaba a salvo.

—No me gusta estar aquí abajo —dijo Daphne.

Sara le tomó la mano.

—No tengas miedo. Es muy emocionante. Como una aventura.

—Mientras no nos encuentren —advirtió Jessica—. Si nos encuentran fuera de la cama, vamos a tener problemas.

—¿Qué es ese ruido?

—Seguramente una rata. Hay ratas por todas partes. Pero ellas también nos tienen miedo —Sara siempre era la más valiente.

—Seguro que no tanto miedo como yo.

—Deberían dejarnos tener un gato.

—Sí, claro, como que nos van a dejar tener una mascota.

—Yo quiero vivir con una familia, en vez de en este viejo caserón —se lamentó Daphne—. Así podría tener una mascota.

—Pero entonces no podrías estar con tus mejores amigas, porque no estarías aquí.

—Sí, claro.

—Juguemos a algo.

—¿A qué podemos jugar si lo único que tenemos es una linterna?

—Juguemos a los deseos.

—Me gustaría ir a Disney World —dijo Jessica—. Y vivir en el castillo de Cenicienta.

—Pero tendrías que besar al príncipe. ¡Qué asco! —dijo Sarah.

Rieron las tres. En realidad aquello ya no daba ningún miedo, pensó Daphne. Era divertido. Le gustaba tener dos buenas amigas.

—A mí me gustaría tener una casa y una familia con abuelos, tíos, primos y montones de personas con las que jugar.

—Espera un momento. He vuelto a oír un ruido —dijo Jessica—. Y no es una rata.

—Yo también lo he oído.

—Es un bebé. El fantasma de un bebé.

Ninguna de ellas rió en aquella ocasión. El llanto parecía proceder del interior de la pared.

—Estrechémonos las manos —dijo Sara—. Apretaos muy fuerte. Si permanecemos juntas, no nos harán daño. Los fantasmas no pueden romper los círculos de la amistad.

Se estrecharon las manos con fuerza, pero el bebé continuaba llorando. Y no parecía un fantasma en absoluto.

—Creo que eso es lo que pasa cuando te portas mal. Como cuando bajas al sótano después de que apaguen la luz. Te entierran en la pared y no puedes volver a salir nunca.

—Quiero ir a mi habitación —dijo Daphne—. No quiero que me entierren en una pared.

Sin soltarse las manos, subieron las escaleras frías y oscuras. Y el bebé continuaba llorando.

Caroline se despertó muy lentamente, con la visión borrosa. En su mente fluían recuerdos extraños. Era pequeña y estaba jugando con sus amigas en un sótano frío y oscuro. Se había dormido y aquélla era la pesadilla de siempre, pero nunca la había recordado tan claramente.

Intentó concentrarse en aquella parte de su pasado. No en las escaleras oscuras ni en el llanto del bebé. Sino en las partes buenas. Como en el hecho de estar con sus amigas.

—No tardaré.

La voz de Ron irrumpió en la oscura niebla que poblaba su mente y recordó que se encontraba en una nueva pesadilla. Intentó sentarse, pero no podía moverse. Tenía las manos y los pies atados. La cuerda le arañaba la piel. Llevaba el vestido rojo, aunque no recordaba habérselo puesto. De hecho, lo último que recordaba era el golpe en la cabeza.

Debía haber perdido el conocimiento. Y seguramente Ron la había vestido. La había tocado. El estómago se le revolvió al pensar en ello.

Pero no podía entregarse al miedo. Tenía que utilizar toda su energía física y mental para escapar. ¿Pero dónde estaba? Miró a su alrededor. Lo único que podía ver con claridad era la cabeza de Ron. Y las paredes.

Una camioneta. Estaba en el interior de una camioneta. Y viajando a toda velocidad.

—Caroline.

Había alguien con ella.

—Caroline, soy yo, Trudy.

—Cerrad la boca o hablad de manera que pueda oíros. No me gustan los susurros.

—¿Trudy Mitchell?

—Sí. ¿Quién es ese hombre, Caroline? ¿Y adónde nos lleva?

—Trabaja en el periódico —y nada de aquello tenía sentido—. ¿Cómo has llegado a mezclarte con él? —Caroline mantenía la voz baja, a pesar de las órdenes de Ron.

—Entró en mi dormitorio cuando estaba dormida. Me amenazó con un cuchillo. Me dijo que me cortaría el cuello si gritaba. De hecho, me cortó un poco. Sentí la sangre rodando por mi cuello y luego me dio un golpe en la cabeza con algo que parecía un martillo.

—Probablemente con la misma pistola con la que me golpeó a mí —susurró Caroline en respuesta—. Oye, ¿habías visto a Ron por el Catfish Shack?

—No. No lo había visto nunca, pero va a matarme —Trudy comenzó a llorar.

—No te matará.

—Sí, lo hará. Va a matarme porque ha leído lo que escribiste sobre mí y dice que soy una fulana. Pero no es verdad.

—No, y yo tampoco he dicho nunca que lo fueras, Trudy. Este hombre tiene una mente perversa y degenerada.

Y no iba a permitir que acabara con ellas. No, ella era una superviviente. Sam se lo había dicho. Y no podía renunciar, sobre todo en un momento en el que tenía tantas cosas por las que vivir. Por primera vez en su vida, amaba a alguien que la amaba. A una persona valiente, fuerte y buena. Y sabía que si tuviera la forma de hacerle saber dónde estaban, Sam haría cualquier cosa para detener a Ron.

Pero Sam no estaba allí. Y tendría que arreglárselas sola.

La cabeza le latía dolorosamente. Le costaba respirar e incluso le resultaba difícil tragar saliva. Se humedeció los labios reseco con la lengua y se obligó a interactuar con aquel monstruo.

—¿Adónde nos llevas, Ron?

—A nuestra casa. Tenemos que estar juntos, Daphne, tú y yo.

—Y estamos juntos. Por eso no entiendo por qué me has dejado atada en la parte de atrás de la camioneta.

—Porque lo estropeaste todo cuando empezaste a acostarte con Sam Turner.

Caroline tenía que obligarlo a seguir hablando. Era la mejor forma de saber lo que se proponía.

—Yo no quería acostarme con él, Ron. Me obligó. Es a ti a quien he deseado durante todo este tiempo. Sólo a ti.

Sus propias palabras le producían náuseas, pero tenía que luchar para conservar la vida. La suya y la de Trudy. Y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para poder volver a encontrarse en los brazos de Sam.

Cualquier cosa. El miedo y la repugnancia crecían en su interior y las lágrimas poblaban sus ojos.

«Oh, Sam. Te quiero tanto. Espero que lo sepas. Espero que no lo olvides nunca».

La puerta de la casa de Caroline estaba abierta de par en par cuando Sam llegó, y la mesa del vestíbulo estaba boca arriba. Había fragmentos de cristal por el suelo.

La adrenalina corrió por las venas de Sam como el agua a través de las compuertas abiertas de una presa. Sam corrió al interior de la casa y buscó por todos los rincones.

La casa estaba vacía.

Caroline había desaparecido y no sabía dónde buscarla. Corrió de nuevo al

salón y se detuvo frente a la chimenea. Se sentía como si alguien hubiera hundido el puño en su pecho y le hubiera arrancado el corazón.

Era lo mismo que había sentido cuando había vuelto a casa del trabajo y había descubierto el cadáver de Peg en el suelo, con una bala atravesándole la cabeza. No esperaba volver a sentir nunca tanto dolor. Pero se equivocaba.

La noche anterior, cuando estaba hablando de Peg, había comprendido que quería profundamente a Caroline. Pero en aquel momento no era consciente de la intensidad de sus sentimientos. Sin embargo, en aquel instante, de pie en el mismo lugar en el que habían hecho el amor la primera noche y sabiendo que Caroline estaba a merced de un loco, fue consciente de que no quería vivir sin ella.

Tenía que encontrarla. Tenía que haber una pista. Siempre la había. Y buscaría hasta encontrarla.

Con firme determinación, entró en el estudio de Caroline y encendió el ordenador. Revisó todos sus mensajes de correo para buscar el de su acosador. Lo leyó lentamente, aunque el corazón continuaba latándole violentamente en el pecho.

Hola, Daphne.

Estoy pensando en ti, aunque no me gustó que ayer pasaras la noche con Sam Turner. Esperaba que fueras sólo para mí. Pero, en realidad, no me conoces todavía. Pronto lo harás. Y descubrirás lo mucho que tenemos en común. Mucho más de lo que tienes con Sam. Él no ha sufrido tanto como nosotros. Pero lo hará.

Cuídate, Daphne. El destino nos unirá.

Sam imprimió el mensaje y lo leyó otra vez.

Aquél era el asesino en serie que buscaban y no Jack. Jack era un hombre mezquino y grosero. Pero no era como ese tipo. Ese tipo era un depravado.

Sam releyó el mensaje. Era extraño, pero se sentía arrastrado hacia las escaleras, como si hubiera algo allí que necesitara ver. O quizá sólo fuera que sabía que aquélla era la parte de la casa preferida de Caroline.

Con la copia en la mano, subió las escaleras. Se sentó en el sofá e intentó descifrar el mensaje.

Era obvio que aquel hombre estaba molesto porque Caroline había estado con él. Específicamente con él, no con ningún otro hombre.

Y hablaba de algo que Caroline y él tenían en común. ¿Sería un periodista?

Pero eso no tenía nada que ver con el sufrimiento. Y aquel tipo parecía deleitarse en llamar a Caroline Daphne.

Sam alzó la mirada de la nota y la fijó en el retrato de Frederick Lee Billingham.

—Tú has visto a mucha gente subir y bajar por estas escaleras durante años, Frederick. Has visto a montones de madres dando a luz y cuidando a sus hijos. Dime lo que sabes, estás aquí todas las noches. Seguro que conoces muy bien a Caroline.

Frederick continuaba mirándolo desde su retrato, y parecía estar suplicándole con la mirada que averiguara lo que estaba pasando. Las madres amamantaban a sus hijos. Y probablemente muchas lo habían hecho en aquella casa. Pero eso era algo de lo que Caroline no había podido disfrutar. Su madre la había dejado en un cubo de basura. ¿Sería también huérfano aquel lunático?

Era posible, sí. Por lo menos eso podía tener relación con el sufrimiento del que le hablaba a Caroline. Y también con el hecho de que utilizara el nombre que le habían puesto a Caroline en el orfanato. Quizá hubieran vivido en el mismo orfanato. Sí, quizá ese fuera el vínculo que había entre ellos.

Pero, obviamente, no podía ser en El Hogar para Niñas Grace. Quizá fuera en Meyers Bickham.

Meyers Bickham, el orfanato que parecía salido directamente del infierno. Eso era lo que había dicho R.J. de aquel lugar. Él lo había odiado con toda su pasión, y había odiado a Sam porque él había vivido en un hogar que R.J. pensaba debería haber sido el suyo. Por miserable que fuera.

R.J. Blocker. En libertad. Un hombre sin conciencia. ¿Pero suficientemente peligroso como para matar a alguien inocente?

La respuesta a aquella pregunta era un sí.

A ello había que añadir el hecho de que el odio que R.J. sentía por Sam debía haberse hecho más fuerte en prisión.

Tanto las pruebas como su intuición señalaban a R.J. Una combinación que casi nunca fallaba.

En ese momento R.J. tenía a Caroline en su poder. Sam salió de la casa con una sola cosa en mente: tenía que encontrar a la mujer que amaba antes de que fuera demasiado tarde.

R.J. aminoró la marcha y sacó la camioneta de la carretera. Bajó del

vehículo, lo rodeó, abrió la puerta trasera y agarró a Caroline del brazo.

—Creo que ya es hora de que tú y yo empecemos a conocernos un poco mejor.

Caroline contuvo la respiración mientras Ron tiraba del vestido para revelar sus senos. Quería gritar, resistirse. Pero estaba maniatada. Y gritando sólo conseguiría que las matara a ella y a Trudy.

La única esperanza era intentar cerrar de tal forma su mente que no sintiera las caricias de Ron. Si conseguía hacerlo, las caricias de Ron no llegarían siquiera a rozarla.

Lo intentó, pero, aun así, era tal la repugnancia que, cuando Ron le levantó la falda para acariciarle las piernas, tuvo que dominar las náuseas.

—Eres preciosa, Daphne. Y se supone que deberías haber sido mía.

—Apenas nos conocemos.

—Pero podríamos habernos conocido.

—Todavía podemos hacerlo, Ron, pero antes tendrás que dejar que Trudy se vaya.

—No. Si de verdad quieres que me crea que estás dispuesta a quedarte conmigo, tendrás que demostrarme tu lealtad. Tendrás que ayudarme a matar a Trudy. Yo la sujetaré, pero tú empuñarás la navaja.

Trudy comenzó a gemir.

Caroline se estremeció. Aquello era terrible. Ron estaba completamente loco. No entendía cómo había conseguido mantener una imagen de normalidad en la oficina día tras día albergando pensamientos tan perversos.

Tenía que idear algo, tenía que ganar tiempo.

—Ron, ahora no deberíamos perder el tiempo con ella. Es posible que alguien nos haya visto aparcar aquí y nos vea matarla. Deberíamos irnos cuanto antes. Pero déjame ir delante contigo. Así podremos hablar y empezaremos a conocernos mejor.

—Si estás segura de que no vas a intentar nada.

—No lo haré, te lo prometo. Pero desátame. La cuerda me está cortando los tobillos y las muñecas.

Ron levantó a Caroline en brazos y la llevó al asiento de pasajeros. En cuanto estuvo tras el volante, sacó una navaja. A Caroline le latía violentamente el corazón. El miedo volvía a apoderarse de ella. Pero, al parecer, Ron todavía no pretendía degollarla.

—Échate hacia delante para que pueda verte las manos. Pero no voy a quitarte la cuerda de los tobillos. Y si haces algún movimiento que no me

guste, volveré a atarte las manos.

Caroline dejó escapar un suspiro de alivio al sentir sus manos libres. Acababan de salvar el primer obstáculo. Tenía las manos libres y Trudy y ella todavía estaban vivas.

Caroline se concentró en escapar. Podía agarrar el volante y obligar a Ron a salirse de la carretera. Pero de esa forma lo único que conseguiría sería terminar perdida con él en medio de ninguna parte.

Oyó llorar a Trudy. Deseó decirle que no la había abandonado, que no se había pasado al enemigo, pero no se atrevía.

—¿Adónde vamos? —preguntó cuando Ron llevaba otros diez minutos conduciendo.

—A casa.

—Ése no es el camino hacia mi casa. Estás yendo hacia el norte.

—Vamos a tu antigua casa.

—¿Te refieres a Meyers Bickham?

—Sí.

—¿Y para qué vamos a ir allí? Tú mismo dijiste que era un lugar horrible.

—Porque Sam irá allí a buscarte. Y quiero que esté allí cuando te mate. Así todo será perfecto. Él no sabe que fui yo el que mató a Peg, de modo que su muerte fue prácticamente inútil. Pero esta vez lo sabrá.

—¿Tú mataste a Peg?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque Sam la amaba.

—¿Tanto odias a Sam?

—Él me robó mi vida.

—¿Fue él el que te detuvo?

—Sí, pero me había robado mi vida mucho antes. Mientras yo estaba en Meyers Bickham, él estaba con mi padre en una casa con jardín. Tenía un habitación para él solo. Y sin ratas.

Oh, Dios, aquello era una auténtica locura.

—Entonces tú eres R.J., el hermanastro de Sam.

—Sam no es nada mío. Mi padre se fugó con su madre.

—¿Pero por qué has matado a Sally y a Ruby? Sam no estaba enamorado de ellas. Ni siquiera las conocía.

—Prentice es su ciudad. Se suponía que era un gran detective. Pero ya nadie piensa lo mismo de él. Todo el mundo sabe que Sam es un fracasado,

tal y como había planeado. Aunque haya tenido una vida diferente de la mía, ahora no es mejor que yo.

Pero Sam era mejor, un millón de veces mejor. Y Caroline se moría de ganas de volver a sentir sus brazos a su alrededor antes de morir.

—Hablas demasiado, Daphne. Y, de todas formas, no te creo. Estás enamorada de Sam —pisó bruscamente los frenos y desvió el coche hacia la cuneta—. Y ahora mismo voy a dejaros a Trudy y a ti donde deberíais haber estado siempre.

Saltó de la camioneta con intención de rodearla para abrir la puerta de Caroline. Y en aquel segundo, Caroline vio que tenía una oportunidad. Pasó los pies por encima de la palanca de cambios y pisó el acelerador con todas sus fuerzas.

Ron chocó bruscamente contra el capó mientras la camioneta se encaminaba hacia una zona boscosa. Trudy gritó. Caroline salió disparada contra el parabrisas, pero pudo amortiguar con las manos la fuerza del impacto.

El motor de la camioneta se apagó y comenzó a soltar una nube de humo negro.

Caroline no estaba seriamente herida, pero no podía ver dónde estaba Ron. Esperaba que suficientemente herido como para no poder perseguirlas.

—Tenemos que salir de aquí, Trudy. ¡Ahora! —Caroline tiró de las cuerdas que sujetaban sus tobillos, pero no conseguía aflojarlas.

—¿Lo has matado?

—No lo sé. Pero tenemos que salir de aquí y escondernos en el bosque. Y tenemos que darnos prisa. El motor está ardiendo.

—No puedo salir. Voy a morir —lloró Trudy—. Aunque él no me mate, voy a morir abrasada en esta camioneta.

—No vamos a morir. No lo permitiré —pero comenzaban a verse ya las llamas que salían del motor.

Sólo les quedaban unos minutos. Segundos, quizá.

Aun así, Caroline tenía que moverse con cuidado. Si se caía, tendría muchos problemas para poder levantarse con los tobillos atados. Podría salir rodando fácilmente de allí, pero de esa forma le resultaría imposible levantarse para abrirle la puerta a Trudy.

Tomó aire y salió de la camioneta. Apoyándose en ella, conseguía no perder el equilibrio.

—¡Ayúdame, Daphne!

El corazón le dio un vuelco en el pecho al oír la voz de Ron. Se volvió y lo vio tumbado en el suelo, con la pierna derecha sangrando. Estaba intentando levantarse, pero apenas conseguía incorporarse.

Caroline se volvió. Las náuseas eran cada vez más fuertes, pero tenía que continuar moviéndose.

—Tú y yo somos almas gemelas, Daphne. No puedes dejarme aquí.

—No puedo ayudarte, Ron. No tengo tiempo. Y tengo los pies atados.

—Entonces pásame la pistola para que pueda suicidarme antes de que la camioneta explote.

Pero Caroline estaba segura de que si le entregaba la pistola, se aseguraría de que murieran ellas primero.

Aferrada a la camioneta para no perder el equilibrio, alcanzó la puerta de atrás. Las llamas continuaban avanzando y el viento esparcía las chispas entre los árboles. Con que una sola de aquellas chispas alcanzara el tanque de gasolina, la camioneta explotaría.

No sin dificultad, Caroline consiguió abrir la puerta.

—Tírate al suelo, Trudy. Yo te ayudaré.

—No puedo, Caroline. No puedo moverme.

—Tienes que intentarlo, Trudy. Y rápido.

—No consigo aflojar la cuerda. Tienes que ayudarme —Trudy estaba llorando, al borde de la histeria—. Por favor, ayúdame.

Caroline intentó subir a la camioneta, pero le resultaba imposible impulsarse con los pies atados. Lo único que podía hacer era tirarse al suelo y rodar para ponerse a salvo. Pero si lo hacía, los gritos de Trudy pidiéndole ayuda la perseguirían durante el resto de su vida.

No podía, no podía dejar sola a Trudy. Se sentó sobre una pequeña elevación e intentó aflojar de nuevo la cuerda. Tuvo la sensación de que tardaba una eternidad, pero al final lo consiguió. Inmediatamente, subió a buscar a Trudy.

El humo era tan espeso que apenas podía respirar, pero continuó luchando para rescatar a su amiga. Necesitaba una navaja, pero la cabina de la camioneta estaba envuelta en llamas. El depósito explotaría en cualquier momento.

La cuerda con la que Trudy había sido atada a la camioneta estaba muy tensa. No iba a ser fácil liberarla. Caroline se colocó detrás de ella y unió sus manos a las de Trudy.

—Démonos las manos —dijo, atragantada por el humo y las lágrimas.

—¿Y eso de qué va a servirnos?
—No lo sé. Sólo sé que sirve. Dame la mano y piensa en cosas buenas.
—¿Tú en qué estás pensando?
—Estoy pensando que sólo por poder amar a Sam Turner durante este tiempo mi vida ha merecido la pena.

Capítulo 16

Sam ya había llamado a la policía para decir que se dirigía hacia el orfanato Meyers Bickham.

No podía estar seguro de adónde había llevado R.J. a Caroline, pero teniendo en cuenta la retorcida lógica de su hermanastro, aquél era un posible lugar. Y era el único que a Sam se le ocurría.

La carretera estaba a oscuras. Apenas se había cruzado con ningún coche durante la última hora.

Lo sorprendió ver el resplandor de las llamas. Quizá alguien estuviera quemando basura, aunque le parecía demasiado tarde para hacerlo. O quizá se tratara de un autoestopista que había encendido un fuego para calentarse.

Estaba a punto de llegar a las llamas cuando vio la camioneta ardiendo. Maldita fuera. Era lo último que necesitaba aquella noche.

Pero no podía seguir sin saber si había quedado alguien atrapado en la camioneta. Pisó los frenos y giró hacia la cuneta, intentando guardar la distancia suficiente para que no lo alcanzaran las llamas cuando el vehículo explotara.

Cosa que, estaba seguro, iba a suceder en cualquier momento. Tendría que tener mucho cuidado. No tenía sentido arriesgar su vida si los ocupantes estaban a salvo. Pero entonces oyó el llanto de una mujer. Y parecía proceder del interior de la camioneta. Inmediatamente echó a correr.

—Salga inmediatamente. ¡La camioneta va a explotar!

—Sam.

Reconoció la voz. El alivio y el pánico colisionaron en su interior mientras Caroline asomaba la cabeza por la parte posterior de aquella camioneta en llamas.

—Sal de ahí y corre —le gritó.

—No puedo. Trudy está dentro. Está atada y no puedo soltarla.

Sam voló prácticamente hasta ellas.

—¿Eres tú, Sam?

—R.J. —Sam miró a su alrededor, esperando ver a su hermanastro apuntándolo con una pistola.

—Está en el suelo, delante de la camioneta —le dijo Caroline—. Está herido y no creo que pueda moverse.

—Entonces no podrá hacerte daño —la sacó de la camioneta—. ¡Corre, Caroline! Corre todo lo lejos que puedas —gritó, sacó su navaja y cortó la cuerda de Trudy. En cuanto consiguió soltarla, la levantó en brazos y la sacó de la camioneta.

Caroline permanecía paralizada, como en estado de shock. Sam la agarró de la mano y tiró de ella, intentando poner a salvo a ambas mujeres.

El tanque de gasolina explotó cuando estaban a menos de treinta metros de distancia, haciéndolos caer al suelo.

Cuando cesó el impacto de la explosión, Sam cortó la cuerda que ataba las manos de Trudy. Se levantaron lentamente, uno a uno. Sam clavó la mirada en la camioneta que había estado a punto de quitarles la vida. R.J. había conseguido ponerse a salvo, pero no iba a poder alejarse mucho más con la pierna en aquel estado.

Sam estrechó a Caroline en el círculo de su brazo derecho mientras sujetaba con el otro a Trudy y contemplaba el fiero resplandor del caos.

Pero lo único que sentía en aquel momento era un dulce alivio y una pasión por la vida que jamás había experimentado.

Epílogo

Eran los últimos días de mayo, la época en la que el aroma de la primavera perfumaba a una Georgia bañada por el sol. En la casa de los Billingham, las azaleas salpicaban de rosa y amarillo el jardín y los lirios se mecían con la brisa ligera de la primavera.

En la parte de atrás del jardín habían instalado una carpa con una pista portátil de baile y numerosas mesas vestidas con manteles de lino. Un cuarteto de músicos ensayaba en una esquina de la carpa en la que iba a celebrarse la boda de Sam Turner y Caroline Kimberly.

—Estás preciosa —dijo Becky—. Me gustaría abrazarte, pero ese vestido tiene un aspecto tan frágil que no me atrevo.

—Este vestido ha sobrevivido durante más de cien años. No creo que un abrazo de mi dama de honor pueda destrozarlo —Caroline le tendió los brazos y se abrazaron.

—Pareces feliz.

—Nunca lo había sido tanto. Jamás había soñado con encontrar a alguien como Sam.

—Os merecéis el uno al otro, y lo digo en el mejor sentido posible. Tú eres la prueba viviente de que hay personas que pueden superar un duro pasado y convertirse en personas encantadoras y decentes. Y aquí estoy yo, diciendo todas estas sensiblerías cuando se supone que eres tú la que debería emocionarse hoy.

—Sé lo que quieres decir. He pensado mucho en eso desde la noche en la que estuve tan cerca de la muerte. Seguramente a Jack nunca le faltó nada y mira cómo ha terminado. Y compáralo contigo, que tuviste una infancia parecida.

—Y tú y R.J. pasasteis una parte de vuestras vidas en un orfanato terrorífico, pero mientras que él se convirtió en un psicópata, tú no eres capaz de matar una mosca.

—Y mira a Sam —añadió Caroline—. Desde luego, no puede decirse que

creciera rodeado de cariño y, sin embargo, se ha convertido en un hombre cálido, cariñoso, valiente, fuerte y... —Becky alzó la mano para interrumpirla—. Es un hombre magnífico. Pero creo que todo el mundo puede llegar a ser bueno o malo, y, en alguna parte de su vida, decide situarse en uno u otro lado. Y si continúa caminando, terminan por alcanzar su destino, para bien o para mal.

—Eso es muy fatalista.

—No, y no me gustaría que sonara de ese modo. Sólo pretendo decir que nadie elige los obstáculos con los que puede encontrarse en el pasado, pero todo el mundo elige su propio destino. R.J. eligió el suyo e intentó decidir también un destino para mí y para Sam. Pero se olvidó de que nosotros habíamos tomado nuestras propias opciones.

Becky se colocó tras ella. Sus rostros parecían fundirse en el espejo.

—Y yo no puedo menos que agradecer que nuestros caminos se cruzaran. Y que tú y Sam estuvierais cerca de mí cuando estuve a punto de cometer un error tan trágico.

Caroline se interrumpió al oír que alguien subía la escalera.

—Odio interrumpir esta conversación entre amigas, pero me gustaría hablar con mi novia unos minutos antes de la boda.

Becky se plantó delante de Caroline.

—No puedes. Trae mala suerte que el novio vea a la novia antes de la boda.

—Es imposible que ver a Caroline pueda traer mala suerte.

Becky alzó la mirada hacia el reloj que había encima de la repisa de la chimenea.

—La marcha nupcial empezará a sonar dentro de diez minutos.

—Gracias por recordármelo, dama de honor. Y ahora, ¿por qué no bajas y compruebas si el padrino todavía respira? A Matt las bodas lo ponen extremadamente nervioso.

Becky salió disparada y Caroline se volvió hacia Sam.

—Hola, detective —le dijo, deslizando los brazos por su cuello—. ¿Qué es eso tan urgente que tienes que decirme?

—Quería darte algo antes de la boda.

—¿Un regalo?

—No exactamente, porque probablemente tú tendrás que pagar parte de él —buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un documento.

Caroline lo leyó rápidamente.

—Pero si es... ¡Dios mío! ¡Es un acuerdo de hipoteca para pagar esta casa!

—¿La quieres, verdad?

—¿Que si la quiero? Oh, Sam. Adoro esta casa.

—Ahora es nuestra.

—Pero el dinero... ¿cómo vamos a pagarla?

—Trabajaremos para pagar la hipoteca. Pero no te asustes. No tendrás que pagar más de lo que estás pagando de alquiler. Al parecer, la abuela de Barkley Billingham llevaba tiempo queriendo vender esta casa, pero no encontraba a ningún comprador que le gustara.

—Probablemente porque su nieto le decía a todo el mundo que la casa estaba encantada.

—En cualquier caso, la única condición que ha puesto para venderla ha sido que el retrato de Frederick Lee debe conservar un lugar de honor hasta que ella esté muerta y enterrada.

—Jamás se me ocurriría quitar el retrato de Frederick Lee.

—Ya se lo dije.

—Oh, Sam, te amo, bésame.

—De acuerdo, pero no se te ocurra empezar nada que no pueda terminar rápidamente. La marcha nupcial va a comenzar a sonar dentro de tres minutos y no quiero perderme un solo compás.

Tres minutos después, Caroline avanzaba hacia el novio, pero, mientras lo hacía, miraba por el rabillo del ojo hacia el final de las escaleras. Y habría jurado que Frederick Lee le había guiñado el ojo.